

Un Triunfo DECISIVO

Un Triunfo DECISIVO

General de brigada Amels Escalante Colás
Coronel Juan Sánchez Rodríguez



Casa Editorial Verde Olivo, Ciudad de La Habana, 2006

Edición y corrección: *Ana Dayamín Montero Díaz*
Diseño de cubierta e interior: *Lamas*
Realización de cubierta: *Juan Carlos Pedreira*
Composición computarizada: *Francy Espinosa González*
Armando M. Gutiérrez Menéndez
Tomás J. Ramírez Sarduy
Ilustraciones: *Amels Escalante Colás*
Juan Sánchez Rodríguez
Fotos: *Archivos OAHCE, CEMI y GAFF-FAR*

© Amels Escalante Colás
Juan Sánchez Rodríguez, 2003
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2003

Primera reimpresión, 2005
Segunda edición corregida y ampliada, 2006

ISBN: 959-224-214-3

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Ediciones Verde Olivo
Avenida Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10693
Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana

Agradecimientos

A los trabajadores de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, en especial a su director, Pedro Álvarez Tabío, y a Otto Hernández Garcini, destacado investigador.

Al Ejército Oriental; a la Región Militar de la provincia Granma.

A las instituciones del gobierno y el Partido granmenses y de los municipios Bartolomé Masó y Pilon.

A diversas estructuras y unidades del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, de su Estado Mayor General y, en primer lugar, al Centro de Información para la Defensa.

Prólogo

A mediados de 1996 las Fuerzas Armadas Revolucionarias llevaron a cabo un taller científico dedicado al análisis de uno de los pasajes más brillantes de la guerra de liberación nacional 1956-1958, el cual fue desarrollado bajo mi dirección durante tres días, en los propios lugares donde tuvieron lugar las acciones que fueron recogidas para su estudio y que se realizaron en aquella gesta.

Me refiero a los combates librados por los destacamentos guerrilleros bajo el mando directo del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, para enfrentar la ofensiva que en el verano de 1958 lanzara el régimen dictatorial de Fulgencio Batista contra el Primer Frente “José Martí”, que abarcaba el territorio occidental de la Sierra Maestra y en el que se ubicaba la Comandancia General del Ejército Rebelde.

Como resultado de la acuciosa investigación que se realizara para la preparación de aquel evento, se elaboró un material que ahora, después de corregido y perfeccionado, se presenta en forma de libro con el título de *Un triunfo decisivo*.

Como prólogo al contenido de esta obra, pueden traerse las palabras que entonces pronuncié durante la clausura del mencionado evento.

En aquel entonces dije:

Hoy, sin duda, hemos tenido una provechosa jornada. Es verdad que son muchas y difíciles las tareas y el tiempo se nos hace cada vez más escaso, pero precisamente por eso no podemos darnos el lujo de desperdiciar una sola de las enseñanzas de la historia, fundamentalmente de la nuestra, cuya constante ha sido

combatir con correlaciones de fuerza favorables al enemigo en proporciones que harían inconcebible la victoria si nos guiáramos únicamente por los cánones de la guerra regular.

El simple acercamiento a nuestro glorioso pasado, a las proezas que fueron capaces de hacer nuestros próceres, nos fortalece moralmente, da fuerzas a nuestra convicción de que sí se puede salir adelante por grandes que sean las dificultades. Nos da, como he dicho otras veces, una base en que afincarnos y una retroalimentación imprescindible para cumplir las tareas de hoy. Es un componente esencial de la educación patriótico-militar de nuestro pueblo, especialmente de los niños y jóvenes. Pero en este caso, y así lo seguiremos haciendo en el futuro, nos hemos esforzado por ir más allá.

Como ustedes han podido apreciar, esta investigación no se limita a narrar los hechos, sino que se apoya en esa narración para, mediante un análisis profesional técnico-militar, hacer aflorar los aciertos y errores de ambos bandos para tenerlos en cuenta en su esencia en las condiciones actuales. Todo el trabajo será computarizado y en el futuro se prevé su filmación. No es casual que comenzáramos este estudio profundo y detallado por la victoria del Ejército Rebelde sobre las fuerzas de la tiranía durante la Ofensiva de Verano de 1958, que fue la victoria más importante de nuestra guerra de liberación y significó el viraje cualitativo, ya que a partir de ese momento la iniciativa estratégica pasó a nuestras manos hasta el final de la guerra.

Por su alcance político-militar, puso en evidencia que la lucha armada iniciada en la Sierra Maestra por el Ejército Rebelde era una realidad. La dictadura no solo fracasó en sus pretensiones ofensivas, que eran aniquilar las fuerzas rebeldes, sino que parte de sus tropas fueron cercadas y derrotadas, como ocurrió en El Jigüe, y posteriormente fue incapaz de contener la contraofensiva rebelde que los fue desalojando de sus posiciones.

En esta investigación, como elemento esencial, surge la figura del Comandante en Jefe, que desde meses antes, con el fracaso de la huelga de abril, previó la ofensiva en ciernes, concibió la idea de la actuación futura de las fuerzas del Ejército Rebelde, y bajo cuya dirección se libraron las acciones combativas. Corresponde, pues, la mayor responsabilidad por esa victoria a su pensamiento y acción. Mostró cómo empleando

la inteligencia, la astucia, la audacia y la tenacidad se puede vencer la superioridad numérica del enemigo y anular o disminuir la superioridad tecnológica del armamento.

Fidel fue un maestro en el empleo de las pequeñas fuerzas disponibles. Supo poner a cada hombre en el lugar y el momento preciso, y sobre todo evitar que le causaran bajas. O sea, nos enseñó a combatir lo mucho con lo poco, lo fuerte con lo débil, la superioridad tecnológica con la inteligencia. Desempeñó un importante papel, la visión de haber creado para ese momento el segundo y tercer frentes, junto a un movimiento clandestino en las principales ciudades del país, ya que estos contribuyeron con sus acciones y apoyo, a disminuir la presión enemiga sobre la Sierra Maestra y ayudaron a enfrentar con éxito su ofensiva del verano de 1958.

Fueron en total 75 días, en los que se libraron más de cien acciones combativas de diferente envergadura, en un área de 650 a 700 kilómetros cuadrados, comprendida entre los puntos: Minas de Buey Arriba, Bartolomé Masó, Las Mercedes, Pico Caracas, La Plata, las Cuevas del Turquino, pico Palma Mocha y California, los cuales fueron el principal escenario, tanto de los combates como del movimiento de las tropas rebeldes y de la tiranía. El patriotismo de los combatientes rebeldes los impulsaba a los mayores sacrificios. Como ha sido característico de nuestro ejército revolucionario en sus tres etapas: el Ejército Mambí, el Ejército Rebelde y las Fuerzas Armadas Revolucionarias, cayeron en igual proporción jefes, oficiales y soldados. Recordemos hoy a Andrés Cuevas, René Ramos Latour, Daniel, Ramón Paz, Ángel Verdecia, Geonel Rodríguez y al resto de los caídos en aquella acción.

A la par que se elevaba la moral combativa rebelde, la demoralización de las filas castrenses aumentaba. La energía que caracterizó sus primeras acciones fue decayendo en la misma medida en que iba recibiendo golpes cada vez más fuertes, a lo que se unió una inteligencia política: tratamiento humano a heridos y prisioneros, labor de propaganda y acciones de guerra psicológica hacia las fuerzas de la tiranía, hasta que su moral se derrumbó provocando la derrota del enemigo.

La actuación rebelde se ajustó a las condiciones imperantes en cada momento, principalmente se hizo un empleo muy hábil

del terreno, las fortificaciones y la utilización de métodos combinados de lucha, predominando las acciones guerrilleras. Como regla, al principio, la actividad rebelde que se desarrollaba en los accesos lejanos al considerado bastión guerrillero, se caracterizó por el hostigamiento constante, con acciones rápidas, de corta duración, con el objetivo de causar bajas, demorar el avance de las tropas del ejército e ir debilitando su moral combativa. Más tarde, al acercarse el enemigo al corazón de la Sierra Maestra, las emboscadas de contención fueron empleándose con mayor frecuencia, hasta que las condiciones aconsejaron y permitieron la defensa firme de determinados sectores del terreno que resultaban claves para la estabilidad de la defensa rebelde.

Cuando se fue haciendo patente que el ímpetu enemigo iba decayendo y se produjo la victoria de El Jigüe, con todo el cuantioso armamento y material de guerra ocupado, que permitió aumentar el poder de fuego y los efectivos guerrilleros, la técnica de nuestras acciones se fue haciendo cada vez más ofensiva hasta convertirse en una contraofensiva con la segunda batalla de Santo Domingo, el cerco de Las Vegas de Jibacoa, Las Mercedes y otros combates, que lograron expulsar al enemigo del territorio ocupado.

A la fuerza no se opuso la fuerza, sino la inteligencia. El terreno sabiamente aprovechado, la superior preparación física de los combatientes rebeldes, el amplio empleo de la noche, de la sorpresa, y ante todo la superior moral combativa multiplicaron varias veces la capacidad combativa rebelde y constituyeron un elemento decisivo del éxito logrado. El resultado final fue elocuente: mientras los diez mil efectivos lanzados contra la Sierra Maestra, después de haber tenido más de mil bajas, emprendieron una apresurada retirada, las fuerzas rebeldes casi triplicaron la cantidad de hombres armados.

Una vez más en la historia de nuestras luchas revolucionarias, se puso de manifiesto el principio de obtener las armas arrebatándoselas al enemigo. Este hecho, desde el punto de vista del arte militar cubano se suma a las más gloriosas campañas realizadas por nuestro Ejército Libertador durante el período de 1868 a 1898.

Muchos en el mundo no se explican cómo Fidel, un joven abogado sin prácticamente ninguna preparación militar previa, fue

capaz de desarrollar un pensamiento estratégico que le permitió conducir exitosamente no solo batallas, sino una guerra de liberación en que se derrotó un ejército profesional. Además de su talento innato, haber sido siempre un insaciable estudioso de la historia militar explica su capacidad en tal sentido. En el pensamiento político- militar del Comandante en Jefe se resume lo mejor de la experiencia combativa de nuestro pueblo, desde los brillantes generales mambises hasta los comandantes rebeldes.

Este pensamiento ha continuado enriqueciéndose en las acciones de la lucha contra bandidos, la batalla de Girón, las misiones internacionalistas y el resto de las actividades que conforman hasta hoy la preparación para la defensa del país, frente a un enemigo que, al igual que el colonialismo español y la tiranía batistiana, tiene una evidente superioridad en la cantidad y calidad de su armamento. Todas esas concepciones constituyen la raíz y base que sustenta nuestra doctrina militar actual, basada en la concepción de la guerra de todo el pueblo.

El estudio que hoy concluimos, en la parte a la que nos estamos refiriendo, ha sido serio y fructífero, pero sería erróneo suponer que con él hemos agotado el tema abordado. Tenemos que verlo como una nueva etapa vencida, la cual sienta las bases para seguir profundizando en el futuro acerca de estos hechos. Debemos pensar en las medidas prácticas que es necesario adoptar, tanto por el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias como por las demás instancias, para que los resultados de este trabajo sean de conocimiento de los profesores y alumnos de la Academia de las FAR, las escuelas de cadetes y de preparación para la defensa de las Milicias de Tropas Territoriales, y también del resto de los jefes y oficiales, mediante el estudio individual. Igualmente, es necesario que lo conozcan los principales cuadros del Partido y el Gobierno en las provincias y municipios que tienen importantes responsabilidades en la defensa, y algo todavía más importante: estudiar, en lo que a cada uno nos compete, hasta qué punto las conclusiones a las que ha arribado esta investigación, o arribe en el futuro inmediato, sobre las razones que garantizaron el triunfo a pesar de la desfavorable y descomunal correlación de fuerzas, están presentes en la concepción acerca de cómo librar el combate en cada rincón de nuestro teatro de operaciones militares.

Para expresar la importancia de la victoria rebelde a la cual hemos dedicado esta jornada, permítanme repetir lo que expresa el Informe del Buró Político al Quinto Pleno del Comité Central del Partido, cito: Nacieron las FAR sin nada respecto al armamento, pero con todo respecto a la Historia, al nacer del pueblo. Su escuela mayor ha sido la lucha. Un ejemplo lo atestigua: durante siglos la batalla de las Termópilas ha sido la gran leyenda; 300 espartanos, aunque supieron morir heroicamente, no pudieron vencer a los persas, miles y más armados. Con el Comandante en Jefe, para derrotar la última ofensiva de la tiranía en el verano de 1958, apenas 300 rebeldes resistieron a diez mil soldados con tanques, con la artillería que poseían, con toda su aviación y hasta la flota, las tres fragatas en el Caribe, en el sur de la Sierra Maestra disparando contra ellos, y ellos supieron conquistar la victoria. Los hizo invencible conocer por qué combatían y confiar en alcanzar el triunfo. Pasarán los siglos, y aunque hoy lo nieguen nuestros enemigos, de esta victoria, que decidió la guerra, y como dijo el Che: “se le quebró al ejército de la tiranía el espinazo”, hablarán también como de la batalla en el desfiladero de Las Termópilas, con una diferencia: ellos murieron heroicamente y perecieron todos; los 300 rebeldes que en ese momento se encontraban en la Sierra Maestra bajo la dirección del Comandante en Jefe ¡VENCIERON!

A estos pronunciamientos solo quiero agregar, que en cumplimiento de las indicaciones que en aquella ocasión impartí, el Centro de Estudios Militares de las FAR, institución responsabilizada con la tarea, ha continuado estudiando los principales hechos ocurridos en la guerra revolucionaria que culminara con el triunfo del primero de enero de 1959, fruto de lo cual, en 1998, se celebró un nuevo taller científico, cuyo contenido fue la Batalla de Guisa y prepara ahora, el que en el futuro realizaremos, dedicado al conjunto de acciones ocurridas durante la Ofensiva Final del Ejército Rebelde. Tenemos previsto, que todos estos trabajos concluyan con un material que en su momento será publicado, como en esta ocasión hacemos.

Finalmente, debo reconocer que, con esta labor y la que realizan otras instituciones del Partido y el Estado, así como

investigadores independientes, estamos por fin revirtiendo la situación que en septiembre de 1977 me llevó a decir que, “... fuimos capaces de hacer la historia, pero hasta el presente, hemos sido incapaces de escribirla”.

General de Ejército

A handwritten signature in black ink that reads "Castro Ruz". The signature is written in a cursive style with a large initial 'C' and a long horizontal stroke at the bottom.

RAÚL CASTRO RUZ

Presentación

Durante la lucha insurreccional que culminó con la victoria de enero de 1959 tuvieron lugar destacados hechos de armas, protagonizados por el Ejército Rebelde y el ejército regular, este último, sostén de la dictadura batistiana. Entre ellos es justo ubicar como uno de los principales, el conjunto de acciones desarrolladas por el régimen de Batista en su mayor y postrer esfuerzo por liquidar a la vanguardia del movimiento revolucionario: la ofensiva en el verano de 1958 y su rechazo por el Ejército Rebelde.

En la historia de las guerras no es frecuente observar acciones en las cuales el vencedor enfrentara a un adversario que exhibiera una aplastante y abrumadora superioridad numérica como en este caso. Es cierto que en la famosa batalla de Las Termópilas, ocurrida en el año 480 a. n. e., 300 espartanos, con su rey Leónidas al frente, enfrentaron a los miles de efectivos del ejército persa del monarca Jerjes. Solo que en aquella ocasión, los 300 valerosos guerreros de Esparta perecieron en el desigual combate, mientras que esta vez los 300 combatientes revolucionarios, encabezados por su Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, fueron capaces, con la inteligencia, el valor y el patriotismo como armas principales, de derrotar a los 10 000 soldados que la tiranía de Batista lanzó contra la Sierra Maestra.

El presente trabajo constituye un esfuerzo más en el empeño por escribir nuestra historia, en particular la correspondiente a esta etapa de la rica tradición de lucha del pueblo cubano. Se trata de un análisis histórico militar apoyado en la necesaria narración de los principales hechos ocurridos entonces, para lo

cual, durante casi tres años, los autores han revisado parte de la profusa documentación existente, fundamentalmente en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, que incluye numerosas entrevistas a muchos de los participantes en aquellos hechos; se realizó un detallado trabajo de campo en los propios lugares de los sucesos y se analizó un buen número de títulos y obras editadas al respecto. Todo fue sometido a un profundo análisis a la luz de las concepciones del arte militar cubano actual.

Representa un arduo trabajo realizado por el Centro de Estudios Militares de las FAR, llevado a cabo con el doble propósito de divulgar nuestra historia combativa a la vez que, extraer experiencias que contribuyan a perfeccionar nuestra teoría defensiva.

LOS AUTORES

Capítulo 1

Antecedentes y preparación de la ofensiva de verano. Apreciación del mando rebelde y medidas tomadas. Situación de ambas fuerzas contendientes. Desde febrero hasta mayo de 1958

Antecedentes

En febrero de 1958, quince meses después del desembarco de los expedicionarios del *Granma*, el 2 de diciembre de 1956, la situación político militar en el país se había agudizado en extremo. La lucha de los obreros y campesinos en defensa de sus derechos; los crímenes y atropellos a la población; el crecimiento y consolidación de las guerrillas en las montañas, las cuales realizaban con frecuencia y audacia acciones cada vez de mayor envergadura con resultados favorables para el movimiento revolucionario y, en sentido general, el incremento en toda la Isla de la actividad de las organizaciones revolucionarias opuestas a la dictadura de Fulgencio Batista, tanto en el campo de la confrontación política como en la lucha clandestina, conformaban un panorama desfavorable, a todas luces, para el gobierno de facto.

En el aspecto militar, la lucha armada se desarrolló de forma acelerada y favorable para las fuerzas revolucionarias, sobre todo en la segunda mitad de 1957. Uno tras otro, los planes elaborados por la cúpula castrense para liquidar a los rebeldes en la Sierra Maestra fracasaron. El último de ellos, denominado *Plan R (Relámpago)* u *Ofensiva de Invierno*, desarrollado en

cuatro fases a partir de octubre de 1957 y cuya directiva fue elaborada el 29 de septiembre de ese año por el Estado Mayor del ejército, previó que los guerrilleros debían ser aislados y enmarcados dentro de un área semejante a la de un rectángulo, en el que quedaron comprendidos inicialmente todos los puntos donde se había reportado o era de presumir su presencia.

De esa forma se suponía que sería posible reducir gradual pero rápidamente, el territorio por ellos ocupado hasta lograr empujarlos hacia la costa sur o destruirlos en grupos aislados. Con ese fin la jefatura batistiana reestructuró el mando de la zona de operaciones, que era el que dirigía las acciones combativas, trasladó el puesto de mando de esta para Bayamo y aumentó las tropas empleadas directamente en la contienda.

El 3 de octubre el jefe de Operaciones –jefe de la Zona de Operaciones– coronel Ugalde Carrillo* firmó su directiva número uno, la cual fue puntualizada el 12 de ese mismo mes por su directiva número dos y así se inició la ejecución del Plan R en su primera fase, R-1 (esquema 1).

El resultado de las acciones combativas, desfavorable para el ejército de la tiranía, determinó que el jefe de la zona de operaciones reelaborara el plan y estableciera una segunda fase, R-2 por su directiva número tres del 20 de noviembre de 1957, la cual cambiaba los límites del rectángulo, reorganizaba las unidades y sustituía algunos jefes (esquema 2).

No obstante, las derrotas subsiguientes y el agotamiento físico y moral de la tropa obligaron al alto mando a modificar nuevamente el plan inicial y establecer, el 12 de diciembre, una tercera fase, R-3, mediante la cual reorganizó todas las fuerzas que operaban en la Sierra Maestra y les proporcionó descanso con un repliegue rotativo, a la vez que establecía un cerco de vigilancia alrededor de los puntos considerados críticos (esquema 3).

Posteriormente, el 19 de enero de 1958, el alto mando batistiano puso en práctica una nueva y última fase, R-4 o Plan Zafra, cuyo objetivo principal era proteger las zonas cañeras y los centrales azucareros, con el fin de asegurar el desarrollo de la zafra en la provincia oriental. Así la Sierra quedó prácticamente despejada de tropas de la tiranía (esquema 4).

Este repliegue obligado del ejército permitió a las fuerzas rebeldes multiplicar sus ataques a guarniciones y puestos

enemigos; así como los sabotajes económicos: incendio de campos de caña y arroceras, destrucción de vías férreas y cortes de postes telefónicos, entre otros.

En febrero el gobierno incrementó nuevamente sus fuerzas en la zona de operaciones y para el 27 de ese mes ya tenía un estado mayor; un destacamento de *agregados*, que incluía la Marina de Guerra; 15 compañías de fusileros, agrupadas en cuatro batallones de tres compañías cada uno; más tres compañías de reserva. Además, una compañía de la policía militar también como reserva, y dos de jefatura.¹ En total, cerca de dos mil doscientos hombres.

En tanto, las fuerzas rebeldes se habían desarrollado por los éxitos obtenidos en las acciones precedentes, incluido el segundo combate de Pino del Agua en febrero de 1958, y aumentado sus efectivos, en hombres y armas, así como también ganado en experiencia y organización. Un hecho significativo fue el comienzo, el 24 de febrero, desde la Sierra Maestra, de las transmisiones de la emisora Radio Rebelde que “[...] representó de inmediato un nuevo e innegable testimonio de la presencia beligerante del ejército guerrillero”,² y daba la posibilidad de hacer llegar diariamente el mensaje de la Revolución a todo el pueblo, tal y como expresó, el 24 de febrero de 1973, el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y general de ejército Raúl Castro Ruz en el XV aniversario de la fundación de Radio Rebelde.

Como expresión del fortalecimiento del movimiento guerrillero, a fines de febrero se crearon dos nuevas columnas: las números 6 y 3, al mando de los comandantes Raúl Castro y Juan Almeida, respectivamente, con las cuales días después fueron abiertos dos nuevos frentes guerrilleros: uno en la Sierra del Cristal bajo la jefatura de Raúl; y otro al oeste de Santiago de Cuba, comandado por Almeida. También, para el 31 de marzo había salido una tropa a actuar en los llanos del Cauto, al mando del capitán Camilo Cienfuegos (ascendido a comandante por la orden del

¹ Véase documento existente en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

² Ricardo Martínez Vítores: *7RR. La historia de Radio Rebelde*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1978, p. 17, subrayado del autor.

Comandante en Jefe del 16 de abril de 1958), con lo cual la lucha armada se extendió a otras zonas de operaciones en la antigua provincia de Oriente.

Al propio tiempo, en la región central de la Isla también se acrecentó la lucha insurreccional con la incorporación al Escambray, el 13 de febrero, del grupo dirigente del Directorio Revolucionario 13 de Marzo³, que con su secretario general Faure Chomón Mediavilla desembarcó el 8 de ese mes por Nuevitas, reorganizó la estructura de estas fuerzas, luego de la reunión realizada, entre febrero y marzo, con los principales jefes y oficiales de esa organización alzados en armas.

Además en febrero de ese año había comenzado a operar al norte de la antigua provincia de Las Villas un destacamento armado al mando de Félix Torres y dirigido por el Partido Socialista Popular⁴. Igualmente otro pequeño destacamento armado, al frente del cual se encontraba Víctor Bordón, actuaba en la propia provincia bajo la dirección del M-26-7 desde finales de 1956.

De igual forma, en las provincias de Matanzas y La Habana, durante los primeros meses de 1958, comenzaron a aumentar las acciones de sabotajes, ataques a pequeños objetivos rurales, destrucción de líneas férreas, derribo de postes telefónicos y otras acciones realizadas por grupos revolucionarios de distinta

³ (DR-13). Organización revolucionaria creada en 1955 por dirigentes de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). En 1957 realizó el fallido atentado contra el dictador con el asalto al Palacio Presidencial. En 1958 abrió un frente guerrillero en el Escambray. Al final de la lucha armada, sus destacamentos combatieron en Las Villas en estrecha coordinación con las fuerzas del Ejército Rebelde. Después del triunfo apoyó las medidas unitarias y se integró a las organización creada a este fin y, posteriormente, con la creación del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) –que más tarde se convertiría en el Partido Comunista de Cuba–, dejó de existir.

⁴ (PSP). Partido marxista-leninista fundado en 1925 desarrolló una dura y permanente lucha por las reivindicaciones de las masas trabajadoras, tanto desde la situación legal como en la clandestinidad, en medio de una propaganda adversa y feroz represión contra sus militantes. Durante la lucha contra Batista mantuvo contacto con el Movimiento 26 de Julio y apoyó sus actividades. A principios de 1958 autorizó a sus militantes a incorporarse al Ejército Rebelde, y creó un destacamento guerrillero en la zona norte de Las Villas. Después del triunfo apoyó las medidas unitarias y se integró a las organización creada a este fin y, posteriormente, con la creación del PURSC –luego Partido Comunista de Cuba–, dejó de existir.

filiación política. No todos estos grupos conformaban destacamentos guerrilleros, pues operaban habitualmente desde las ciudades y poblados de esas provincias y solo establecían campamentos provisionales para sus acciones en el campo, muchos no llegaron a desarrollarse y desaparecieron posteriormente, pero indudablemente iban conformando el embrión de nuevos frentes de lucha.⁵

Es decir, a partir del desembarco de los expedicionarios del *Granma* y hasta abril de 1958, el gobierno de Batista había sido incapaz de derrotar a las fuerzas revolucionarias alzadas en armas, y todos sus intentos por eliminar a la guerrilla habían fracasado, a pesar de haber puesto en práctica numerosos planes y haber sido ampliamente apoyado, moral y materialmente, por asesores norteamericanos.

En ese contexto se produjo la huelga de abril de 1958. Lastrada por errores en su organización, esta acción no pudo ser convenientemente apoyada con las armas ni extendida a todo el país y fue aplastada finalmente. EL comandante Ernesto Che Guevara en su trabajo titulado “Un año de lucha armada”, decía: “[...] Huelga general llamada por sorpresa, clandestinamente, sin una preparación política previa y sin una acción de masas llevaría [...] a la derrota del 9 de abril”.⁶

La represión desatada por la tiranía después del fallido intento de huelga general estuvo dirigida principalmente contra los combatientes clandestinos en las ciudades, quienes recibieron duros y sensibles golpes. El alto mando de la tiranía no escondió su euforia; pronto proclamó el pretendido fin del movimiento revolucionario en todos los frentes y, embriagado por los éxitos parciales conseguidos, creyó ver el momento oportuno para lanzar una estocada a fondo contra lo que consideraba el último reducto del movimiento revolucionario: la Sierra Maestra.

Preparación de la Ofensiva de Verano

Con la participación directa de sus asesores norteamericanos y ante las aparentemente favorables perspectivas, el alto mando

⁵ Véase *El alma de la Revolución*, Ed. Verde Olivo, La Habana, 1992, t. 2, p. 287.

⁶ Ernesto Che Guevara: *Escritos y discursos*, “Un año de lucha armada”, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1972, p. 205.

castrense aceleró la preparación y ejecución del plan de acciones que desde finales de febrero se elaboró con la codificación de Plan F-F (Fase Final o Fin de Fidel). El mayor general del ejército batistiano Eulogio Cantillo Porras fue nombrado jefe de la zona de operaciones entre marzo y abril de 1958 para dirigir el Plan F-F, en sustitución del coronel Ugalde Carrillo quien quedó como oficial ejecutivo. Este plan, también conocido como Ofensiva de Verano, tenía “[...] como objetivo principal, la captura o muerte de FC [Fidel Castro] y la total destrucción del enemigo en la ZOpns [zona de operaciones] [...]”.⁷

La tiranía comprendió que esto podía ser un último esfuerzo por derrotar a las fuerzas guerrilleras que comenzaban a amenazar la estabilidad del régimen y, en consecuencia, dedicó todos sus esfuerzos para que nada quedara sin prever.

La idea estratégica inicial de la dictadura, concebida en el Plan F-F, cuando en la antigua provincia oriental existía como único foco insurreccional de consideración el de la Sierra Maestra, solo tenía como objetivo el Primer Frente. No obstante, tal idea general debió ser modificada ante los importantes acontecimientos que en el proceso de desarrollo de la lucha armada revolucionaria tuvieron lugar durante marzo, abril y mayo de 1958: la creación y asentamiento de dos nuevos frentes dirigidos por los comandantes Raúl Castro Ruz y Juan Almeida Bosque, ambos destacados combatientes revolucionarios, participantes en el asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953; encarcelados más tarde en el entonces Presidio Modelo de Isla de Pinos junto con Fidel Castro y después, fieles al pensamiento y a la acción del Comandante en Jefe, convertidos en expedicionarios del *Granma*.

Todo indica que el nacimiento del Segundo Frente Oriental “Frank País” (nombre adoptado el 3 de agosto según la orden 40 del jefe del Frente), el 11 de marzo de 1958 en la zona de Piloto del Medio bajo la dirección de Raúl Castro; y del Tercer Frente “Mario Muñoz”, comandado por Almeida, el 6 de marzo del propio año en el lugar conocido por Puerto Arturo, obligó a los estrategas batistianos a introducir nuevos elementos en sus

⁷Plan F-F, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, p. 2.

planes. Ya no solo fue el Plan F-F enfilado directamente contra Fidel Castro; sino que también se vieron obligados a enfrentar a las fuerzas de Raúl, que en pocas semanas se hicieron sentir enérgicamente; e intentaron detener la amenaza que representaba la parte de las tropas de Almeida que había quedado a las puertas de Santiago de Cuba, donde desarrollaban una lucha activa y que no fueron trasladadas hacia el oeste de la Sierra Maestra, donde se esperaban las acciones principales.

Debido a ello, paralelamente al Plan F-F, el alto mando castrense diseñó otra operación ofensiva dirigida contra las fuerzas rebeldes que actuaban en el macizo montañoso del nordeste de la antigua provincia oriental, habitualmente conocido como Sierra del Cristal. Esta nueva operación, aunque de menos duración y envergadura que la realizada contra la Sierra Maestra, se llevó a cabo de forma simultánea a esta. Las acciones comenzaron el 28 de mayo y culminaron el 30 de junio.

Resulta obvio apuntar que las fuerzas de Raúl Castro combatieron heroicamente, infligieron al enemigo una importante derrota y echaron por tierra las pretensiones del ejército de liquidar al nuevo foco guerrillero. Al propio tiempo, las fuerzas de la dictadura fueron impotentes para aniquilar a los rebeldes al oeste de la capital provincial, comandados por Almeida, los que con audaces golpes obstaculizaron el libre movimiento del adversario hacia o desde Santiago de Cuba.

Aunque indirectamente, el recién creado Segundo Frente y las fuerzas del también joven Tercer Frente, situadas al oeste de Santiago de Cuba, desempeñaron un significativo papel en la derrota de la ofensiva enemiga lanzada contra el Primer Frente. Ello demostró una vez más la profunda visión del Comandante en Jefe cuando decidió crear los dos nuevos destacamentos rebeldes. A partir de ese momento la tiranía se vio obligada a dividir sus fuerzas. Ambas agrupaciones guerrilleras atrajeron sobre sí importantes contingentes de tropas enemigas que no pudieron ser empleadas en la dirección principal de las acciones.

En lo tocante concretamente al Plan F-F, la idea general de las acciones comprendía situar simultáneamente varios batallones sobre una línea de partida imaginaria: Estrada Palma-Santo

Domingo-El Jigüe-La Plata, tras lo cual inician su avance hacia el oeste para obligar a las fuerzas rebeldes a replegarse dentro del triángulo Niquero-Pilón-Cabo Cruz, hasta destruirlas (esquema 5).

Esa acción sería precedida por bombardeos y ametrallamientos al este, norte y oeste del Turquino, principalmente las áreas de El Hombrito, La Corcovada, La Bayamesa, El Zapato, Peladero y La Uvita, hasta Santo Domingo. De tal forma empujarían a los guerrilleros hacia el oeste y limpiarían la retaguardia de los batallones que ocuparían la citada línea de partida. Antes de comenzar el movimiento de las tropas emplearían fuerzas de un batallón o más para despejar de alzados el área de la Maestrica.⁸ Asimismo ocuparían las principales vías de acceso hacia la Sierra Maestra para impedir la entrada de suministros o apoyo a los rebeldes y obligar a los pobladores a evacuar la zona.

En las consideraciones tácticas para el jefe de la zona de operaciones y los jefes de batallones y compañías, plasmadas en el Plan F-F, entre otras cosas, se indicaba lo siguiente:

- La línea de partida debía ocuparse simultáneamente o en un plazo que no excediera las 24 horas.
- Las mejores unidades debían colocarse al centro del eje de avance, sobre el firme de la Sierra Maestra, para evitar que se agotaran prematuramente.
- La fase inicial debía consistir en un avance lento, precedido por golpes de la aviación y el fuego de los morteros, evitando empeñarse en combates prolongados, ya que el fin principal era obligar a los rebeldes a salir de las montañas.
- El reconocimiento y la cobertura por parte de la aviación debían realizarse diariamente.
- Los movimientos debían comenzar, cada día, en horas tempranas, antes de aclarar, preferiblemente entre las 04:00 y las 05:00 horas.

⁸ *Ibíd.*, pp. 6-7.

- Las unidades debían mantenerse en línea durante el despliegue y el avance.
- Al conocer el comienzo del repliegue de las fuerzas guerrilleras hacia el área a la que se deseaba llevarlas, no se debía interferir su movimiento, sino crear las condiciones para obligarlas a continuar.

Para la ejecución del plan el alto mando batistiano disponía de 14 batallones de infantería, algunos de ellos estructurados como batallones de combate contra guerrillas (BCCG); siete compañías de infantería (fusileros) independientes; una compañía de tanques medianos y ligeros (tanquetas), y una batería de obuses de 75 milímetros (cuatro obuses).

Los batallones de combate contra guerrillas, con cerca de cuatrocientos efectivos, estaban estructurados en dos compañías de 105 hombres cada una y otra de 175; además de otro personal, tanto de mando como de aseguramiento. El resto de los batallones, como regla, alcanzaba la cifra de unos trescientos treinta hombres, aproximadamente.

Las fuerzas terrestres serían apoyadas por un regimiento mixto de aviación, en composición de 12 bombarderos ligeros B-26; tres aviones de transporte C-47; ocho aviones cazabombarderos F-47 y T-33, este último reactivo; además de otras naves aéreas ligeras (conocidas como avionetas) para reconocimiento y enlace (mando). También incluían en el apoyo un destacamento de la Marina de Guerra, compuesto por tres fragatas, tres guardacostas, una embarcación de patrulla-escolta, una barcaza de desembarco y cinco puestos navales.

Además, se contaba con el personal de los puestos de la Guardia Rural⁹, dislocado en la zona de operaciones, el de los

⁹ Fuerza creada en 1899 por los intervencionistas norteamericanos para mantener el orden en los distritos rurales y auxiliar a la policía en las zonas urbanas. En 1915 pasó a formar parte de la estructura del ejército manteniendo sus misiones iniciales. Los distritos militares en que estaba dividido el país contaban, como fuerza fundamental dentro del ejército, con un regimiento de la Guardia Rural. Solo en La Habana existían tropas de otra denominación. Siempre constituyó un instrumento de represión al servicio de la clase dominante, reprimiendo las luchas de los obreros, campesinos y pueblo en general. Fue disuelta después del triunfo de la Revolución.

aseguramientos y el de las formaciones paramilitares, como la conocida por el sobrenombre de Tigres de Masferrer¹⁰. En total, las fuerzas desplegadas alcanzaban unos diez mil hombres.

El equipamiento de tales fuerzas era moderno para la época y en cantidad suficiente, aunque incluía una amplia gama de diferentes tipos de armas de infantería, a saber: ametralladoras de trípode calibre 30; fusiles ametralladoras Browning; fusiles semiautomáticos Garand y fusiles de cerrojo Springfield, todos de calibre 30,06; subametralladoras Thompson calibre 45; carabinas M-1, M-2 y San Cristóbal; estos tres últimos modelos del calibre comúnmente conocido como punto 30, entre otros; así como bazucas (lanzacohetes antitanques) de 3,5 pulgadas. Además, morteros de 60 milímetros a nivel de compañía o batallón y de 81 milímetros a nivel de batallón. El aseguramiento con municiones era abundante. Completaban el plan las medidas necesarias para el aseguramiento logístico y de comunicaciones.

La preparación profesional era elevada. Los jefes de las unidades combativas (batallones y compañías), en su mayoría, eran egresados de centros de enseñanza militar, de formación o de perfeccionamiento, del país y del extranjero, en los que habían recibido un adecuado nivel teórico de conocimientos militares. La tropa había adquirido el adiestramiento mediante los planes habituales que desarrollaba la institución castrense, incrementados como consecuencia de la situación de guerra en el país. Solo los conscriptos de nuevo ingreso, reclutados con la urgencia del momento, no poseían la preparación suficiente, al cumplirse con ellos planes emergentes y acelerados de adiestramiento, que los dotaba de un mínimo de conocimientos para desarrollar las acciones combativas.

Relacionado con lo anterior en el parte firmado por Fidel, sobre tropas enemigas llegadas a Estrada Palma, leído por Radio Rebelde el 12 de mayo de 1958, se señala: “[...] Estos soldados [se refiere a los casquitos] son, sin embargo, de

¹⁰ Formación paramilitar que organizaba partidas armadas en los pueblos y ciudades, compuestas por individuos de baja catadura moral, delincuentes y asesinos a sueldo, responsables de diversas misiones de represión contra el pueblo en general y las organizaciones revolucionarias en particular.

una calidad inferior a los soldados más antiguos. Han sido entrenados precipitadamente y no tienen experiencia alguna de la guerra”.¹¹

En otra parte del plan se recomendaba: “[...] aligeren algunas unidades disminuyendo el número de reemplazos con que cuentan y ciertos equipos y armas pesados”.¹²

En la conferencia del 21 de marzo de 1958, sobre los planes futuros en la zona de operaciones, algunos elementos complementarios del plan¹³ señalaban:

- Emplear en tareas de limpieza en el llano y en el reconocimiento, antes del comienzo de la ofensiva, a las nuevas unidades a formar con el llamado a filas, y a los efectivos que se fueran liberando de la misión de dar protección a la zafra según esta fuera concluyendo.
- Emplear un número determinado de aviones de combate, para realizar un “ablandamiento aéreo” previo a la ofensiva, realizando *raids* (ataque) diurnos y nocturnos con bombardeos y ametrallamientos.
- Iniciar el bloqueo de la Sierra Maestra por su vertiente norte, cinco días antes de la ofensiva. Asimismo, prohibir a la población de los núcleos rurales en el llano moverse durante períodos que, como regla, se extendían desde el atardecer de cada día hasta el amanecer del siguiente (toque de queda).
- Establecer la ubicación de Fidel Castro, para la fecha del comienzo de la ofensiva, con la mayor exactitud posible.
- Incrementar la movilización de personal (reserva militar) para acelerar la preparación de nuevas unidades, con reclutas conocidos como casquitos. Estos se alistarían por los mandos correspondientes a sus lugares de residencia y recibirían una preparación corta de cuatro semanas en escuelas de reclutas organizadas en dichos mandos. Posteriormente completarían

¹¹ Fidel Castro Ruz: “Parte sobre tropas enemigas llegadas a Estrada Palma”, Sierra Maestra, 12 de mayo de 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

¹² Plan F-F, ob.cit., pp. 7-8.

¹³ Véase Conferencia sobre planes futuros en ZOpnes, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

la instrucción durante dos semanas más en la zona de operaciones. Por ese proceso pasaban ya alrededor de 2 800 hombres. Adicionalmente se cursó la orden de alistar a otros 4 000, previéndose que para mediados de mayo podría contarse con aproximadamente 6 800 nuevos efectivos.

En correspondencia con la idea de no perder tiempo y aprovechar lo que apreciaba como un momento crítico para las fuerzas revolucionarias, el alto mando de la tiranía determinó el comienzo de la ofensiva (día D), para la última decena de abril; pero la fecha tuvo que ser pospuesta al no poder completarse la preparación de las tropas en el plazo inicialmente señalado.

Sobre este punto existen varias opiniones. Algunas de ellas marcan el comienzo de la ofensiva el 24 de mayo de 1958, día previsto para que las tropas empezaran a moverse desde sus bases (regiones de concentración o espera), en los accesos cercanos a la Sierra Maestra, para ir a ocupar la línea de partida antes descrita. Otras, toman el 19 de junio, fecha en que las fuerzas comenzarían su movimiento de peine hacia el oeste para empujar a la guerrilla en esa dirección.

Realmente, la documentación oficial no certifica el momento y fecha exactos. Únicamente existen referencias de conversaciones en las cuales se menciona ese aspecto y, como elemento de mayor fuerza, lo señalado en el diario de campaña del entonces segundo teniente Ubineo León, jefe del primer pelotón de la Compañía 93 del Batallón 19.

De las versiones existentes, incluidas las manifestaciones de Ubineo, la más aceptada es la que señala el cruce de la línea de partida como la fecha escogida por el alto mando del ejército para el comienzo de la ofensiva de verano, es decir, el 19 de junio. De ser cierta, demuestra que los mandos superiores del ejército no tuvieron en cuenta las características peculiares de la lucha armada en las condiciones de la guerra irregular.

En los territorios donde habitualmente actúan fuerzas guerrilleras no es posible planificar acciones como si se tratara de la guerra regular. Es decir, no es posible plantear líneas u objetivos del terreno a alcanzar para determinar el cumplimiento de las diferentes etapas de una operación, pues de lo que se

trata no es de ocupar determinadas posiciones, sino de aniquilar a las fuerzas guerrilleras. El alto mando batistiano olvidó que el guerrillero, en sentido general, no se aferra a un territorio determinado, si intereses cardinales no le obligan a conservar objetivos muy particulares considerados de gran importancia. El guerrillero se aparta, esquivando el desplazamiento de las tropas que lo atacan, y despliega toda la gama de procedimientos irregulares para obstaculizar el avance de su enemigo, emboscarlo y golpearlo con acciones sorpresivas por los flancos y la retaguardia. De tal suerte, el contrario aunque logre cumplir su meta de salir a un lugar señalado, en realidad no habría logrado ningún resultado práctico favorable; salvo la ocupación de un hipotético objetivo guerrillero, a costa de grandes bajas.

Independientemente de tales consideraciones, al no existir prueba documental alguna para establecer con fidelidad la fecha prevista para el comienzo de la ofensiva, y teniendo en cuenta el curso posterior de los acontecimientos, parece verosímil concluir que la famosa línea fue modificada al puntualizarse el plan, días antes del comienzo de la operación.

Según se trasluce, el cambio introducido consistió en que, en vez del avance hacia el oeste desde la línea de partida, ahora se realizarían ataques combinados desde el nordeste, noroeste y sur; que debían converger sobre la región al oeste del Pico Turquino, en la zona entre Altos del Naranjo y la loma de Gamboa, donde se encontraba la Comandancia General de La Plata, con el fin de cercar y lograr la captura o la muerte de Fidel Castro (esquema 6).

Así reajustado el plan es posible pensar como ejes de los ataques: Buey Arriba-Santo Domingo-Altos del Naranjo, por el nordeste; Estrada Palma-Las Mercedes-Minas del Frío, por el noroeste; y la desembocadura del río La Plata-El Jigüe, por el sur. Al menos, el desarrollo real de las acciones se acercó más a esta variante que a cualquier otra.

Ante la disyuntiva de la controvertida fecha hemos decidido tomar la del 24 de mayo, teniendo en cuenta que el comienzo del movimiento de las unidades enemigas por las cercanías de la Sierra Maestra determinó para el Ejército Rebelde una ininterrumpida sucesión de acciones combativas, solo conclusa cuando el ejército de Batista se vio obligado a retirar sus tropas de todo el territorio de la Sierra y sus accesos cercanos, después

de sufrir cuantiosas bajas en fuerzas y medios y sin haber conseguido ninguno de los objetivos trazados.

Apreciación del mando rebelde

Con el fin de analizar asuntos de gran importancia para el desarrollo de la lucha revolucionaria y, en especial, lo concerniente a la fracasada huelga del 9 de abril de 1958, la Dirección Nacional del M-26-7 celebró una reunión en el Alto de Mompié, el 3 de mayo, con la presencia de Fidel Castro, Vilma Espín, Luis Buch, Celia Sánchez, Marcelo Fernández, Haydée Santamaría, David Salvador, Faustino Pérez, René Ramos Latour, Antonio Torres, *Ñico*, y Enzo Infante. Participó en calidad de invitado, Ernesto Che Guevara, quien en su artículo “Una reunión decisiva”, que forma parte del conjunto de trabajos agrupados bajo el título *Pasajes de la guerra revolucionaria*, hizo un pormenorizado análisis de la importante reunión:

[...] Pero lo más importante es que se analizaban y juzgaban dos concepciones que estuvieron en pugna durante toda la etapa anterior de la conducción de la guerra. La concepción guerrillera saldría de allí triunfante, consolidado el prestigio y la autoridad de Fidel y nombrado Comandante en Jefe de todas las fuerzas incluidas las de la milicia -que hasta esos momentos estaban su-peditadas a la Dirección del Llano- y Secretario General del Movimiento.¹⁴

Con ello se materializó la justa idea de unificar la dirección política de la lucha con su mando militar, vieja aspiración que en más de una ocasión, en las anteriores luchas por la total independencia del pueblo cubano, había sido la causa principal de no pocos fracasos.

Como resultado de un pormenorizado análisis de la situación, el Comandante en Jefe llegó a la conclusión de que el enemigo se aprestaría a lanzar una poderosa ofensiva, para

¹⁴ Ernesto Che Guevara: *Escritos y discursos*, “Pasajes de la guerra revolucionaria”, La Habana, t. 2, Ed. de Ciencias Sociales, 1972, p. 250.

aprovechar el temporal desconcierto realmente producido entre las filas del movimiento revolucionario después del fracaso de la huelga, concentrando el grueso de sus tropas contra la Columna No. 1, principal núcleo guerrillero existente en el país.

Esta certidumbre y la necesidad de contar con un territorio base para asegurar cierta estabilidad a la fuerza guerrillera determinaron la estrategia de mantener la zona donde se encontraban ya instalados o en vías de hacerlo: la Comandancia General, la emisora Radio Rebelde y el hospital, en La Plata; además la fábrica de minas y granadas, los talleres, los depósitos de municiones y la cárcel rebelde, en áreas cercanas; y la escuela de reclutas rebeldes, en Minas del Frío. “[...] Se convirtió en una cuestión de honor del Ejército Rebelde, pero más que nada en una cuestión de gran importancia militar, defender este territorio”.¹⁵

En consecuencia, el Comandante Fidel Castro decidió formar un frente defensivo compacto de unos treinta kilómetros de extensión por el norte, con profundidad hasta el mar por su parte sur, y cuyo eje principal sería el firme de la cordillera de la Maestra. La zona era de las que mejor conocían los rebeldes y de difícil acceso, con considerables alturas, valles profundos, laderas muy pendientes, espesa vegetación y elevado nivel de humedad. Los desplazamientos, obligados por difíciles senderos y trillos, lo cual exigía moverse, como regla, de uno en fondo. Estaba claro que en un terreno de tales características, el enemigo vería limitadas sus posibilidades para emplear los tanques y otros equipos mecanizados. Asimismo, las numerosas irregularidades topográficas ofrecían refugio contra el fuego de la artillería y de la aviación.

Para ejecutar su idea estratégica el mando rebelde ordenó mover secretamente hacia el Primer Frente las tropas del sur y centro de la provincia: las fuerzas principales de la Columna No. 3 al mando del comandante Juan Almeida, que operaba al oeste de Santiago de Cuba y de la Columna No. 4 bajo el mando del comandante Ramiro Valdés, que lo hacía al este del Turquino; parte de las fuerzas de la Columna No. 2 subordinada al

¹⁵ Fidel Castro Ruz: Discurso por el XV aniversario de la Ley de Reforma Agraria, La Plata, 17 de mayo de 1974, ed. OR No.11, 1974, p. 20.

comandante Camilo Cienfuegos, que desde hacía algún tiempo libraba acciones en los llanos del Cauto y parte del personal de la Columna No. 7, que bajo el mando del comandante Crescencio Pérez actuaba en el extremo oeste de la Sierra Maestra. Todas, conjuntamente con las subordinadas al comandante Ernesto Che Guevara, compuestas por la Columna No. 8 y la escuela de reclutas de Minas del Frío; además de la columna No. 1 al mando directo de Fidel Castro tendrían la misión de asumir la defensa del territorio señalado (esquema 7).

La reagrupación prevista de las tropas rebeldes no se llevó a cabo simultáneamente, sino según el desarrollo de las acciones. Sobre todo durante los primeros días de la ofensiva, se les atraía y planteaban las misiones correspondientes. Las últimas fueron las de Almeida y Camilo; aunque de la columna de Almeida las fuerzas subordinadas a Guillermo García participaron desde un inicio en las primeras acciones desarrolladas en la dirección de Buey Arriba-Santo Domingo y más tarde en El Jigüe. El resto cumplió la misión de defender los accesos a la Comandancia General, por el norte y el este del Turquino. Durante las acciones libradas en El Jigüe, esos efectivos asumieron la defensa al norte de El Naranjal, en previsión de un posible avance del enemigo en esa dirección.

El estudio de diversos documentos escritos por el Comandante en Jefe en aquellos momentos (al capitán Paz, el 8 de mayo de 1958; carta a Celia, el 5 de mayo; e instrucciones a Ramiro Valdés, el 5 de junio de 1958),¹⁶ arroja que los jefes de las unidades rebeldes recibieron órdenes para el rechazo de la ofensiva, en las que se indicaba: preparar posiciones defensivas escalonadas en las vías de acceso a los baluartes guerrilleros, además de construir trincheras y refugios para proteger a las tropas del fuego de la aviación y de la artillería enemiga. Las instrucciones también planteaban la necesidad de defender cada posición, y hacer cada vez más fuerte la resistencia. En caso de no poder mantenerse, indicaban el repliegue paulatino hacia nuevas posiciones en la profundidad con el objetivo de causar

¹⁶ Véase documentos existentes en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

el mayor número de bajas al enemigo, ocuparle armas y municiones, dificultar o impedir, al propio tiempo, su avance y desgastarlo hasta que comenzara a flaquear, momento ideal para el contraataque rebelde (esquema 8).

En fecha tan temprana como el 26 de abril, el Comandante en Jefe Fidel Castro escribió al capitán Lara, oficial rebelde que también actuaba en los llanos del Cauto:

[...] estamos preparándonos para resistir la ofensiva que el enemigo va lanzar con todos sus recursos concentrando el ataque sobre esta columna. No se trata solo de resistir, sino que lo que más preocupa es quitarle el mayor número de fusiles en esta oportunidad.¹⁷

Se evidenciaba así, cómo Fidel Castro había logrado desentrañar los planes del enemigo y tomaba las medidas oportunas para enfrentar el embate próximo.

La estrategia rebelde había quedado sintetizada en las instrucciones que a principios de junio la Comandancia General dirigió a los jefes de columnas, según el informe del Comandante en Jefe sobre el rechazo de la ofensiva de verano, dado a conocer el 18 de agosto de 1958 por las ondas de Radio Rebelde. En dichas instrucciones; entre otras cosas, se planteaba:

Tenemos que estar conscientes del tiempo mínimo que debemos resistir organizadamente y de cada una de las etapas sucesivas que se van a presentar. Más que en este momento estamos pensando en las semanas y meses venideros [...] Esta es una batalla decisiva que se está librando precisamente en el territorio más conocido por nosotros. Estamos dirigiendo todo el esfuerzo por convertir esta ofensiva en un desastre para la dictadura.

Otro fragmento puntualizaba:

[...] Estamos tomando una serie de medidas destinadas a garantizar:

¹⁷ Fidel Castro Ruz: Escrito al capitán Lara, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t.10, p. 88.

Primero: la resistencia organizada.

Segundo: desangrar y agotar al ejército adversario.

Tercero: la conjunción de elementos y armas suficientes para lanzarnos a la ofensiva, apenas ellos comiencen a flaquear.

Están preparadas una por una las etapas sucesivas de defensa [...] La cuestión es hacer cada vez más fuerte la resistencia, y ello será así a medida que sus líneas se alarguen y nosotros vayamos replegándonos hacia los sitios más estratégicos.

Y más adelante continuaba:

Los objetivos fundamentales de estos planes son:

Primero: disponer de un territorio básico donde funcionen la organización, los hospitales, los talleres, etcétera.

Segundo: mantener en el aire la Emisora Rebelde que se ha convertido en factor de primerísima importancia.

Tercero: ofrecer una resistencia cada vez mayor al enemigo, a medida que nos concentremos y ocupemos los puntos más estratégicos para lanzarnos al contraataque.¹⁸

Es decir, las tropas rebeldes en el Frente No. 1 concederían a partir de ese momento un mayor peso a las acciones defensivas de carácter regular para oponerse a la ofensiva próxima, aunque siempre dentro del concepto general de lucha irregular.

Hasta el momento, los combatientes rebeldes habían empleado, fundamentalmente, el método de no ofrecer un frente compacto, una resistencia frontal y un afianzamiento tenaz al terreno ante fuerzas enemigas generalmente superiores en número y armas. Lo habitual era emboscarlas cuando se hallaban en movimiento, causarles bajas, arrebatarles armas y, a continuación, realizar una rápida retirada. Cuando lograban una superioridad temporal, aprovechando la sorpresa, atacaban puestos enemigos aislados, con el objetivo de ocuparlos para capturar

¹⁸ Ricardo Martínez Vicores: *7RR. La historia de Radio Rebelde*, ob. cit., pp. 444-445; Fernando Vecino Alegret: *Rebelde testimonio de un combatiente*, Editora Política, La Habana, 1992, pp.148-149.

armas, alimentos, ropas, medicinas y otros pertrechos. Una vez logrados los propósitos se alejaban rápidamente del escenario del combate.

De esa forma, cuando el enemigo reunía sus fuerzas para pasar a la ofensiva, la guerrilla se fraccionaba y ocupaba el territorio que aquel había abandonado al concentrarse. Tal era el procedimiento irregular empleado hasta ese momento con todo éxito, por lo que la inclusión de un nuevo método en el conjunto de procedimientos posibles resultó una novedad a la cual los efectivos rebeldes tendrían que adaptarse convenientemente.

En esta ocasión la concentración de fuerzas y la defensa de posiciones eran una necesidad y una posibilidad objetiva. Al menos así fue valorado por el mando rebelde, teniendo en cuenta como aspecto fundamental, además de las consideraciones de orden estratégico antes mencionadas, las condiciones del terreno, el que típicamente montañoso y abrupto, era conocido por los rebeldes cuya gran resistencia física y elevada moral les facilitarían adoptar tal procedimiento de lucha. En última instancia, si los resultados eran adversos y el enemigo lograba ocupar el campamento de La Plata y sus principales instalaciones, las tropas rebeldes siempre tendrían la posibilidad de formar nuevamente grupos fraccionados y pequeñas partidas y pasar nuevamente a la táctica anterior de constantes movimientos sin enfrentar frontalmente las acciones del adversario.

Con referencia a ello, el 8 de mayo, el Comandante Fidel Castro le escribió al capitán Ramón Paz Borroto* lo siguiente:

[...] si el enemigo logra invadir todo el territorio, cada pelotón debe convertirse en guerrilla y combatir al enemigo, interceptándolo por todos los caminos, hasta hacerle salir de nuevo. Este es un momento decisivo. Hay que combatir como nunca.¹⁹

Para ese momento se estaba construyendo una red telefónica con el objetivo de enlazar la Comandancia General con Minas del Frío y otros lugares de la Sierra. Ello contribuyó

¹⁹ Fidel Castro Ruz: Escrito al capitán Paz, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t.11, p. 34.

a disminuir el tiempo para la transmisión de órdenes, principalmente las administrativas que, de forma regular, se enviaban por medio de mensajeros. Estos no se eliminaron pero, en sentido general, la nueva variante representó un alivio a tan fatigoso trabajo, dado por lo abrupto del terreno, lo que facilitó el mando en la región.

Las ideas del mando rebelde concluían con indicaciones sobre el aseguramiento logístico, fundamentalmente para garantizar la alimentación de la tropa y de la población campesina ubicada en el territorio. Así se ordenó la requisita y traslado hacia la Sierra Maestra de reses pertenecientes a terratenientes, otros magnates y personeros del régimen, con propiedades en zonas cercanas a la Sierra Maestra. En total llegaron a enviarse miles de cabezas antes del comienzo de la ofensiva.

En el cumplimiento de tales medidas y de las arduas tareas de ellas derivadas, es necesario destacar la labor desempeñada por la compañera Celia Sánchez Manduley, tanto en la etapa de la preparación para el rechazo de la ofensiva enemiga como durante el propio desarrollo de las acciones. Esta incansable revolucionaria se encargaba de hacer llegar a los distintos jefes las órdenes y disposiciones del Comandante en Jefe. Gracias a la paciente labor de reproducir en forma manuscrita cada documento, hoy existen copias que suplen la falta de valiosos originales.

Celia también atendía la organización y control de los abastecimientos tanto de los combatientes rebeldes como de los prisioneros enemigos, así como la organización y funcionamiento de los distintos talleres artesanales. De igual forma se preocupaba por la situación y necesidades de la población campesina que habitaba en el “territorio libre”. Gran parte de su tiempo lo dedicó a la organización interna y el aseguramiento multilateral de la Comandancia General, y como parte de ella, a las condiciones indispensables, dentro de las limitaciones existentes, para la vida y el trabajo del Comandante en Jefe.

Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que en gran medida, el abnegado trabajo desplegado por la compañera Celia, contribuyó de forma destacada a enfrentar con mayor organización y mejores perspectivas de éxito la ofensiva enemiga.

Situación de las tropas batistianas para el comienzo de la ofensiva

Según documento del puesto de mando de la zona de operaciones del enemigo, ubicado en Bayamo, la situación de las tropas que por el plan participarían en la ofensiva, independientemente de su real actuación posterior, para el 17 de mayo de 1958 (esquema 9), era la siguiente:

- En Los Negros, el Batallón 10 al mando del comandante Nelson Carrasco Artiles con las compañías 102 y 104; y tenía en Baire la Compañía 105.
- En Jiguaní, el Batallón 22 al mando del comandante Eugenio Menéndez Martín con las compañías N y O; y tenía en Charco Redondo la Compañía P.
- En Santa Bárbara, el Batallón 14 al mando del comandante Bernardo Guerrero Padrón con la Compañía 41; y tenía en El Corajo la Compañía 43 y en Guisa la 44.
- En Buey Arriba (Las Minas) el Batallón 11 al mando del teniente coronel Ángel Sánchez Mosquera con la Compañía A; y tenía en Bueycito la Compañía 97, y en San Pablo de Yao la 96.
- En Canavacoa, el Batallón 23 al mando del capitán (más tarde ascendido a comandante) Armando González Finalés con las compañías M y 83; y tenía en Mabay la Compañía 51.
- En Estrada Palma, el Batallón 17 al mando del comandante Pablo Corzo Izaguirre, con las compañías B y 72; y tenía en la arrocera Roca la Compañía 71.
- En Manzanillo, el Batallón 12 al mando del comandante Oscar Pedraja Padrón con la Compañía 21; y tenía en Campechuela la Compañía 24 y en Calicito la Compañía 25.
- En Jibacoa (12 kilómetros al sudoeste de Yara), el Batallón 13 al mando del capitán (más tarde ascendido a comandante) J. Triana Tarrau con las compañías E y 22; y tenía en Sofía la Compañía 42 (menos un pelotón).
- En Niquero, el Batallón 16 al mando del capitán (más tarde ascendido a comandante) Domingo Figueroa Lara con la Compañía 61;

y tenía en Media Luna la Compañía 64 y en San Ramón la Compañía 63.

- En Río Cauto, el Batallón 19 al mando del comandante Antonio Suárez Fowler con las compañías 91, 92 y 93.
- En Maffo, el Batallón 18 al mando del comandante José Quevedo Pérez* con las compañías EC, G-4 y 103.
- En Bayamo (en el puesto de mando), el Batallón 20 al mando del comandante Caridad Fernández con las compañías 81 (servicio de patrulla) y la 101 (policía militar).
- En Bayamo (en el Escuadrón 13 de la Guardia Rural), el Batallón 21 al mando del capitán (más tarde ascendido a comandante) Franco Lliteras con la Compañía 82; tenía en El Oro de Guisa la Compañía 62 y en Pino del Agua la Compañía 84.
- En Bayamo, la Compañía de Jefatura del Batallón de Infantería Pesada, la Compañía de Jefatura y un pelotón de tanques del Batallón de Tanques del Regimiento Mixto de Tanques, así como el primer pelotón de la Compañía 42.
- En Guisa la Compañía L.
- En Río Cauto, la Compañía 52.
- En Chivirico y en Pílon, un destacamento de la Marina de Guerra con 60 hombres, respectivamente, y en Cabo Cruz otro con 40 efectivos.

Además, fuera de la zona de operaciones, tenían:

- En Guantánamo, el Batallón 15 al mando del comandante R. Martínez Morejón con las compañías C, 23 y 85. Además, estaban las compañías K y 12.
- En Moa, la Compañía I.

Es necesario puntualizar que, posteriormente a esta fecha y en el transcurso de la ofensiva enemiga, a la zona de operaciones se incorporaron las compañías 11, 31 y 32, que se encontraban en otras zonas y también que, ya avanzada la ofensiva, el enemigo se vio en la necesidad de crear otros batallones, para lo cual empleó, tanto las compañías independientes,

como las pertenecientes a otros batallones, como fueron: el Batallón 24, con las compañías 31 y 32; el Batallón de Los Livianos, con las compañías E, L y 22; el Batallón 25 y un llamado Batallón de Asalto.

Realmente, tomaron parte en las acciones los batallones 10, 11, 12, 14, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, Los Livianos y el de Asalto. El 15 se mantuvo en Guantánamo y el 16 en Niquero. Del 24 no hay referencias; del 20 y 21 participaron una compañía de cada uno y el 13 cedió dos de sus compañías para formar el Batallón de Los Livianos. En resumen: de infantería actuaron directa o indirectamente 14 batallones y un equivalente a siete compañías independientes. La cifra total de efectivos que tomaron parte en las acciones, ya fueran de unidades combativas, de aseguramiento, auxiliares u otras, alcanzaron los 10 000 hombres.

Situación de las fuerzas del Ejército Rebelde

Para el comienzo de la ofensiva, parte de los efectivos rebeldes estaban situados en los accesos lejanos a la zona que se había decidido mantener, para defender las entradas a la Sierra Maestra por las Minas de Bueycito, El Salto, Jibacoa, y San Lorenzo. Por el sur, por Ocujal, La Plata y La Magdalena, entre otras posiciones. En todas aprovecharon al máximo las condiciones del terreno y excavaron trincheras y refugios. Otras fuerzas mantenían su actividad guerrillera algo más lejos; por ejemplo, el comandante Camilo Cienfuegos en los llanos del Cauto y el comandante Juan Almeida al oeste de Santiago de Cuba. La orden de regresar al Primer Frente fue enviada a Almeida a mediados de mayo y a Camilo el 11 de junio.

Para la segunda mitad de junio llegó a La Plata el comandante Daniel, René Ramos Latour* procedente de Santiago de Cuba. Junto con él arribó un grupo de combatientes, algunos de ellos armados, carentes de experiencia en la guerra de guerrillas en el monte, pero veteranos luchadores de la ciudad. Con una probada fidelidad a la causa revolucionaria y un amplio aval de audacia y valentía desplegadas en la clandestinidad, representaron un modesto pero oportuno refuerzo a las fuerzas rebeldes que combatían al enemigo. Daniel caería en El Jobal el 30 de julio de 1958, con los grados de comandante del Ejército

Rebelde, luego de haber participado activamente en el rechazo de la ofensiva.

En sentido general, los efectivos rebeldes eran insuficientes para ocupar, de forma estable, posiciones de defensa en todos los lugares de posible acceso del enemigo hacia el corazón de la Sierra Maestra. Para resolver tal situación, el Comandante en Jefe decidió ocupar los lugares más importantes y organizar en el resto una permanente exploración y el rápido aviso a la Comandancia General en caso de detectarse el avance de tropas enemigas por ellos. A la vez previó una amplia y ágil maniobra con las fuerzas disponibles, en virtud de la gran movilidad y resistencia que poseían y el amplio conocimiento del territorio donde operaban, lo que les facilitaba actuar en lugares distantes entre sí, en plazos relativamente cortos. También ordenó el empleo de los reclutas de la escuela de Minas del Frío en la preparación de trincheras y refugios en los firmes de la Sierra, así como el traslado de abastecimientos. Asimismo, una parte de ellos fue enviada a combatir directamente en la medida en que se ocupaban las armas.

A finales de mayo, la tropa rebelde en el Primer Frente contaba con unos doscientos hombres armados. Como puede apreciarse, al comparar la cifra anterior con los efectivos totales de la tiranía, que eran de 10 000 hombres al comenzar la ofensiva, arroja una correlación de 50 a uno en favor del enemigo. Tan ostensible diferencia se redujo 33 a uno, al elevarse los efectivos guerrilleros a unos trescientos hombres con la incorporación de las tropas de Camilo, Almeida y Daniel.

Para el comienzo de la ofensiva la situación de las tropas rebeldes (esquema 10) era la siguiente:

- En la zona de Buey Arriba (Las Minas): el pelotón²⁰ del capitán Guillermo García de la Columna No. 3, subordinada al comandante Juan Almeida Bosque; y el del capitán Vitalio Acuña, *Vilo*, de la Columna No. 4, al mando del comandante Ramiro Valdés Menéndez.

²⁰ En el Ejército Rebelde, las escuadras, pelotones y columnas, eran atípicas en cuanto a su estructura y cantidad de hombres.

- En el estribo de la loma El Canto del Gallo, que cae sobre la zona de El Salto-Casa de Piedras, al noroeste de Santo Domingo: fuerzas del capitán Paco Cabrera Pupo y del teniente Félix Duque, ambos de la Columna No. 1.
- En la zona de Los Lirios-Nagua, al nordeste de Santo Domingo: el pelotón de Eduardo Sardiñas, de la Columna No. 1.
- Al norte de Las Vegas de Jibacoa: el pelotón del capitán Horacio Rodríguez y las escuadras de los tenientes Andrés Cuevas y Eddy Suñol, todos de la Columna No. 1.
- Al norte de Las Mercedes: la escuadra del capitán Ángel Verdecia, de la Columna No. 1 y una escuadra del pelotón del capitán Raúl Castro Mercader, de la Columna No. 8, del comandante Ernesto Che Guevara.
- Entre Las Mercedes y San Lorenzo: el pelotón del teniente Alfonso Zayas y el resto de las fuerzas de Raúl Castro Mercader, ambos de la tropa del Che.
- Por el sur, en la zona de La Magdalena: la escuadra del teniente Raúl Podio, de la Columna No. 7 (comandante Crescencio Pérez), y la escuadra del teniente Ciro del Río, de la Columna No. 8.
- En la desembocadura del río La Plata: las fuerzas del capitán Pedro Miret, con los también capitanes René Rodríguez y Braulio Curuneaux, todos de la Columna No. 1.
- En Palma Mocha: la escuadra del teniente Vivino Teruel, de la Columna No. 1.
- En Ocuja: el pelotón del capitán Ramón Paz, de la Columna No. 1.
- En la zona al sudoeste de Bayamo se movían hacia el Frente No. 1, las fuerzas del capitán Orlando Lara, de la Columna No. 1.

Además, otros efectivos de las columnas No. 1 y No. 8, al mando de los capitanes H. Matos (traidor) y Geonel Rodríguez*, y de los tenientes Pérez Álamo, Senén Meriño, Joel Iglesias, José R. Silva y otros estaban ubicados en Santo Domingo, la Comandancia General, Altos de Mompié, Minas del Frío y otros accesos.

Para esa fecha las fuerzas principales de Camilo y Almeida se mantenían en las zonas de operaciones asignadas. Almeida ya había recibido la orden de incorporarse al dispositivo defensivo, estructurado para enfrentar la ofensiva enemiga, y Camilo la recibiría a mediados de junio.

Última reflexión preliminar

Para el mejor análisis y comprensión de este importante episodio de la última contienda liberadora cubana, lo hemos dividido convencionalmente en tres etapas:

- Desde el comienzo de los movimientos de exploración iniciales de las tropas de la tiranía, el 24 de mayo de 1958, hasta el 20 de junio, cuando ocuparon áreas en los accesos inmediatos a la Sierra Maestra, desde las cuales lanzaron el asalto final a las posiciones rebeldes.
- Desde que culminó la etapa anterior hasta que fueron contenidas las fuerzas batistianas y agotaron sus posibilidades ofensivas, aproximadamente entre el 10 y el 15 de julio de 1958.
- La contraofensiva rebelde, que expulsó definitivamente a las tropas del ejército del territorio de la Sierra Maestra y sus estribaciones, y selló así una contundente y decisiva victoria para las armas revolucionarias. Abarcó desde mediados de julio hasta el 6 de agosto de 1958, fecha en que culminó la batalla de Las Mercedes.

En total sumaron setenta y cinco días, durante los cuales se desarrollaron algunas de las principales batallas y combates de todos los llevados a cabo durante la lucha insurreccional, tanto por la envergadura de las tropas participantes, como por sus resultados, entre ellos: las dos batallas de Santo Domingo, la de El Jigüe y la de Las Mercedes.

Además, al existir tres direcciones de ataque claramente apreciables, resultó lógico considerarlas al abordar cada una de las etapas de la manera siguiente:

- Nordeste: desde las minas de Buey Arriba hacia Santo Domingo.

- Noroeste: con la agrupación más numerosa del enemigo y por donde este asestó su golpe principal; Estrada Palma-Las Mercedes-Minas del Frío.
- Sur: desembocadura del río La Plata, El Jigüe, en dirección a La Plata, donde se encontraba la Comandancia General del Ejército Rebelde.

En total, por la dirección principal (noroeste) actuaron de una u otra formas, fuerzas de unos diez batallones, mientras que tanto por la nordeste como por la sur se contaron tropas de dos batallones cada una.

No obstante, es preciso señalar que de ese total de batallones, aproximadamente ocho de ellos fueron los que cumplieron las misiones principales. El resto lo hizo en tareas de aseguramiento y auxiliares, aunque también realizaron alguna que otra acción combativa con parte de sus fuerzas.

Capítulo 2

Realización de la ofensiva: Primera etapa. Inicio del movimiento de las tropas enemigas por las tres direcciones de ofensiva, hasta alcanzar determinadas áreas en los accesos cercanos al corazón de la Sierra Maestra. Desde el 24 de mayo al 20 de junio de 1958

Realización de la ofensiva: primera etapa

Dirección nordeste (Buey Arriba- Santo Domingo)

El 24 de mayo y luego el 26, tropas del Batallón 11, subordinado al teniente coronel Angel Sánchez Mosquera*, sostuvieron encuentros con las fuerzas de Guillermo García y Vitalio Acuña, Vilo, en las cercanías de Las Minas de Buey Arriba.

El 29, el batallón comenzó a moverse en su composición completa –unos cuatrocientos hombres– hacia Santo Domingo y a pocos kilómetros, en El Macío, a orillas del río Buey, chocó nuevamente con la tropa del capitán Guillermo García, reforzada esta vez con una escuadra de ametralladora calibre 30, mandada por Arquímedes Fonseca, de la Columna No. 4. El enemigo detuvo su avance y maniobró con una compañía por sendas al este de las posiciones rebeldes con el fin de salirle a la retaguardia; pero fue igualmente rechazado y finalmente obligado a replegarse.

Tres días después, el 1ro. de junio, el Batallón 11 reinició su movimiento; para ello debió vencer una fuerte resistencia de las

tropas de Guillermo y Vilo, durante combates prácticamente diarios. Entre las acciones más importantes pueden mencionarse las ocurridas en San Miguel, Vega Grande, La Estrella, Sacalalengua, El Oro, El Banco, El Yarey y Los Lirios (esquema 11).

En estas acciones, los rebeldes emplearon principalmente, rápidas emboscadas con el objetivo de provocar bajas al enemigo, retardar su avance y sembrar entre sus filas el desconcierto y la desconfianza. En ocasiones, como en La Estrella y El Yarey, se opuso con éxito resistencia al avance de las tropas del ejército. En definitiva, las acciones rebeldes obligaron a las tropas del Batallón 11 a consumir quince días para avanzar solamente 10 kilómetros a costa de numerosas bajas.

El día 19, al acercarse a Santo Domingo, el Batallón 11 fue sorprendido por una fuerte emboscada realizada por efectivos al mando de los capitanes Paco Cabrera Pupo y H. Matos Benítez. La acción tuvo lugar en La Manteca y la vanguardia enemiga resultó destrozada por una potente mina. Después del combate, los rebeldes se replegaron a una falda de El Naranjo. Para ese momento, los efectivos de Guillermo y Vilo habían quedado atrás y al este del Batallón 11. Esa noche la unidad enemiga logró entrar en Santo Domingo con dos compañías, y ocuparlo totalmente al día siguiente, 20 de junio. En resumen, las tropas batistianas demoraron veintitres días en avanzar unos treinta kilómetros, a pesar de ser considerada esta una de las unidades más combativas y de mejor preparación del ejército de la tiranía.

En esa misma dirección se desplazó el Batallón 22, dirigido por el comandante Eugenio Menéndez Martín, inicialmente situado en Jiguaní y más tarde en Canavacoa. Esta unidad marchó detrás y al oeste del anterior batallón; salió al río Providencia y continuó por El Cacao hacia Santo Domingo, adonde llegó el 28. Ambos batallones actuaban bajo el mando de Sánchez Mosquera.

En general, aunque el Batallón 11 logró salir al lugar previsto, sufrió un constante hostigamiento por parte de pequeños grupos de las fuerzas rebeldes que, además de causarle importantes bajas, lo obligó a consumir un tiempo excesivo para arribar al área asignada, lo cual contribuyó además, a desgastarlo e ir creando las condiciones para su derrota posterior.

Dirección noroeste (Estrada Palma-Las Mercedes-Minas del Frío)

El 25 de mayo el Comandante en Jefe, desde Las Vegas de Jibacoa, al mismo tiempo que seguía atentamente las acciones combativas que se iniciaban por aquella dirección, presidía una reunión con un nutrido grupo de campesinos para organizar la zafra cafetalera en la región.

En aquellos momentos, la Compañía 81 del Batallón 20 (comandante Caridad Fernández), reforzada con tres tanques ligeros y apoyada por el fuego de morteros y de la aviación, había comenzado su desplazamiento desde Estrada Palma y, en la tarde de ese día, chocó con una avanzada rebelde compuesta por dos escuadras (14 hombres en total), una subordinada al capitán Ángel Verdecia* y la otra del pelotón del capitán Raúl Castro Mercader. Ambas estaban situadas al norte de Las Mercedes, a unos ocho kilómetros de Las Vegas, e intercambiaron fuego nuevamente después en el cementerio, al norte del poblado.

Más al sur, en Alto del Moro y en Gurugú, el grueso del pelotón del capitán Raúl Castro Mercader y el del teniente Alfonso Zayas habían ocupado algunas posiciones interceptando el camino hacia San Lorenzo. Hacia el sudeste, defendiendo los accesos a Las Vegas de Jibacoa, en posiciones emboscadas y escalonadas en profundidad, se encontraban las escuadras de los tenientes Andrés Cuevas Heredia* y Eddy Suñol, ascendidos días después a capitán, y el pelotón del ya capitán Horacio Rodríguez (esquema 12).

El enemigo contaba con una mayor superioridad y logró, al final de la mañana del 26, entrar en Las Mercedes. Tal circunstancia obligó a las escuadras rebeldes a replegarse hacia el sur, y se unieron, en Alto del Moro, con las fuerzas allí apostadas. En la tarde de ese día, el enemigo intentó repetidamente avanzar hacia el sur; mas no logró vencer la resistencia rebelde y, por último, se vio obligado a concentrar sus efectivos en el batey de Las Mercedes. En total necesitó dos días para entrar y fue rechazado nuevamente, días después, cuando intentó avanzar hacia Las Vegas de Jibacoa.

El 8 de junio, el Batallón 17, bajo el mando del comandante Pablo Corzo Izaguirre, se había concentrado en Las Mercedes

procedente de Estrada Palma, lugar donde inicialmente se encontraba. Durante los días 10 y 11 esta unidad intentó avanzar hacia Las Vegas y en ambas ocasiones fue rechazada por fuerzas del ya capitán Andrés Cuevas. Especialmente importante fue la jornada del 11, que se desarrolló desde las 08:00 hasta las 13:30 horas.

Dos días más tarde, el Batallón 17 comenzó el envío de patrullas hacia San Lorenzo. En estos días el Batallón 19, dirigido por el comandante Antonio Suárez Fowler, también avanzó hacia el sur, en dirección a la zona de Arroyón del Jigüe, el cual fue ocupado más tarde, y creó una amenaza a Las Vegas de Jibacoa desde el norte. A la vez, en Cerro Pelado se mantenía el Batallón 23 y otras tropas se movían hacia Cayo Espino y La Habanita, más al oeste de El Caney de Las Mercedes y de Las Mercedes, respectivamente.

El día 15 y luego el 17, la Compañía 93 del Batallón 19 se movió en dirección a Las Vegas de Jibacoa, en misión de exploración, y fue rechazada en ambas ocasiones por fuerzas rebeldes bajo el mando de los capitanes Orlando Lara y Horacio Rodríguez, ubicadas en una falda de la loma La Llorosa. Durante las acciones del segundo día fue herido Lara. Al anochecer llegó a Arroyón un convoy de suministros, escoltado por la Compañía M del Batallón 23 al mando del capitán Armando González Finalés (más tarde ascendido a comandante) reforzada con tres tanques ligeros T-17. A partir de ese momento la aviación enemiga ametralló diariamente la ruta de Arroyón a Los Isleños.

Dos días después el Batallón 19, apoyado por tanques y la aviación, avanzó hacia Las Vegas de Jibacoa y fue alcanzado, al rebasar la loma de La Güira, por el Batallón 17 (menos una compañía que quedó en Las Mercedes), el cual debía haberse movido por el río Jibacoa y finalmente decidió marchar por el camino. Ambos avanzaron lentamente, delante el Batallón 19 y a continuación el 17. Durante el trayecto, el enemigo fue asediado por las fuerzas de Horacio Rodríguez que, con emboscadas de hostigamiento, lo obligó a detener su movimiento.

Al día siguiente se invirtió el orden de marcha y el Batallón 17 ocupó la vanguardia. La compañía que abría el camino realizaba continuamente exploración por el fuego, por temor a las emboscadas rebeldes y a las minas, una de las cuales logró detectar

y hacerla estallar. Con manifiesta superioridad, el enemigo obligó a los rebeldes a retirarse apresuradamente y encontró a todo lo largo de su avance trincheras y refugios rebeldes en los flancos y en las alturas, así como pozos de tendido individuales, a la orilla del camino. Asimismo, durante el trayecto se vieron obligados a rellenar y superar varias zanjas antitanques. El ejército demoró dos días en vencer el itinerario, entró en Las Vegas el 20, y empleó en total 27 días para avanzar 17 kilómetros.

Como es de suponer, detrás de las tropas enemigas que avanzaban, quedaron diversos grupos rebeldes, los cuales desempeñaron posteriormente un importante papel, tanto contra los refuerzos que más tarde llegarían, como contra las fuerzas que los habían sobrepasado y otras unidades en función de abastecimiento o evacuación de heridos. En general, mantuvieron un asedio constante contra las vías de comunicación de las fuerzas del ejército actuantes en la región.

Dirección sur (desembocadura del río La Plata-El Jigüe)

Como parte del plan general de la ofensiva, pero desde la dirección sur, el 7 de junio, el comandante José Quevedo Pérez, jefe del Batallón 18 concentrado en Maffo, al sur de Contra-maestre, recibió la misión de desembarcar por la costa sureste en la desembocadura del río Palma Mocha y avanzar en dirección noroeste.

Esta unidad actuaría sola, por lo que recibió medios técnicos para establecer comunicaciones con la aviación y con la fragata, la cual permanecería frente al lugar de desembarco para apoyarla con el fuego, abastecerla con víveres y municiones –pues no era prudente desembarcarlas todas de una sola vez–, para la evacuación de heridos y la transmisión de mensajes de urgencia al puesto de mando en Bayamo. También contó con el triple de las municiones asignadas a cada unidad, una cantidad de medicinas superior a lo normal y comestibles para un mes. Para asegurar la orientación y el movimiento por el interior de la Sierra Maestra, llevó cinco prácticos de la zona.

El Batallón 18 se trasladó desde Maffo para Santiago de Cuba el 9 de junio y esa misma noche abordó la fragata F-301

y una barcaza de las empleadas para desembarco de tropas de la Segunda Guerra Mundial. Ambas embarcaciones realizaron la travesía por mar hasta la desembocadura del río Palma Mocha, lugar donde debían tomar tierra según el plan inicialmente aprobado; pero un fuerte oleaje no permitió un cómodo desembarco y decidieron hacerlo esa propia mañana del 10 de junio por la playa Las Cuevas, situada dos kilómetros antes de llegar al punto inicialmente escogido, donde el mar se presentaba tranquilo.

En Ocujal, siete kilómetros al este del punto de desembarco, se encontraban el capitán Ramón Paz y su pelotón, quienes habían llegado días atrás procedentes del Dian de Ocujal. Por otra parte, en la desembocadura del río Palma Mocha estaba situado el teniente Vivino Teruel y su personal, quienes habían recibido órdenes precisas para combatir contra cualquier intento de desembarco. Más al oeste, en la desembocadura del río La Plata, se hallaban ubicadas las fuerzas del capitán Pedro Miret, reforzadas con la ametralladora calibre 50 de Curuneaux, y el también capitán René Rodríguez.

Es de destacar la profunda visión del Comandante en Jefe cuando, al apreciar las posibles acciones del enemigo para llevar a cabo su ofensiva, determinó certeramente la posibilidad de que este efectuara desembarcos importantes por la costa sur de Oriente, lo que le permitiría disponer de accesos directos al corazón de la Sierra Maestra. En consecuencia, planteó personalmente y con todo detalle, las posiciones a ocupar y sus misiones a los jefes ya nombrados.

El Batallón 18, después de haber realizado reconocimientos en áreas cercanas a la del desembarco y librado algunas escaramuzas, recibió el día 16 la orden de avanzar con sus fuerzas principales en dirección noroeste, atravesar algunas de las estribaciones que partiendo del eje central de la Sierra Maestra venían a morir al mar Caribe, llegar a la llamada cárcel rebelde, situada al norte de El Naranjal en un lugar conocido como Puerto Malanga, y liberar a los prisioneros del ejército que suponían debían encontrarse allí.

Dos días más tarde, el 18, la unidad comenzó su avance con dos compañías, mientras la G-4 quedaba en la costa. Para impedirle

el paso, el capitán Cuevas quien, después de combatir en Las Mercedes había llegado para reforzar la posición que ocupaba Teruel en Palma Mocha, se movió a marcha forzada y ocupó nuevas posiciones más arriba y al oeste del río Palma Mocha. Entretanto, el capitán Paz con la mayor parte de sus fuerzas ocupó la senda que iba hacia el norte y pasaba más arriba de El Colmenar, donde organizó una emboscada, también a orillas del Palma Mocha, pero al este. En ese lugar se le unió como refuerzo la escuadra del teniente Hugo del Río.

Al día siguiente el batallón continuó su avance y al detectar indicios de la presencia de tropas rebeldes en los alrededores, varió su ruta de desplazamiento, maniobra que le permitió eludir la emboscada al norte de El Colmenar. Es interesante apuntar que durante la marcha el jefe del batallón había dejado a un lado los caminos habituales. El movimiento a campo traviesa y por rutas poco transitadas, y los cambios de dirección en el itinerario le permitieron burlar las emboscadas y adentrarse en el macizo montañoso. Al respecto, el Comandante en Jefe ha señalado: “[...] Ese batallón estaba dirigido por un jefe muy hábil. Lo habíamos estado cazando, y le habíamos hecho algunas maniobras, bastante peligrosas para el batallón, y había podido escapar”.²¹

Con posterioridad, el Batallón 18 logró cruzar el Palma Mocha y sorprender en La Caridad, en un pequeño caserío junto a un arroyo, a varios rebeldes que se retiraron precipitadamente. En la mañana del 20, después de disparar varias granadas de mortero en dirección al firme del Alto de la Caridad, la unidad inició el ascenso de la elevación y avanzó por el único camino posible. Al entrar en un campo abierto cubierto de hierba de guinea, poco antes de coronar el firme, fue atacada por el frente y el flanco derecho por las fuerzas de Paz que, escasas en número, se habían desplazado a gran velocidad por aquella loma abrupta e intrincada y de nuevo se le había adelantado (esquema 13).

La tropa enemiga detuvo su avance e intentó maniobrar apoyada por el fuego de los morteros de 60 y 81 milímetros y la

²¹ Entrevista concedida a Gaetano Pagano, de la televisión sueca, 6-8 de julio de 1976, revista *Casa de las Américas*, No.109, julio-agosto de 1978, p. 29.

bazuca, pero no logró su propósito. Al mediodía, ante la imposibilidad de continuar el avance, desistió de continuar por la ruta elegida y emprendió la retirada.

Mientras tanto, la Compañía G-4 reembarcó ese día y tomó rumbo a la desembocadura del río La Plata donde, en un inicio, fue rechazada por las fuerzas del capitán Pedro Miret, apoyadas por la ametralladora calibre 50, de Curuneaux, con un saldo de cinco heridos. El superior poder de fuego que le brindaban la aviación y la fragata le permitió asestar repetidos golpes contra la costa, después de lo cual, en la tarde, logró desembarcar y establecer una cabeza de playa para asegurar el desembarco de las fuerzas principales del batallón, que habían iniciado su retirada de la región de Las Cuevas y alcanzarían el día 22 la costa de La Plata.

Valoración de la primera etapa

En un período cercano a los veintiocho días el enemigo logró situar en posiciones avanzadas las fuerzas que iniciarían el asalto al baluarte guerrillero lo cual, en sentido general, se correspondía con los planes trazados. Por el nordeste habían ocupado Santo Domingo con un batallón al que en los próximos días se le uniría otro; por el noroeste contaban con dos situados, uno en Las Vegas y otro en Las Mercedes y por el sur, otro más ocupaba el área de la desembocadura del río La Plata. En resumen, fuerzas de cinco batallones se aprestaban a iniciar su avance para converger sobre el Alto del Naranjo, en cuyas inmediaciones –en La Plata– se encontraba la Comandancia General del Ejército Rebelde.

Resulta importante señalar que en aquellos momentos las fuerzas rebeldes aún no llegaban a 300 hombres con armas de combate, mientras el ejército de la tiranía contaba con los anteriormente referidos 10 000 efectivos bien armados y reforzados con tanques, artillería, aviación y fuerzas de la Marina de Guerra. Debido a esa inicial superioridad y a que el terreno donde se realizaban las acciones aún no favorecía decisivamente la defensa de posiciones, las tropas del ejército lograron cumplir sus primeros objetivos.

Las acciones enemigas en esta etapa tuvieron como contenido fundamental el desplazamiento de sus fuerzas principales

generalmente por caminos, en carros o a pie, con el fin de ocupar áreas ventajosas desde las cuales avanzarían posteriormente sobre los supuestos lugares donde se dislocaban los campamentos e instalaciones rebeldes. Queda claro que tal desplazamiento se realizaba por un territorio frecuentado por las fuerzas revolucionarias. En consecuencia, era de esperar una activa respuesta guerrillera tendente a impedir u obstaculizar dichos movimientos.

No obstante, es justo señalar que el paso de la tropa enemiga no resultó fácil y aunque en este período no se realizó ninguna acción de gran envergadura, las columnas en marcha fueron sometidas a un constante hostigamiento que les causó numerosas bajas e inició el desgaste físico y el resquebrajamiento moral de sus hombres.

Como forma principal de las acciones, los rebeldes emplearon la emboscada de hostigamiento y, en cierta medida, la emboscada de contención para rechazar determinados avances. Es decir, aún no se había pasado de forma señalada a la oposición frontal para ofrecer una resistencia firme basada en posiciones escalonadas, ocupadas en la misma medida que el enemigo obligara a abandonar las anteriores. Tal práctica sería ampliamente empleada en las semanas siguientes cuando el enemigo amenazó peligrosamente la zona considerada vital para la integridad del núcleo guerrillero principal en la Sierra Maestra.

En sentido general, una característica de este período fue la incapacidad enemiga para lograr la sorpresa. En el nivel estratégico, tanto la preparación como la ejecución de la ofensiva habían sido conocidas de antemano. Las acciones tácticas tampoco pudieron sorprender al mando rebelde, por cuanto las rutas de avance de las tropas eran obligadas y se mantenían bajo una permanente vigilancia. Además, el avance del enemigo, en la mayor parte de las ocasiones, fue precedido por el fuego de la aviación y de la propia infantería, con lo cual el desplazamiento de los efectivos era señalado constantemente.

Las emboscadas guerrilleras sí resultaron sorpresivas para quien se movía abiertamente en columnas, por caminos. Obviamente, la aplicación de métodos adecuados, basados en acciones que no implicaban enfrascarse en combates frontales, posibilitó el objetivo de desgastar poco a poco a la tropa enemiga.

En cuanto al terreno, aunque parte de los movimientos se llevaban a cabo por territorio de premontaña, donde en cierta medida podían ser efectivos los tanques y el fuego de la artillería y la aviación, también era obligado moverse por caminos únicos que enlazaban un territorio o comunidad con otro. Estos caminos, como regla, serpenteaban por el borde de los farallones, con espesa vegetación en ambas orillas, así como repetidas y bruscas pendientes, lo que permitía la acción rápida y sorpresiva de las emboscadas. Por otra parte, aunque en comparación con las alturas de la cordillera central de la Sierra Maestra, el terreno no resultaba abrupto, podía brindar refugio contra los medios de fuego del enemigo, después de una inteligente preparación ingeniera.

En tales condiciones la maniobra era limitada para las fuerzas de la tiranía, que se movían en una dirección y por itinerarios establecidos de antemano. Por su parte, el Ejército Rebelde sí hacía uso constante de este importante principio del arte militar para, con escasas fuerzas, golpear al enemigo y adelantársele rápidamente con movimientos a campo traviesa para posteriormente volver a actuar sobre él. De esta forma, las fuerzas de Guillermo y Vilo mantuvieron en jaque constante al Batallón 11 en su movimiento de Buey Arriba a Santo Domingo. Asimismo, Paz y Cuevas, al moverse con rapidez, lograron adelantar e interceptar al Batallón 18 que avanzaba desde la costa.

Un elemento de gran importancia fue *el empleo de las fuerzas con el máximo de eficiencia*, basado en el inteligente aprovechamiento de las propiedades del terreno, la hábil colocación de las fuerzas y los medios en el teatro del futuro combate, el enmascaramiento, así como otros principios del arte militar, lo cual, conjugado con una superior moral combativa, facilitó revertir correlaciones numéricamente desfavorables y librar exitosamente combates contra fuerzas enemigas muy superiores en número.

Tal fue el caso de Paz, quien con escasas fuerzas rechazó el avance del Batallón 18, a pesar de tener en su contra una correlación cuantitativa desfavorable, que alcanzaba la cifra de 20 soldados por cada combatiente guerrillero, en el Alto de la Caridad.

Para resumir, baste señalar que, *al ocupar las áreas asignadas, aunque a un alto precio, el enemigo pudo cumplir los objetivos*

propuestos. Al mismo tiempo, las tropas del Ejército Rebelde también alcanzaron los fines que se habían planteado: iniciar la labor de desgaste y resquebrajamiento moral del contrario durante su movimiento hacia el bastión insurgente y fortalecer sus propias fuerzas con la ocupación de armamento, municiones y diversos pertrechos más. Así se prepararon las condiciones para la próxima etapa, definitiva en la lucha que se libraba.

Capítulo 3

Realización de la ofensiva: segunda etapa. Intento enemigo de ocupar la Comandancia General. Avances logrados. Acciones de contención por el Ejército Rebelde. Agotamiento de la ofensiva. Desde el 21 de junio hasta el 10-15 de julio de 1958

Realización de la ofensiva: segunda etapa

Dirección nordeste (Buey Arriba- Santo Domingo)

Del poblado de Santo Domingo, ocupado desde el 19 de junio por el Batallón 11, una patrulla de exploración se desplazó el día 24 de junio por el río Yara hacia el sudeste y a la altura de Pueblo Nuevo, lugar cercano a Santo Domingo, tropezó sorpresivamente con una pequeña fuerza rebelde al mando de Eduardo Sardiñas. Ante la sorpresa mutua, ambas partes se dispersaron luego de un breve intercambio de disparos.

Cuatro días más tarde el Batallón 22, bajo el mando directo del comandante Viamonte Jardines (pues el jefe anterior sufrió un accidente), entró a Santo Domingo y recibió órdenes de continuar por el cauce del Yara hasta Pueblo Nuevo y acampar allá, presumiblemente sin advertírsele de la presencia de tropas rebeldes en la zona. Eran alrededor de trescientos cuarenta hombres.

Después del encuentro del día 24 en Pueblo Nuevo, los efectivos de Sardiñas habían regresado y ocupado posiciones, 500 metros

más atrás después, del caserío. Ubicados en ambos márgenes del río y con una mina sembrada en el camino esperaban el paso del enemigo con una emboscada bien organizada. Eran 23 hombres, de los cuales solo 11 tenían armas de combate. Del resto, unos pocos portaban escopetas y los otros estaban desarmados. También se encontraba la escuadra del teniente Senén Meriño, de la tropa de Camilo, con cinco o seis hombres armados.

Hacia lo alto, al sur, en la loma de El Sábicú, estaban los capitanes Curuneaux, con la ametralladora calibre 50, y Pedro Miret, con el mortero de 60 milímetros, los mismos que días antes habían actuado en la desembocadura del río La Plata.

A las 14:30 horas del 28 de junio, la Compañía N, que venía como vanguardia del Batallón 22, penetró casi completamente en la emboscada. Con la explosión de la mina y el fuego cerrado de los rebeldes fue sorprendida y sufrió grandes bajas desde los primeros instantes. Luego fue atacada por su flanco derecho por la escuadra del teniente Senén Meriño, y batida por el fuego de la ametralladora calibre 50 y del mortero de 60 milímetros. La compañía enemiga de la retaguardia intentó avanzar por su flanco derecho, pero fue rechazada por otras fuerzas rebeldes que habían tomado las alturas de ese lado.

El combate se tornó tan violento, incluyendo el fuego de los morteros del enemigo, que solo al comienzo del oscurecer los rebeldes lograron, en varias salidas, recoger algunas armas que emplearon para completar el armamento de los combatientes. Alrededor de las 20:00 horas llegó el capitán Andrés Cuevas con ocho hombres y una ametralladora calibre 30, procedente del Pico Palma Mocha. Ya con este apreciable refuerzo, los guerrilleros atacaron a lo largo del cauce del río y obligaron al enemigo a replegarse, y se le capturaron más armas. Ese día ocuparon en total 30 fusiles Garand, una ametralladora de trípode calibre 30, varias carabinas San Cristóbal y M1, entre otro equipamiento. Al enemigo se le contó 11 muertos (esquema 14).

Al día siguiente, temprano en la mañana, el Batallón 22 intentó nuevamente avanzar apoyado por el fuego de los morteros, posiblemente para ayudar a la diezmada Compañía N que se mantenía pegada al terreno, justo donde fuera emboscada el día anterior. Movi6 sus dos compañías restantes por las laderas

de ambas riberas y trató de ganar altura, pero este fue igualmente rechazado. Para ese entonces, a las fuerzas rebeldes reforzadas con el armamento capturado se habían unido las tropas del capitán Geonel Rodríguez y del teniente Pérez Álamo, situadas en la falda de la loma de El Sobicú. Algo más elevado se encontraba el comandante René Ramos Latour, *Daniel*, con su personal. El enemigo fue obligado a retirarse derrotado hacia Santo Domingo, donde se concentró junto al Batallón 11.

Durante las acciones de aquellos dos días en Pueblo Nuevo fue prácticamente aniquilada la Compañía N. Al enemigo se le capturó 57 armas, incluido un mortero de 60 milímetros, con numerosos proyectiles y una ametralladora calibre 30 con 10 cajas de cintas, 15 000 cartuchos de combate y 60 mochilas, equipos de radio y las claves para las comunicaciones. Asimismo sufrió cerca de cien bajas entre muertos (26), prisioneros (27) y heridos, algunos de estos últimos causados por el fuego de sus propios morteros.

La emboscada, inicialmente concebida para contener la penetración enemiga, se convirtió en una demoledora emboscada de aniquilamiento, por efecto de la propia dinámica de las acciones combativas y la intervención del Comandante en Jefe, quien supo aprovechar oportuna y certeramente las nuevas condiciones creadas, y dirigió el combate desde un lugar cercano a la loma de El Sobicú. El jefe de la Revolución calificó más tarde aquella jornada como “[...] el primer golpe anonadante durante aquella ofensiva”.²²

El mismo 29, por la mañana, la Compañía 97 del Batallón 11 salió hacia Estrada Palma con los efectivos del Batallón 22 heridos el día anterior y se movió por el curso del río Yara. Poco antes de un recodo, en un lugar conocido como Casa de Piedra, fue interceptada por fuerzas al mando del comandante Camilo Cienfuegos, que había llegado del Llano el 27, y del teniente Félix Duque. La tropa enemiga fue rechazada con gran número de bajas: diez muertos, y un prisionero más, así como más de diez heridos que se llevaron; y se le ocupó ocho armas, 3000 cartuchos de combate y de 10 a 12 granadas de fusil.

²² Fidel Castro Ruz: Discurso en el acto central por el XV aniversario de la Ley de Reforma Agraria, ob. cit., p. 21.

Por la tarde arribaron a la zona de Pueblo Nuevo 50 reclutas, procedentes de la escuela rebelde de preparación militar, ubicada en Minas del Frío, enviados por el Comandante en Jefe para ser completados con el armamento ocupado. En la noche, una fuerza dirigida por el comandante Daniel intentó un ataque al campamento enemigo en Santo Domingo, pero fue imposible por quedar las fuerzas rebeldes dentro de un probable bolsón de fuego del enemigo, el que además dominaba algunas alturas circundantes y contaba con fuerzas muy superiores en número.

El día 30 el alto mando rebelde intentó cercar a los batallones 11 y 22, y para ello empleó: por el norte, a las tropas de los capitanes Reinaldo Mora y Guillermo García; por el oeste, las del teniente Félix Duque; por el sur, las de los capitanes Paco Cabrera y Geonel Rodríguez, además de las del comandante Daniel y del capitán Curuneaux; y por el este, avanzaron por el río Yara, como eje, las de Sardiñas y del capitán Cuevas. En la noche del 29 y madrugada del 30, entre tiros y morterazos, los rebeldes utilizaron por primera vez altoparlantes con los cuales desarrollaron un activo trabajo psicológico contra el enemigo.

Así terminó la llamada primera batalla de Santo Domingo, que incluyó el combate de Pueblo Nuevo los días 28 y 29, el primer combate de Casa de Piedra el 29, y el hostigamiento e intento de cerco, un día después. En total, el enemigo sufrió considerables bajas, entre muertos, heridos y prisioneros, y se le capturó gran cantidad de armas, cartuchos de combate y otros medios.

Con posterioridad, al estabilizarse el frente en esta dirección y crearse situaciones difíciles por otras zonas, parte de las tropas que allí se hallaban partieron hacia Meriño y Minas del Frío. Entre estas se encontraban las fuerzas de Guillermo García que el día 6 llegaron a Las Minas y el 9 al Alto de Caguara.

El 7 de julio el enemigo reinició su movimiento, esta vez hacia el sudoeste de Santo Domingo y empleó para ello un pelotón de la Compañía P del Batallón 22, al parecer en misión de exploración; mas fue nuevamente rechazado en la loma de La Gorra por fuerzas al mando de Daniel.

Pasados dos días, el propio jefe del Batallón 11, al frente de la Compañía A, con unos ciento setenta hombres y apoyada por el fuego de los morteros, intentó tomar el Alto de El Naranjo.

Al tratar de escalar la loma de El Sobicú fue rechazado por las fuerzas de los tenientes Senén Meriño y Álamo y del capitán Geonel Rodríguez Cordoví*, que ocupaban la altura; a esta posteriormente se incorporó la tropa del comandante Daniel. Un segundo intento enemigo resultó más sangriento y prolongado aún; pero fue igualmente rechazado y obligado a la retirada antes del mediodía, luego de sufrir tres muertos y 37 heridos.

En lo sucesivo, el enemigo no intentó más avances en la zona y detuvo totalmente su ofensiva por esta dirección. Después de la primera batalla de Santo Domingo las armas ocupadas posibilitaron a los rebeldes contar ya con más de trescientos sesenta hombres con armas de combate, y acometer en el futuro acciones de mayor envergadura.

Dirección noroeste (Estrada Palma-Las Mercedes-Minas del Frío)

Por la dirección noroeste, el día 22 de junio, el Batallón 17 trasladó las fuerzas que tenía ubicadas en Las Vegas de Jibacoa a su campamento en Las Mercedes, y el 1ro. de julio avanzó con dos compañías hacia San Lorenzo, poblado que ocupó luego de sufrir varias bajas durante el trayecto. Los responsables de estas fueron efectivos al mando del capitán Raúl Castro Mercader, quienes enfrentaron al ejército, primero en el alto de la loma El Gurugú, luego en Gabiro y más tarde en posiciones sucesivas que ocupaban durante el repliegue. Para ello los rebeldes habían construido trincheras y refugios con buena ubicación y protección.

El Batallón 19 se mantuvo en Las Vegas y realizaba patrullas en la zona y con dos compañías, las 91 y 93, alcanzó la loma de Taita José el 27 de junio, pero no pudo continuar su avance. Tres días después también fue rechazado en la loma de La Vela por la escuadra rebelde al mando del teniente Orlando Pupo, y no pudo alcanzar sus pretensiones de llegar por esa vía a las Minas del Frío. Cerca de este último lugar estaban las fuerzas del capitán Ángel Verdecia, así como otras fuerzas que también defendían la ladera norte de aquella parte de la Sierra Maestra.

El jefe del Batallón 19 decidió entonces llegar a las Minas del Frío por otra vía. Salió el 1ro. de julio con las compañías 91 y 93 desde Las Vegas hacia Las Mercedes y sufrió dos bajas

en el camino, en el lugar conocido por Los Isleños, a causa de una mina. Ambas unidades alcanzaron San Lorenzo el 2 y al día siguiente salieron hacia Meriño, con la idea de continuar después hacia El Roble y El Jigüe. Hostigados durante todo el trayecto por pequeñas fuerzas, ocuparon Meriño por la tarde. En aquel punto avanzado dentro de las posiciones rebeldes, permanecieron sin moverse hasta el 8 de julio, cuando la tropa partió de regreso hacia San Lorenzo en busca de suministros.

El enemigo, al mantenerse pasivo en Meriño, no continuar su avance después, y retirarse apresuradamente más tarde, interrumpió la misión recibida y no aprovechó la profunda penetración lograda, lo que posibilitó la reagrupación y empleo óptimo de las exiguas fuerzas rebeldes que lo enfrentaban.

Ante la amenaza que representaban las tropas enemigas avanzadas, primero en San Lorenzo y luego en Meriño, el Comandante en Jefe comenzó a mover previsoramente sus fuerzas desde los primeros días de julio. Al capitán Andrés Cuevas con su tropa –30 hombres armados, en su mayoría en Santo Domingo– lo situó conjuntamente con el capitán Jaime Vega, entre Meriño y El Roble, para evitar el avance de las fuerzas enemigas por esa dirección. Al capitán Sardiñas, que contaba con 45 hombres bien armados, lo ubicó (menos la escuadra del teniente Néstor Labrada), en el Alto de Meriño, en el camino a San Lorenzo, junto con las fuerzas de los capitanes Raúl Castro Mercader y Orestes Guerra. La escuadra del teniente Néstor Labrada la envió al estribo del pico Caraquitas, a fin de interceptar una posible maniobra enemiga hacia el sur.

Para impedir el avance desde San Lorenzo, situó a las tropas del capitán Ángel Verdecia en el propio camino hacia Las Minas. Más al este, en un estribo que baja de las Minas del Frío, se encontraba el comandante Ernesto Che Guevara con parte de sus fuerzas y la tropa del capitán Braulio Curuneaux con la ametralladora calibre 50 (esquema 15).

En la mañana del 8 de julio, a su regreso de Meriño a San Lorenzo, el Batallón 19 cayó en la emboscada convenientemente preparada en el Alto de Meriño donde combatió violentamente con las fuerzas allí apostadas, con amplia participación de la aviación hasta que, poco antes de caer la noche, el enemigo, ante el daño sufrido, cuatro muertos y varios heridos, se descolgó por

el barranco a su izquierda y huyó, no sin antes dejar casi toda el arria, 39 mulos cargados con pertrechos de todo tipo, hasta llegar a San Lorenzo al día siguiente, desde donde continuó el día 10 rumbo a Las Mercedes y el 11 hacia Las Vegas, mientras la Compañía 93 quedaba en Gabiro.

Durante la acción, el enemigo se vio no solo obligado a combatir directamente contra las fuerzas apostadas en la emboscada, sino que también recibió por su flanco derecho y la retaguardia, el fuego que desde mayor distancia le hacían los hombres del Che, principalmente con la ametralladora 50 de Curuneaux, así como el de la tropa del capitán Cuevas –que avanzó desde su posición–, y la escuadra del teniente Ciro del Río, quienes moviéndose por la retaguardia, lo hostilizaron constantemente. Esta importante acción, conocida como el combate de Meriño, fue dirigida directamente por el Comandante en Jefe en el propio escenario de los hechos.

Entre el 10 y el 11 de julio, una vez que el enemigo había abandonado la zona de Meriño, el jefe del Ejército Rebelde movió nuevamente las tropas que había traído desde Santo Domingo, excepto las del capitán Curuneaux, las que para el día 11 fueron ubicadas en la región de El Jigüe y Purialón, por la dirección sur. Los movimientos se hicieron con toda rapidez, pues así lo exigía la situación, y la tropa guerrillera cumplió.

El 13 de julio el Batallón 17, acampado en San Lorenzo, dejó una compañía en el lugar y comenzó el avance hacia Minas del Frío. En el ascenso a la llamada Loma del Frío, se produjo un encuentro con las fuerzas del capitán Ángel Verdecia, quien, debido a una confusión, cayó dentro de la tropa enemiga y murió combatiendo. Apoyado ampliamente por su aviación, el batallón sostuvo combates hasta el 15 con la misma tropa rebelde, ahora comandada por el teniente Silva Berroa, y con la del capitán Raúl Castro Mercader y logró entrar con una compañía a Las Minas el propio 15, con varias bajas, mientras la otra ocupaba y guardaba el camino de regreso. En las afueras, al este y sur de Las Minas, fuerzas rebeldes ocuparon las vías de acceso hacia la Comandancia General, vía Mompié, y hacia Caguara -El Jigüe. En definitiva, las tropas de la tiranía no lograron avanzar más. Su ofensiva también se agotó en esta dirección y, en general, no realizaron nuevos intentos.

Dirección sur (desembocadura del río La Plata-El Jigüe)

Para el 22 de junio, el Batallón 18 había desembarcado en la desembocadura del río La Plata y fue hostigado esa noche por tropas rebeldes, al mando del teniente Ciro del Río, procedentes de La Magdalena.

El día 23, el batallón, menos la Compañía G-4 que había quedado en la playa para asegurar el punto de abastecimiento, avanzó por el camino del río hacia El Jigüe, realizando disparos de mortero durante todo su desplazamiento, y fue hostigado antes de llegar a Purialón. En la mañana del 24, al sur de este último lugar, se produjo una escaramuza con pequeñas fuerzas rebeldes. No obstante, después de sufrir varios hostigamientos más y con algunos heridos, la unidad llegó finalmente el 26 de junio a El Jigüe, donde se unen en su recorrido descendente los ríos La Plata y Jigüe. Para su movimiento la tropa había empleado el procedimiento no usual, es decir, por dos rutas: una que iba junto al río y la otra por las faldas de las alturas colindantes. En la madrugada del 27, ya ubicados en el lugar escogido para establecer el campamento, fueron nuevamente hostigados por las fuerzas de Ciro.

Por aquellos días, ante los acontecimientos que se desarrollaban en otras direcciones de ataque del enemigo, el Comandante en Jefe se vio en la necesidad de mover constantemente sus fuerzas. Las ubicadas en el sur, de los capitanes Pedro Miret, Andrés Cuevas y Braulio Curuneaux para Santo Domingo y la del teniente Ciro del Río para Las Minas. El capitán Ramón Paz, con el refuerzo de la escuadra de Hugo del Río quedó en El Naranjal, al nordeste de El Jigüe, siguiendo el curso ascendente del río La Plata e igualmente ocurrió con otras pequeñas fuerzas que cubrían algunos accesos, fundamentalmente hacia el norte.

El 5 de julio el Batallón 18, en cumplimiento de órdenes superiores, salió de El Jigüe, donde dejó dos pelotones con el mortero de 81 milímetros para proteger el campamento establecido. Avanzó rumbo a la cárcel rebelde, tanto por senderos como a campo traviesa y chocó con una emboscada organizada por el capitán Paz en El Naranjal. Después de un prolongado combate la unidad enemiga se vio obligada a retirarse, nuevamente

hacia El Jigüe, llevando consigo ocho heridos. La aviación, al parecer equivocadamente, golpeó en una zona algo alejada hacia el este y no apoyó a la tropa que avanzaba por tierra.

El 8 de julio, en Alto de El Pinar, al norte de la posición del batallón, se produjo un pequeño encuentro entre un grupo de exploración enemigo y una escuadra rebelde que ocupaba posiciones en el lugar. La súbita aparición del ejército sembró el desconcierto en la posición rebelde, por momentos desorganizó a los combatientes revolucionarios y se perdió el mando. En ese momento, uno de los soldados rebeldes explotó una mina, arengó al resto de sus compañeros y logró hacer huir a los intrusos hacia su campamento. Tal desenlace fue obra de Roberto Rodríguez, *el Vaquerito*, quien en breves instantes pasó de simple soldado a jefe de la pequeña tropa, en reconocimiento del alto mando rebelde al arrojo y valor demostrados.

Con tales acciones, el Batallón 18 tampoco avanzó más, su ofensiva había sido detenida. Habían comenzado a crearse las condiciones para los cruentos combates que en los días siguientes se librarían por esta dirección, y que conformarían una de las batallas más importantes de toda la guerra de liberación: la conocida batalla de El Jigüe.

Valoración de la segunda etapa

Esta etapa se diferencia claramente de la anterior por las características de las acciones. En sentido general fueron de mayor violencia y entre ellas sobresale la primera batalla de Santo Domingo. A medida que la tropa enemiga se adentraba en la Sierra Maestra aumentaba el peligro directo en el corazón del territorio guerrillero y resultó lógico que la resistencia de las tropas rebeldes también se incrementara, con una mayor tenacidad en la defensa de determinadas posiciones.

La mayor parte de las acciones ofensivas enemigas continuaron como desplazamientos (marchas) en columnas, con características similares a las anteriores, por territorios de gran actividad rebelde. No obstante, algunos de los ataques lanzados contra las posiciones defensivas rebeldes se llevaron a cabo con determinado nivel de despliegue, como el segundo día del combate de Pueblo Nuevo el día 29 de junio y el ataque a la

loma de El Sobicú, el 9 de julio. Todo ello demuestra que, al margen de tales ataques, su maniobra en general fue pobre, y se redujo al movimiento por las rutas previamente escogidas, aunque deben señalarse excepciones. Entre ellas, los movimientos ejecutados por el Batallón 18, gracias a los cuales pudo eludir la emboscada al norte de El Colmenar.

Asimismo debe considerarse correcta la maniobra del Batallón 19, aunque finalmente no logró el éxito esperado. Dislocado en Las Vegas de Jibacoa, intentó infructuosamente avanzar hacia Minas del Frío por la vía de las lomas de Taita José y La Vela, tras lo cual su jefe decidió buscar una nueva ruta para alcanzar el objetivo planteado con el rodeo realizado por Las Mercedes y San Lorenzo. El resto de los batallones enemigos, en general, se limitaron a seguir los derroteros planificados, sin intentar maniobrar cuando no lograban avanzar por ellos.

En esta etapa el enemigo hizo un mayor uso de los blindados para acompañar a sus tropas cuando el terreno lo permitía, condición que casi exclusivamente presentaba la dirección Estrada Palma-Las Mercedes y en menor medida Estrada Palma-Las Vegas de Jibacoa. Tales medios actuaron más como elementos de seguridad para las columnas en movimiento que como medios ofensivos. También fue mayor el empleo de la aviación. Como norma, las columnas se movían por itinerarios sistemáticamente ametrallados y bombardeados, a pesar de lo cual la efectividad de esta arma fue pobre.

La actuación rebelde estuvo matizada por un incremento de las acciones típicamente de defensa del terreno que se ocupaba, como fueron los ejemplos antes descritos de Pueblo Nuevo y El Sobicú, combinadas también con el aumento de las emboscadas de contención. Ejemplo de ello lo constituyen las acciones realizadas el primer día del combate de Pueblo Nuevo, el primer combate de Casa de Piedra, el de El Naranjal, y el de Meriño, entre otros. Es importante observar que en Pueblo Nuevo la emboscada de contención diurna del día 28, culminó con un ataque en horas nocturnas, lo que permitió aumentar las bajas infligidas al enemigo y ocuparle numeroso armamento.

Pero hay que recalcar que, en modo alguno, las emboscadas de hostigamiento fueron abandonadas por las fuerzas

rebeldes. Todo lo contrario. Dicho procedimiento continuó siendo empleado ampliamente, allí donde las condiciones aconsejaban llevarlo a cabo. Una palpable demostración de ello es el constante hostigamiento que sufrió el Batallón 18 desde el momento mismo de su desembarco en La Plata y durante su movimiento hacia El Jigüe. En consecuencia, se advierte claramente en la actividad rebelde una inteligente combinación de métodos de lucha, en la cual las acciones llamadas regulares habían aumentado su importancia en el conjunto de procedimientos puestos en práctica para combatir al enemigo.

Como elemento novedoso sobresale el empleo, por primera vez en la guerra, de altoparlantes para influir psicológicamente sobre los soldados de la tiranía, método también empleado posteriormente en el cerco del Batallón 18, en El Jigüe.

Fue notoria la habilidad guerrillera para preparar las acciones, con el aprovechamiento al máximo de los accidentes naturales y el enmascaramiento que brindaba un terreno ahora mucho más favorable. Este factor, unido a la sorpresa alcanzada, tanto por la forma inesperada de comenzarlas, como por los procedimientos de lucha que se utilizaban, permitió asestar repetidos y sensibles golpes a las tropas de la tiranía. La tropa rebelde aprendió también a defenderse eficientemente de la aviación enemiga la cual, en realidad, le causó muy pocas bajas.

En esta etapa, a pesar del mayor número de acciones defensivas libradas por el Ejército Rebelde con un determinado componente de guerra regular, ello se llevó a cabo en combinación con uno de los principios de la guerra irregular, es decir, *se presentó batalla cuándo y dónde fuera más conveniente y con los procedimientos idóneos.*

En cuanto al mando de las tropas, existieron significativas diferencias entre ambos contendientes. El mando del ejército de la tiranía continuó siendo poco flexible, sin la introducción en los planes de los ajustes exigidos por la cambiante situación. Al propio tiempo fue evidente el abismo entre los jefes castrenses y su tropa, situación más palpable en la misma medida en que se ascendía en el escalón de mando, hasta llegar a la casi absoluta ausencia de los más altos jefes en la zona de operaciones donde actuaban sus unidades.

Resalta en esta etapa la insólita pasividad de los batallones 19 y 18, una vez que alcanzaron las regiones de Meriño y El Jigüe respectivamente.

En Meriño, la tropa enemiga se mantuvo totalmente inactiva desde el 3 de julio, cuando ocupó la posición hasta que, una vez agotadas las provisiones, emprendió el regreso cinco días después. Durante su permanencia en el lugar, la unidad no intentó profundizar su penetración por el territorio rebelde.

Algo parecido ocurrió con el Batallón 18. Luego de ser rechazado en su avance por El Naranjal el 5 de julio y haber efectuado un tímido amago de exploración al Alto de El Pinar, el día 8, se concentró en El Jigüe y renunció a nuevas acciones ofensivas, y se limitó tan solo a los intentos por llegar a la playa, que realizaría más tarde, y centró su accionar en el mantenimiento de la posición en espera de refuerzos enviados desde la costa.

Al indagar sobre las causas de tal pasividad aparentemente inexplicable, el entonces jefe del Batallón 18 enemigo señaló, en primer lugar, la falta de información entre los jefes de los batallones del ejército. Desconocer la situación que atravesaban las unidades vecinas, no les permitía coordinar las acciones y aprovechar así los éxitos de unos o, simplemente, el avance de otros. Si a ello se sumaba la carencia de datos sobre la situación táctica en los territorios, es comprensible que sus movimientos no se facilitaran ante la ausencia de una visión clara de lo que sucedía en la zona de acción.

Desde luego, la excesiva cautela puesta de manifiesto por los jefes de los batallones 18 y 19, no solo se debió a este desconocimiento de la situación. En ello influyó de forma decisiva, la constante actividad rebelde que, con un hostigamiento interrumido, convirtió en un verdadero infierno todo intento de movimiento en una intrincada y difícil geografía, a medida que se adentraban en el corazón de la Sierra Maestra.

En las filas rebeldes ocurrió lo contrario. El mando se caracterizó por una gran flexibilidad y por una extraordinaria agilidad, demostradas en la constante maniobra con las fuerzas y los medios, en dependencia del desarrollo de las acciones combativas por las diferentes direcciones. Fe de ello la brinda la constante movilidad de las pequeñas unidades, sobre todo las de más elevada capacidad combativa: un

día se encontraban en un lugar, y al otro, a varios kilómetros cumpliendo nuevas misiones.

Además, la presencia de los jefes guerrilleros en los lugares donde se desarrollaban las acciones más importantes fue una regla, y en no pocas ocasiones actuaron como combatientes directos lo que provocó sensibles bajas. Las muertes de Andrés Cuevas, Paz, Geonel y René Ramos, entre otros muchos, así lo corroboran. El propio Comandante en Jefe confirmó tal precepto al moverse incesantemente entre las diferentes direcciones, y mandar personalmente a sus tropas, así como enviar constantemente mensajeros con instrucciones escritas a los diferentes jefes o tener contacto personal con ellos.

Como resultado de las acciones, las bajas enemigas fueron en aumento día a día, con el consecuente debilitamiento de sus fuerzas y el paulatino desplome de su moral de lucha. En contraposición, el Ejército Rebelde aumentó significativamente sus efectivos, en primer lugar, por la ocupación de importante cantidad de diverso armamento, lo cual le permitió mejorar cualitativamente algunas de sus pequeñas unidades y, a la vez, armar a combatientes reclutas que hasta ese momento pasaban o habían concluido ya su período de adiestramiento en la escuela de Minas del Frío, así como a otro personal no armado.

Al propio tiempo, las repetidas e importantes victorias obtenidas multiplicaron el ímpetu y ardor revolucionario de la tropa rebelde, lo que conjuntamente con la elevación de la maestría combativa que alcanzaban, tanto los combatientes de línea como los jefes a los diferentes niveles, aumentó considerablemente la fortaleza de la guerrilla y la preparó para nuevos y próximos empeños.

Esta etapa resultó decisiva en el rechazo de la ofensiva de verano del ejército castrense, porque fue durante ella que el Ejército Rebelde logró parar el golpe enemigo, defender con éxito el territorio considerado básico para la existencia de la guerrilla, debilitar física y moralmente al adversario con lo que aniquilaba sus posibilidades ofensivas y al propio tiempo, incrementar y fortalecer sus filas, creando así las condiciones para asestarle posteriormente una importante y decisiva derrota que influyó significativamente en la lucha general contra la tiranía batistiana.

Capítulo 4

Contraofensiva rebelde. Cerco y aniquilamiento de importantes agrupaciones enemigas. La batalla de El Jigüe. Expulsión definitiva de las tropas de la tiranía del territorio alcanzado. Fin de la ofensiva de verano. Desde el 10 de julio al 6 de agosto de 1958

Contraofensiva rebelde

A diferencia de los anteriores, el análisis de esta etapa comienza con el estudio de la dirección sur de las operaciones y le concede un tratamiento particular a la batalla de El Jigüe, pues cronológicamente fue la primera acción que se desarrolló en este período. Asimismo, es un ejemplo palpable y aleccionador de la experiencia alcanzada por el Ejército Rebelde y su elevada capacidad combativa, la cual evidencia la superioridad de las armas revolucionarias que comenzaban a dominar ya importantes principios del arte militar. Y, finalmente, porque esta batalla influyó radical y decisivamente en el resto de las acciones llevadas a cabo posteriormente y constituyó un viraje en el desarrollo de esta etapa de la guerra, en la que los rebeldes se apoderaron de la iniciativa, la que mantendrían hasta la completa derrota de la ofensiva de verano.

Dirección sur (la batalla de El Jigüe)

Para el 10 de julio, el enemigo mantenía en la Sierra Maestra y sus estribaciones: los batallones 11 y 22, en Santo Domingo; el

Batallón 23, en Arroyón; el Batallón 19, en Las Vegas de Jibacoa; el Batallón 17, en San Lorenzo y el Batallón 18, en El Jigüe. Aunque, en general, estas seis unidades habían perdido sus posibilidades ofensivas, aún constituían una fuerza nada despreciable en torno al principal baluarte guerrillero. Además, otros batallones se mantenían concentrados en Estrada Palma, Bayamo y en otros puntos y varias compañías se encontraban alrededor de este territorio.

La ubicación de las tropas enemigas, su estado combativo y las posibilidades reales de ser reforzadas o evacuadas, favorecían la realización, por parte de los rebeldes, del cerco a algunas de sus unidades, y asestarles una mayor derrota. Ya durante la primera batalla de Santo Domingo, el Comandante en Jefe había intentado cercar los batallones 11 y 22, concentrados en aquel poblado y sus alrededores; mas no pudo llevar a cabo lo planeado por falta de fuerzas y por la capacidad combativa que aún conservaba el enemigo.

En la zona de El Jigüe sí se conjugaron estos factores. El Batallón 18, más aislado, ocupaba una posición desventajosa respecto a las fuerzas rebeldes. Su capacidad combativa se encontraba sensiblemente disminuida, al contar solamente con dos compañías (la tercera compañía se encontraba en la costa) repetidamente hostigadas y con un significativo desgaste. La moral de lucha de la tropa había decaído ostensiblemente, pues esta veía cernirse sobre ella un peligro real, luego que sus intentos de avanzar hacia el norte fueran rechazados y se viera obligada a concentrarse en un área reducida, constantemente tiroteada. Por otro lado, el acceso más corto y teóricamente con mayores posibilidades hacia El Jigüe se limitaba a la ruta del río, que era posible defender fuertemente por los rebeldes, lo cual permitía obstaculizar o impedir la llegada de posibles refuerzos. Por último, el arribo de fuerzas frescas desde otras direcciones exigía una complicada reagrupación y traslado por mar, que era la vía más segura.

Del otro lado, las fuerzas rebeldes se habían robustecido moralmente por las victorias logradas y materialmente con la ocupación de numeroso armamento. Es decir, las condiciones se presentaban favorables para el establecimiento de un cerco y el jefe del Ejército Rebelde tomó las medidas pertinentes para llevar a cabo dicha acción.

El Comandante en Jefe decidió concentrar los esfuerzos principales en esta dirección y para ello destinó 120 efectivos de los aproximadamente trescientos sesenta hombres armados con los que para este momento contaban las fuerzas guerrilleras en el Primer Frente. En los inicios, en las posiciones del incipiente cerco, solo existían unos veinticinco hombres con armas de combate, otros con escopetas y el resto desarmado, los cuales se encontraban ubicados en los alrededores de la tropa enemiga.

Para el 11 de julio, después de los movimientos ordenados por el Comandante en Jefe con el fin de reagrupar parte importante de las fuerzas del frente hacia la región, la situación de las fuerzas rebeldes (esquema 16) era la siguiente: por el noroeste de las posiciones enemigas, el personal subordinado al capitán Ignacio Pérez; la escuadra del Vaquerito por el norte; la de Hugo del Río por el nordeste y la del capitán Vilo Acuña, que llegaría poco después, por el este; el personal del capitán Guillermo García, que había llegado al amanecer de ese día 11, cerraba el acceso por el camino del río hacia el sur, ubicado a unos cuatrocientos metros del ejército. En las alturas de Caguara, al oeste, se encontraban algunos efectivos de reserva, compuestos por personal bisoño, con poca preparación y débil armamento.

Más al sur, desde Purialón, a un kilómetro de El Jigüe, hasta la unión del arroyo Manacas con el río La Plata, a unos seis kilómetros de la costa, se encontraban emboscadas en las laderas de las alturas, principalmente al este del río, fuerzas de los capitanes Cuevas, Sardiñas y Paz, ubicadas de la forma siguiente:

- La tropa de Cuevas, con una ametralladora trípode calibre 30, un fusil ametralladora Browning y unas quince a dieciocho armas, cerraban el cauce del río La Plata, al sur de Purialón.
- La de Sardiñas a continuación, con una ametralladora trípode calibre 30, dos o tres fusiles ametralladoras Browning, 30 fusiles Garand, un fusil Springfield y varias carabinas San Cristóbal y M1 hasta completar 45 hombres bien armados, con el objetivo de actuar sobre el centro del posible refuerzo enemigo.

- Y por último, Paz, con una ametralladora trípode calibre 30 y unos veinte hombres armados (algunos con escopetas) y nueve desarmados ocupaba la altura contigua y más separado del cauce del río, en las faldas de la loma de Manacas, de forma que no fueran detectados por el posible refuerzo en su avance y poderlo atacar por su retaguardia.

Un poco más alejada, al sudoeste de El Jigüe, se hallaba la escuadra del teniente Raúl Podio para asegurar que el enemigo no subiera por los trillos de la loma de Gran Tierra desde La Magdalena y actuar en caso de un intento de avance por esa dirección.

Por último, en el Alto de Caguara se encontraba el Comandante en Jefe desde donde dirigía personalmente las acciones.

Desarrollo de las acciones

Al amanecer del 11 de julio, mientras se culminaba la ocupación de las posiciones que cerraban el cerco por el sur sobre el Batallón 18, y de las que impedirían la llegada de refuerzos desde la playa y el batallón organizaba el envío de dos pelotones hacia la costa en busca de abastecimientos y para mantener abierta la ruta, la tropa rebelde ubicada en las faldas del Alto de Caguara realizó fuego sobre el enemigo, con el fin de causarle bajas y obligarlo a mover parte de sus fuerzas para evacuar a los posibles heridos que se le causarían.

Cerca de las 09:30 horas de ese día, los dos pelotones que momentos antes habían iniciado su movimiento hacia el sur, unos sesenta y cinco hombres en total, chocaron con la emboscada del capitán Guillermo García y sus hombres. Estos habían arribado al lugar en las primeras horas de la mañana y, aunque la premura por ocupar las posiciones no les había dado tiempo de preparar trincheras, sí lograron instalar una mina, accionada al comenzar el combate. A pesar de la incompleta preparación de la emboscada, lograron rechazar al enemigo y le ocasionaron seis muertos y varios heridos. También capturaron a un soldado y al resto lo obligaron a retirarse hacia sus posiciones iniciales. Además fueron ocupadas seis armas con su parque.

En aquellos momentos, el Batallón 18 no tenía comunicación con el exterior y se vio privado de informar la situación. Según dijo tiempo después el jefe de dicho batallón, que la falta de comunicación se debió a la insuficiente potencia de los equipos con que contaban, para enlazar con la Compañía G-4 ubicada en la costa, lo que solo era posible hacer cuando algún avión o avioneta volaba por la zona, pero en aquellos precisos momentos hacía días que no aparecía ninguna nave aérea por el lugar.

El día 14, a las 14:00 horas, el enemigo repitió sus intentos de llegar hasta la playa. Para ello designó a la Compañía 103, unos noventa hombres, con dos fusiles ametralladoras Browning, de 20 a 22 fusiles Garand y el resto armado con fusiles Springfield y carabinas San Cristóbal. Antes de una hora iniciada la marcha, la tropa enemiga, que avanzaba desplegada por el firme, la ladera y camino del río, cayó nuevamente en la emboscada de Guillermo García. Pero ahora, el grupo guerrillero se había reforzado con las armas capturadas el día 11, había preparado trincheras en las posiciones, ocupaba otras nuevas en trillos de acceso al lugar y una escuadra, situada en el alto del firme, reforzaba en profundidad la emboscada.

El violento combate se prolongó hasta las 21:00 horas. Dos pelotones fueron obligados a retroceder con algunos heridos y el tercero se dispersó al intentar escapar, solo 10 hombres llegaron a la costa. El enemigo sufrió cinco muertos y 21 prisioneros, cinco de ellos heridos, en su mayoría pertenecientes al pelotón disperso y que en su huida fueron a parar a las posiciones rebeldes de Purialón, donde fueron capturados entre el 15 y el 16. Además, se ocuparon 21 armas, incluyendo un fusil ametralladora Browning, 2 800 cartuchos de combate, proyectiles de bazuca, 39 mulos con diversos pertrechos y un equipo transmisor Minipac.

Simultáneamente con esta acción, las tropas que cercaban al Batallón 18 adelantaron sus posiciones hasta situarse a tiro directo de fusil del campamento enemigo, e iniciaron un hostigamiento sistemático con fuego de fusil, que no cesó hasta la rendición de la fuerza sitiada. Estas posiciones rebeldes habían permanecido prácticamente sin realizar disparos para no dar a conocer antes de tiempo, al enemigo, el cerco establecido, y tener la

posibilidad de actuar decisivamente contra patrullas o grupos de exploración que se enviaran. A partir del comienzo del pertinaz hostigamiento, los cercados comenzaron a perfeccionar sus trincheras, hasta ese momento sin suficiente profundidad.

Inicialmente, la tropa enemiga cercada ocupaba un área que incluía el ángulo formado por el río Jigüe al unirse con el río La Plata, conocida como El Colmenar, y la altura al oeste, del otro lado del río Jigüe, adonde fueron empujados a medida que los rebeldes estrechaban el cerco y donde finalmente concluyeron las acciones.

Por aquellos días el Comandante en Jefe había ordenado reforzar las fuerzas del cerco, para lo cual atrajo a la tropa del capitán Curuneaux con la ametralladora 50, a la del teniente Rogelio Acevedo con una ametralladora trípode calibre 30, así como también fue reforzado el Vaquerito con varios hombres armados más, y llegó el capitán Vilo con una escuadra.

El máximo jefe rebelde había enviado continuamente instrucciones a los jefes de todas las pequeñas unidades, tanto las que se encontraban en esta dirección como en otras: a Guillermo García le indicó que ocupara las alturas a ambos lados de la emboscada del día 11, para evitar que el enemigo escapara por esos lugares y, a la vez, actuar sobre el flanco de este; a las tropas ubicadas en Purialón, prever que el enemigo pudiera, con una parte de sus fuerzas, sobrepasar a Guillermo y salirles a ellos por la retaguardia; a las situadas directamente en el cerco, aproximarse paulatinamente al campamento enemigo y preparar posiciones más adelantadas para estrecharlo cada vez más.

A los comandantes Ernesto Che Guevara, Juan Almeida y Ramiro Valdés les indicó cómo y hacia dónde mover las tropas para evitar que otras fuerzas del enemigo intentaran acercarse a la zona del combate, así como para resolver situaciones que pudieran crearse en otras direcciones. Específicamente al Che le señaló que debía mover determinada cantidad de personal desarmado de la escuela de Minas del Frío y sus alrededores y tenerlo dispuesto en áreas cercanas, para armarlo inmediatamente que se capturase armamento.

El Comandante en Jefe había apreciado que en El Jigüe las tropas sitiadas podrían servir como señuelo para actuar principalmente sobre unidades enviadas en su auxilio; pero además, en

ese momento existían condiciones para mantener el cerco y finalmente hacer rendir a las tropas del Batallón 18. Esta idea se confirmó con el mensaje que enviara al Che el 11 de julio por la tarde:

Nuestra estrategia deberá ser, es mi entender, desangrar y diezmar los refuerzos enemigos, mientras debilitamos, reducimos y rendimos las tropas sitiadas. El ejército está obligado a un gran esfuerzo en un momento en que luce estarse agotando [...].²³

Por otra parte, el Batallón 18 seguía sin comunicación con la Compañía G-4, en la costa, la cual enlazaba con el puesto de mando en Bayamo a través de la fragata que se mantenía frente a la desembocadura del río La Plata, y además, la otra posibilidad representada por la avioneta de mando que debía sobrevolar la región, tampoco pudo ser utilizada al no efectuarse ningún vuelo en aquellos días. Solo, desde el día 15, cuando un práctico logró escapar del cerco y llegar hasta la playa con un mensaje del jefe del Batallón 18, fue que el mando de la zona de operaciones conoció la situación real.

A partir de entonces, la aviación enemiga comenzó a actuar casi diariamente, y asestaba golpes contra las posiciones rebeldes alrededor de la tropa cercada. En total, entre el 15 y el 21 de julio se realizaron más de cincuenta y cinco aviones-vuelo (37 con bombarderos ligeros B-26 y 18 con cazas F-47) con el empleo de bombas de 100 y 250 libras, de napalm y las de tipo *cluster* (de ramilletes), así como el fuego de las calibre 50 y los *rockets* (cohetes aire-tierra no dirigido).

No obstante, a pesar de la intensidad de los bombardeos y ametrallamientos, los efectos de la aviación sobre la tropa rebelde fueron casi nulos, pues el terreno en las montañas, con sus abundantes desniveles, quebradas y áreas desenfiladas, ofrece refugio contra esa arma. Además, la extensa y abundante vegetación dificulta casi por completo la identificación de un objetivo relativamente pequeño como un hombre, y la orientación desde el aire, sobre un área local determinada en una extensa zona

²³ Fidel Castro Ruz: Mensaje al Che, 11 de julio de 1958, Sierra Maestra, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t. 13, p. 61.

montañosa, no resulta tan fácil como pudiera pensar cualquiera. Finalmente, la aviación empleada no reunía las características táctico técnicas adecuadas para ser utilizada con eficiencia en la lucha contra insurgentes. Realmente, el apoyo de la aviación a la tropa sitiada era más una relativa ayuda moral que material y una influencia psicológica sobre los rebeldes.

También en el campo de la lucha psicológica actuaban las tropas rebeldes. A las 01:00 horas del día 16 comenzaron a emplearse altoparlantes ubicados en las laderas del Alto de Caguara, de la misma forma que días atrás se había hecho en Santo Domingo, solo que el método empleado se había perfeccionado. Los efectivos enemigos oyeron mensajes del Comandante Fidel Castro dirigidos al jefe del Batallón 18, a quien invitaba a una rendición con condiciones honrosas. Asimismo se transmitió una exhortación del capitán Vallejo, médico rebelde, dirigida al doctor Wolf –médico de la tropa sitiada– y habló un prisionero herido sobre el trato recibido. En los días posteriores se les transmitió información sobre el curso de los exitosos combates rebeldes contra los intentos de enviarles refuerzos desde la costa, así como canciones interpretadas por el Quinteto Rebelde; se desenmascararon las mentiras de los partes difundidos por el alto mando del ejército; se leían cartas de familiares, ocupadas a los soldados prisioneros y, en general, se ejercía una constante influencia psicológica sobre aquellos hombres que veían, cada vez más, cuán cercano y fatal para ellos sería el desenlace de la contienda.

Como regla, este trabajo se realizaba durante los momentos de calma en el área de las acciones y, en los últimos días del cerco, posibilitó la entrada de combatientes rebeldes en el campamento enemigo, en momentos de tregua que se sucedieron, con el consiguiente intercambio entre sitiados y sitiadores.

Mientras, las posiciones del cerco se reforzaban y cerraban en torno al batallón enemigo. El 16 de julio, la tropa de Guillermo García, incrementada con la incorporación de cinco hombres bien pertrechados gracias a las armas ocupadas los días 14 y 15, ocupó posiciones adelantadas y cerró completamente el cerco por el sur, con lo cual quedó bloqueada la única brecha abierta existente hasta ese momento.

El propio día 16, con un equipo de radio capturado anteriormente, el mando rebelde transmitió a la aviación información

falsa, supuestamente procedente de la tropa sitiada, en la que le orientaba que golpeará posiciones ocupadas, en realidad, por el Batallón 18. El resultado no se hizo esperar y fueron entonces las tropas del ejército las que sufrieron las consecuencias de la acción de su propia aviación.

También ese día el alto mando del ejército comenzó a desembarcar en la playa las fuerzas del llamado Batallón de Los Livianos, formado apresuradamente en un postrer y casi único esfuerzo serio para auxiliar a los cercados.

El 17 de julio, precedido por golpes de aviación, el enemigo movió desde la playa un refuerzo, por el cauce del río que a la vez conducía suministros de todo tipo para la tropa cercada. Estaba compuesto por fuerzas de la Compañía G-4 que pertenecía al propio Batallón 18 (esquema 17).

Alrededor de las 11:00 horas, la vanguardia enemiga chocó con efectivos del capitán Cuevas en Purialón, al final de la emboscada establecida días antes, al tiempo que su centro fue atacado por el pelotón rebelde allí situado y su retaguardia por efectivos del capitán Paz. Una interpretación errónea del mensaje enviado por el Comandante en Jefe a Paz había dado por resultado que la tropa de este último había establecido sus posiciones en una altura, algo lejos del camino, desde donde hizo fuego, pero sin avanzar, por lo que no pudo actuar directa y eficientemente sobre la retaguardia enemiga. Así se perdió la oportunidad de llevar a cabo un nuevo cerco y quizás infligir al enemigo una derrota de proporciones aún mayores.

Las posiciones rebeldes habían sido preparadas con tiempo suficiente y contaban en total con unos cien hombres bien armados, lo que constituía un fuerte dispositivo con amplias posibilidades para combatir exitosamente contra fuerzas superiores.

El encuentro fue una sorpresa total para el enemigo, el que luego de unas tres horas de combate se retiró hacia la playa, perseguido y hostigado durante casi dos kilómetros. En total sufrió 12 muertos y 24 prisioneros; además, se le capturaron 37 armas, incluida una ametralladora trípode calibre 30 y dos fusiles ametralladoras Browning, 18 000 cartuchos de combate, medicinas y alimentos. El mando enemigo de la Zona de Operaciones en Bayamo, en un informe realizado el 17 de julio, reconoció el descalabro:

Sigue el asunto de La Plata, pero de mal en peor. La compañía que salió de la desembocadura hacia El Jigüe en auxilio de esta tuvo un desastre a manos de los rebeldes. El 16 [código con el que se identificaba a la avioneta de mando del coronel Ugalde Carrillo] vio como los hombres nuestros corrían y dejaban los mulos en manos de los rebeldes. Me dijo Ug. que unos 50 hombres desaparecieron.²⁴

Un día después culminó el desembarco de Los Livianos, al mando del comandante Noelio Montero Díaz. Esta unidad estaba formada por tres compañías hasta ese momento independientes (Compañía L) o que formaban parte de otros batallones (compañías E y 22, ambas procedentes del Batallón 13).

El día 19, el Batallón de Los Livianos, apoyado por la mayor actuación de la aviación hasta ese instante y posiblemente una de las mayores en toda la guerra, así como por el fuego de la fragata y el de cuatro obuses de 75 milímetros desembarcados como refuerzo y emplazados en la playa, repitió el intento de la Compañía G-4 dos días antes. Contaba con un total de unos trescientos cincuenta hombres.

La tropa también avanzó por el cauce del río y además, esta vez, por el trillo que subía por la ribera oriental. Alrededor del mediodía cayó en la misma emboscada, luego mejorada y reforzada; en total 120 hombres bien armados. El enemigo peleó fuerte y trató insistentemente de avanzar, con intentos de maniobras frustradas por los rebeldes.

Una compañía maniobró al nordeste por las laderas del arroyo Manacas hacia el firme con el fin de salir a la retaguardia de las fuerzas rebeldes, pero allí chocó con la tropa del capitán Paz. Aclarado el error de interpretación mencionado anteriormente, Paz y sus hombres bajaron para cortarle la retaguardia al enemigo o atacarlo de flanco, y ante lo recio de la acción se vieron obligados a retroceder combatiendo y ocuparon nuevamente las posiciones preparadas en las alturas. No obstante, lograron rechazar el intento enemigo aunque al costo de la vida de dos compañeros.

²⁴ Comunicación entre mandos del ejército. Documento en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

Por su parte el capitán Cuevas, luego de destrozar la vanguardia enemiga y combatir fieramente, cayó al avanzar, cuando comenzaba a rendirse parte de ese personal.

El combate se mantuvo violento hasta el oscurecer. Para ese entonces el enemigo había sufrido un severo daño. En sus filas se contaban numerosos muertos y heridos y había sido capturada una buena cantidad de prisioneros y de armas. Mientras, el pelotón rebelde, situado al centro de la emboscada, había avanzado sus posiciones casi un kilómetro y establecido una nueva línea de fuego, al propio tiempo que varios pelotones del ejército huían despavoridos hacia la playa.

En un reporte del puesto de mando enemigo de Bayamo basado en informes del oficial ejecutivo, coronel Ugalde Carrillo, se plantea:

Continúa el asunto de La Plata. Me dice Ugalde que nuestra gente no se mueve. Por la tarde fui a La Plata y en el segundo viaje llegaban corriendo 2 pelotones que debían ir río arriba [...] Es un desastre y da pena ver mucha gente con el terror en el semblante. Luce mal la situación nuestra.²⁵

Más tarde se conocería que la tropa en desordenada estampida había llegado a la playa, se insubordinó y lanzó sus fusiles al suelo en gesto de protesta. El día 20 de julio se reanudaron las acciones, pero entonces solo contra el resto del enemigo que no había logrado huir hacia la playa el día anterior y andaban dispersos en la zona. Finalmente, alrededor del mediodía, culminaron las acciones con la huida total del resto de los efectivos enemigos.

En total, entre el 19 y el 20, el enemigo sufrió 17 muertos y 21 prisioneros. Asimismo se le capturaron 24 armas, parque y un arria de mulos con alimentos. Los rebeldes tuvieron cuatro muertos e igual cantidad de heridos. Este fue el último intento del enemigo. Para el debilitado Batallón 18 ya no habría ningún otro esfuerzo. El reporte del oficial ejecutivo del puesto de mando del enemigo en Bayamo, del día 22, afirma: “[...] La Unidad de

²⁵ *Ibíd.*, [s.p.].

livianos fue diezmada y otra más. Creo se perdieron unos 400 hombres [...]”.²⁶

Mientras se sucedían los combates contra el Batallón de los Livianos los días 19 y 20, el cercado Batallón 18 veía aproximarse su fin. El 19 las fuerzas del capitán Guillermo García, en posiciones al sur de la tropa sitiada, se acercaron más aún, y cortaron la única vía de acceso hacia el río, por donde los soldados se abastecían de agua. El ex jefe del Batallón 18 señaló que ese día aquel lugar había sido tomado y desde ese momento iban a sufrir la falta de agua.

Con el objetivo de acelerar la rendición enemiga y evitar bajas inútiles de ambas partes, el Comandante en Jefe envió, en la noche del 19, un mensaje al jefe del Batallón 18 en el que le proponía una honrosa rendición. Ante la grave situación que atravesaba su tropa, dicho jefe contestó que había decidido esperar hasta las 18:00 horas del siguiente día para cumplir la palabra dada al puesto de mando de Bayamo, de resistir en espera de los refuerzos prometidos. Finalmente, al cumplirse el plazo señalado, aceptó conversar con el líder rebelde. El encuentro se produjo el día 20 al finalizar la tarde. Después de las irrefutables evidencias expuestas por Fidel, ambos acordaron los términos de la rendición.

A las 01:00 horas del 21 de julio, con la presencia del Comandante en Jefe en el campamento sitiado, el Batallón 18 se rindió al Ejército Rebelde.

Fueron hechos 170 prisioneros y capturadas 161 armas, entre ellas, dos ametralladoras de trípode calibre 30, cuatro fusiles ametralladores Browning, un mortero de 60 milímetros, otro de 81 milímetros y una bazuca, todos con su correspondiente parque.

Así culminó una de las más importantes batallas entre las libradas en este período, que abarcó todas las acciones realizadas entre el 11 y el 21 de julio. En ellas se incluyen las propias del cerco y el hostigamiento ininterrumpido durante diez días; las dos emboscadas realizadas por la tropa de Guillermo que impidieron la ruptura del cerco en dirección a la playa; el rechazo de la Compañía G-4 en su intento de avanzar desde la playa hacia El Jigüe, y por último el rechazo del Batallón de Los

²⁶ Ibid., [s.p.].

Livianos, acciones estas últimas en las que derrocharon valor y heroísmo las fuerzas comandadas por Cuevas, Sardiñas y Paz.

En total, en todas las acciones que conformaron la batalla de El Jigüe, del 11 al 21 de julio, el enemigo sufrió 41 muertos y 241 prisioneros, dentro de los que había 30 heridos, más un elevado número de ellos que alcanzó a retirarse del campo de batalla. Además, se le ocuparon 249 armas, entre ellas, tres ametralladoras de trípode calibre 30, siete fusiles ametralladoras Browning, un mortero de 60 milímetros y otro de 81 milímetros, una bazuca y más de cincuenta y cinco mil cartuchos y proyectiles. El resto de las armas ocupadas consistió en fusiles de diferentes modelos.

En las filas de los rebeldes se tuvo que lamentar la muerte de seis combatientes, entre ellos el bravo capitán Andrés Cuevas, ascendido póstumamente al grado de comandante, y otros seis resultaron heridos.

Dirección nordeste (Buey Arriba-Santo Domingo)

Desde la madrugada del 21 de julio el mando rebelde comenzó a mover las victoriosas fuerzas concentradas en El Jigüe hacia la dirección nordeste, es decir, hacia Santo Domingo y sus alrededores, al tiempo que se distribuían las armas, el parque y demás medios capturados en la recién concluida batalla.

En esa dirección el enemigo mantenía al Batallón 11 en Santo Domingo, muy castigado y con sus efectivos reducidos; y en Providencia al Batallón 22, sin jefe y en composición de dos compañías, una de ellas en el lugar y la otra en función del abastecimiento.

Después de la reagrupación, para el día 24 la ubicación de las fuerzas rebeldes era la siguiente: los ya comandantes Guillermo García y Sardiñas, y el capitán Vilo Acuña, al norte de Santo Domingo, por las alturas de El Cacao, El Verraco y El Brazón; la tropa del capitán Ramón Paz cerraba el camino por el río Yara, después de Casa de Piedra, al norte del arroyo El Cristo; algo más al oeste de dicho punto, en el firme, estaba la escuadra del teniente Hugo del Río, y enfrente, hacia el este del río, la del también teniente William Gálvez.

Al norte de Casa de Piedra, donde el arroyo El Salto se une al río Yara, estaba el personal de los capitanes Antonio Sánchez Díaz, *Pinares*, y Eddy Suñol. Más cerca de Santo Domingo, por el río Yara, en Leoncito, la escuadra del teniente Félix Duque, y al sudeste, en un estribo de la loma de Gamboa, el comandante René Ramos Latour, *Daniel*, con parte de sus fuerzas. Cerrando el acceso a Santo Domingo por el sur y el este estaban el resto de las fuerzas de Daniel, y las de los tenientes Senén Meriño y Roberto Rodríguez, *el Vaquerito*.

Ese propio día 24 se realizó, en Las Vegas de Jibacoa, la entrega a la Cruz Roja Internacional de 253 prisioneros, de los cuales varios se encontraban heridos y habían recibido la atención médica al alcance de las tropas rebeldes. Este hecho significó un nuevo reconocimiento a la existencia de una fuerza insurgente beligerante, sobre todo a su capacidad combativa y a la ética que en la guerra practicaba el Ejército Rebelde, lo que contribuyó a desenmascarar las mentiras de la propaganda enemiga.

También el día 24, luego de conocerse el posible movimiento de una tropa que desde Providencia intentaría llevar suministros al Batallón 11, el alto mando rebelde ordenó que el siguiente día 25, bien temprano, las fuerzas del comandante Daniel reforzaran al capitán Paz en Casa de Piedra en espera del enemigo. El personal de Daniel quedó ubicado en las laderas y margen sur del Yara, mientras enfrente, más hacia El Salto, estaba la escuadra del teniente William Gálvez, y al final, en un recodo del río y a los lados, la tropa de Paz. Antes de llegar a El Salto, en el centro del camino fue enterrada una mina eléctrica, y cerca situada una ametralladora calibre 30. También fueron preparadas trincheras, aunque al no alcanzar la profundidad deseada se completaron con parapetos de piedras, enmascarados con ramas.

Al mediodía del 25 de julio, la Compañía P del Batallón 22 procedente de Providencia cayó en la emboscada. El combate duró más de tres horas y la aviación actuó por espacio de una de ellas. A la compañía se le ocasionaron más de once muertos y 24 prisioneros, de ellos 11 heridos, y se le capturó algo más de treinta armas, una bazuca, parque, alimentos, mochilas y un equipo de radio con la clave que, casualmente, entraba en vigor ese día. El resto de la compañía se retiró hacia Providencia y

fue atacada en El Salto por las tropas de los capitanes Pinares y Suñol. Los rebeldes, en total, tuvieron un muerto y un herido. Esta acción se conoce como el segundo combate de Casa de Piedra.

Ante el nuevo revés sufrido y la posibilidad de un segundo Jigüe con el Batallón 11, es lógico deducir que el mando castrense tomara medidas para evitarlo. Al menos la decisión de la jefatura de la zona de operaciones se corresponde con ello. Eso explica la orden del día 26, al Batallón 11, de moverse inmediatamente hasta cerca de Providencia, donde debía unirse con las fuerzas del Batallón 22, que llegaría hasta allí para apoyarlo.

Al parecer, tal decisión sorprendió al mando rebelde que para este momento aún no había culminado de organizar totalmente el cerco al batallón enemigo en Santo Domingo. Como regla, la táctica seguida por el Ejército Rebelde consistía en cercar una tropa determinada con el fin principal de golpear a los refuerzos que el enemigo debía mandar en auxilio de los sitiados. Solo cuando la situación se tornaba favorable se incluía como objetivo la captura de los cercados. Quizás en el caso de Santo Domingo ocurrió así, pero sin tiempo de ocupar todas las posiciones adecuadas.

En horas avanzadas de la tarde de ese día, las fuerzas dislocadas en Santo Domingo iniciaron sorpresivamente la marcha por tres rutas diferentes, buscando las alturas y laderas de la loma El Brazón. Lograron sorprender y desalojar a una escuadra del personal de Guillermo García, situada a la subida de la elevación rumbo a Providencia. En la acción murió el teniente rebelde Juan M. Vázquez Hidalgo, conocido como *Chancuba*, quien operaba una Browning.

Al conocerse el movimiento del enemigo, las tropas de Guillermo ocuparon parte del firme de El Brazón. Las de Sardiñas se ubicaron en posiciones a continuación de las anteriores y seguidamente, más al oeste, las de Vilo Acuña. Todas tenían como misión cortar la retirada enemiga, y se entabló un continuo y prolongado intercambio de fuego. El Batallón 11 se mantuvo activamente apoyado por la aviación enemiga. Esa noche, la tropa del ya coronel Sánchez Mosquera acampó en las laderas de El Brazón, en las cabezadas del arroyo del mismo nombre (esquema 18).

Al amanecer del día siguiente, 27 de julio, el Comandante en Jefe movió las fuerzas disponibles para tratar de impedir la huida del enemigo. La escuadra del teniente Félix Duque se trasladó hacia Casa de Piedra y las tropas de los capitanes Pedro García, Eddy Suñol y Pinares, salieron para Providencia.

En horas de la tarde se incrementaron las acciones. Las fuerzas de Guillermo y de los otros pelotones rebeldes mantenían su propósito de impedir el avance de la unidad enemiga desde el firme de El Brazón. A ese fuego se sumaron los estampidos de las municiones que, junto con el armamento y los pertrechos imposibles de llevar, el enemigo había reunido en un rancho y quemaba para no dejarlos en manos rebeldes. Esa tarde, el jefe de la tropa, Sánchez Mosquera, resultó herido en la cabeza.

Avanzada ya la tarde, el enemigo según su progreso hacia el noroeste lentamente y el Comandante en Jefe envió las tropas del capitán Paz y del comandante Daniel hacia Providencia para intentar impedir que el Batallón 11 escapara.

Al amanecer siguiente el comandante Daniel, con parte de su tropa, comenzó a ocupar posiciones en trincheras preparadas desde tiempos atrás al norte del caserío. En su flanco derecho, frente a la altura conocida como Alto de Piades, estaba situada la escuadra del Vaquerito.

La tropa de Paz ocupó las pequeñas alturas directamente en la orilla norte del arroyo Providencia, donde este se une al río Yara. Paz intentó mejorar su posición y se movió con otros dos combatientes unos metros más arriba, sin percatarse de que las tropas del Batallón 22 enemigo habían ocupado la altura de Piades, ubicada directamente a su espalda, para apoyar y facilitar la salida del Batallón 11 de la zona por donde se movía bajo el constante hostigamiento rebelde, por lo que fueron sometidos a un violento y sorpresivo fuego. El resultado fue nefasto: el capitán Paz y el teniente Manuel Fernández Chávez cayeron mortalmente heridos desde los primeros momentos.

El Comandante en Jefe había advertido a Paz que prestara especial atención y procurara ocupar, precisamente, las posiciones en definitiva dominadas por las fuerzas de la tiranía, las que fueron fatales para el bravo combatiente guerrillero. Completaban el dispositivo rebelde, el resto de las tropas de Daniel

y de los capitanes Suñol, Pedro García y Pinares, quienes procedentes de El Salto, también se habían ubicado por la margen oeste del río Yara, un poco más al sur de las posiciones de Paz.

Temprano en la mañana, la aviación enemiga comenzó a golpear las posiciones rebeldes, lo cual no provocaba bajas, pero sí limitaba sus acciones. Las fuerzas del Batallón 11 venían desplegadas por las pendientes de la loma El Brazón y por el río, respondiendo a las fuerzas rebeldes que las perseguían y a las apostadas en Providencia, a la vez que eran apoyadas por el fuego del Batallón 22, desde las alturas recién ocupadas.

El combate fue intenso, y avanzada la mañana, el enemigo aprovechó el desconcierto en las filas rebeldes al caer el capitán Paz, logró forzar sus posiciones y abandonar la hostil región donde había sufrido un significativo desgaste moral y físico, a la vez que logró evacuar en un helicóptero al herido coronel Sánchez Mosquera. Una vez reunidas, ambas unidades se retiraron en dirección a Cerro Pelado, fueron perseguidas y hostigadas hasta el sitio conocido por Peladero, cerca de Nagua, a varios kilómetros de Estrada Palma. Así terminó la segunda batalla de Santo Domingo, dirigida por el propio Comandante en Jefe desde un lugar cercano a Casa de Piedra.

Como resultado de las acciones efectuadas entre el 25 y el 28 de julio, el enemigo sufrió 46 muertos, 54 prisioneros, de ellos 30 heridos, y perdió más de cincuenta armas y miles de cartuchos de combate. Las tropas rebeldes contaron con siete muertos, incluido el capitán Ramón Paz y cuatro heridos.

Dirección noroeste (Estrada Palma-Las Mercedes-Minas del Frío)

Mientras se llevaban a cabo las acciones de Santo Domingo, el Batallón 17, ubicado con una compañía en Minas del Frío, otra en San Lorenzo y la otra a mitad de camino entre los puntos anteriores, recibió el 26 de julio la orden de regresar a Las Mercedes y salió precipitadamente a cumplirla, y se agrupó ese mismo día en San Lorenzo. Dos días después, junto con la Compañía 93 del Batallón 19 que estaba en Gabiro, llegó a Las Mercedes y se reunió con la Compañía 51 del Batallón 23. Al otro día, el 29, las dos últimas unidades partieron hacia Arroyón.

El enemigo solía emplear con cierta frecuencia compañías de algunos de sus batallones, con el fin de abastecer a las unidades desplegadas en la zona de operaciones.

Al no existir un diario pormenorizado de todos los movimientos efectuados por las tropas castrenses, el estudioso en estas cuestiones puede apreciar aparentes contradicciones, referidas sobre todo a los lugares donde, en un momento dado, se reportaban ubicadas las pequeñas unidades, casi siempre compañías, y otros datos que sobre el particular se hubieran dado anteriormente.

Inmediatamente después de la retirada del enemigo de la región de Minas del Frío, las tropas rebeldes, que cercaban dicho lugar, avanzaron y recuperaron el caserío. El comandante Ernesto Guevara, ante la situación creada como desde antes del 26 contaba con algunas fuerzas alrededor de Las Vegas de Jibacoa, ordenó concluir el cerco a la Compañía 92 del Batallón 19 que se encontraba en dicho lugar, acción realizada por la tropa directamente bajo su mando e integrada por las pequeñas unidades de los capitanes Joel Iglesias, Luis Crespo, José Ramón Silva, Manuel Hernández, y César Suárez, entre otras.

Luego de completado el cerco, el Che ordenó transmitir al capitán Durán, jefe de la compañía enemiga, las condiciones de rendición: entrega de las armas, parque y demás medios a cambio de garantías a la salida del cerco.

En la tarde del 28 de julio tropas enemigas de refuerzo avanzaron en camiones y yipis desde Arroyón hacia Las Vegas, en composición de tres compañías: la 91 del Batallón 19, la 84 del Batallón 21 –del capitán, más tarde ascendido a comandante, Franco Lliteras– y la 83 del Batallón 23, más dos tanques ligeros T-17 (tanquetas). Esta agrupación –300 hombres– conformaba un grupo táctico bajo el mando del teniente coronel Ferrer Da Silva. Además, una batería de obuses de 75 milímetros –cuatro piezas– ocupó posiciones en el Alto de La Güira para apoyar sus acciones (esquema 19).

El enemigo cayó en la emboscada de la tropa del comandante Camilo Cienfuegos, incluido el personal de los capitanes Orestes Guerra, Lázaro Soltura y otros, preparada en una de las estribaciones de la loma La Llorosa, en un lugar conocido como El Mango, donde el camino baja después de una curva y cruza el

río Jibacoa. Los rebeldes ocupaban las laderas de las alturas a ambos lados del camino en el cual tenían minas enterradas y habían abierto zanjas que cortaban la vía.

Después de varias horas de combate, el enemigo fue obligado a retroceder. Este sufrió cinco muertos y más de diez heridos, entre ellos el teniente coronel Da Silva, así como la destrucción de dos camiones y un yipi, y la ocupación de numerosas armas. Inexplicablemente el tanque ligero que iba a la vanguardia logró cruzar la emboscada y llegar a Las Vegas. En él iba el capitán Oquendo, jefe de la Compañía de tanques del puesto de mando de Bayamo.

Al mediodía del 29 de julio, el enemigo tenía dislocadas entre Arroyón, La Güira y unas estribaciones de la loma La Llorosa las siguientes fuerzas: el Batallón 23 con sus tres compañías, el Batallón 19 menos la Compañía 92 cercada en Las Vegas, la Compañía 84 del Batallón 21, un tanque ligero T-17 y una batería de obuses de 75 milímetros; aproximadamente unos seiscientos hombres. Estas unidades trataron nuevamente de romper el cerco desde afuera, a la vez que la Compañía 92 intentaba salir desde dentro. La batería de obuses disparaba continuamente; pero al no contar con comunicación con la Compañía 92 ni con observadores adelantados, no podía determinar dónde caían los proyectiles, lo cual no le permitía corregir el fuego. La aviación enemiga actuó en apoyo de sus tropas.

Las fuerzas rebeldes resistieron la presión e incrementaron el fuego contra los cercados que intentaban escapar. En respuesta a las proposiciones enviadas días atrás por el Che, el jefe de la Compañía 92 sitiada había aceptado dejar el armamento y demás medios en el lugar, a cambio de evacuar a sus hombres. Los rebeldes contemplaron, inicialmente sin actuar, la salida del cerco de la tropa enemiga. No obstante, en lugar de lo acordado, el jefe enemigo reunió el armamento, parque y demás medios que no podían llevarse y les prendió fuego simultáneamente con el comienzo de la salida del personal por el camino del río Jibacoa, llevando sus armas ocultas y el tanque T-17 a la retaguardia.

Las tropas rebeldes más cercanas los dejaron pasar, mas el ardid fue descubierto y a la altura de la loma conocida como del Desayuno, a poco más de un kilómetro al sudeste de El Mango,

fuerzas del comandante Camilo Cienfuegos entablaron combate, aproximadamente a las 15:00 horas, a la vez que las tropas del Che los atacaba por su retaguardia. Después de cerca de una hora de acción, el enemigo sufrió cinco muertos, ocho heridos y 98 prisioneros, capturados entre los días 29 y 30, entre ellos los capitanes Durán y Oquendo, quienes después de algún tiempo prisioneros se unieron al Ejército Rebelde. En total se ocuparon cien armas, incluidas dos ametralladoras de trípode calibre 30, el tanque ligero T-17 y unos veinte mil cartuchos de diferentes tipos. Los rebeldes tuvieron un solo herido. Es decir, en solamente sesenta minutos otra importante fuerza enemiga era completamente derrotada.

Durante la acción, otros grupos de fuerzas rebeldes habían iniciado la ocupación de posiciones alrededor del Batallón 17 ubicado en Las Mercedes.

Mientras, el Comandante en Jefe aún permanecía en el territorio donde recientemente había dirigido la segunda batalla de Santo Domingo y durante la cual había seguido, paso a paso, el desarrollo de los acontecimientos que culminaron con el establecimiento, por el Che, del cerco a la Compañía 92 en Las Vegas de Jibacoa.

Con su decisión y dinamismo característicos, Fidel ya tenía reagrupadas y reorganizadas las principales fuerzas que habían participado en los combates por aquella dirección, aumentadas en personal combatiente al distribuirse las armas allí ocupadas. Se disponía a concluir el cerco y la rendición de las tropas enemigas que ocupaban Las Vegas, sin conocer el rápido desenlace de los acontecimientos en este último lugar.

En sentido general las acciones inmediatas eran complejas y el tiempo escaso, pero nunca antes el Ejército Rebelde había contado con tantas fuerzas juntas y tan bien armadas.

Esa noche los comandantes Guillermo García y Sardiñas, con unos ciento treinta hombres armados, se desplazaron desde El Salto a Cuatro Caminos. Rumbo a El Mango, al sur de Arroyón, se movió la mayor agrupación compuesta por las fuerzas de Daniel –aumentada con las tropas que fueron del capitán Paz–, así como las fuerzas de los capitanes Pinares, Calixto García y Eddy Suñol y de los tenientes Hugo del Río, William Gálvez, Félix Duque, el Vaquerito y otros. En total

sumaban unos doscientos cincuenta hombres bien armados, al frente de los cuales marchaba el Comandante en Jefe.

En la madrugada del 30 de julio, al llegar a La Llorosa, el máximo jefe rebelde conoció por el comandante Camilo Cienfuegos que ya el enemigo de Las Vegas había sido capturado y decidió modificar el plan y copar a las tropas enemigas ubicadas en Arroyón y Las Mercedes. Personalmente puntualizó las misiones a los jefes que lo acompañaban y mediante mensaje a Guillermo García y Sardiñas: la mitad de las fuerzas –Suñol, Duque, el Vaquerito y otros– ocuparían posiciones en Sao Grande y en el firme de la loma de La Herradura, en el camino de Las Mercedes a Estrada Palma; Daniel con su tropa y con las de Pinares, Calixto García, Hugo del Río y William Gálvez, unos ciento veinte hombres armados, en la zona de El Jobal, al norte de Arroyón, por donde cruzaba el camino hacia El Cerro y más allá a Estrada Palma.

Más al norte se encontraban los hombres de Guillermo en la loma de Los Popa y los de Sardiñas en la de Estrella Bello. Si era necesario, estas fuerzas se retirarían hacia Cuatro Caminos y ocuparían posiciones para no permitir el paso de nuevas unidades del enemigo desde Estrada Palma hacia Arroyón y Las Mercedes. La idea era impedir que las tropas enemigas, ubicadas en esos dos últimos lugares, pudieran escapar o recibir refuerzos. En consecuencia, las fuerzas que traía el Comandante en Jefe variaron su rumbo hacia el norte. Las que llevaba Daniel llegaron a El Jobal en las primeras horas de la mañana.

Ante el nuevo revés sufrido en Las Vegas, el mando del ejército había ordenado a sus tropas retirarse hacia Cerro Pelado, cerca de Estrada Palma. A las 08:00 horas del 30 de julio comenzaron a moverse las situadas en la zona de Arroyón. En la vanguardia marchaba la Compañía 84 del Batallón 21 con un tanque ligero T-17 y la batería de obuses de 75 milímetros; le seguía el Batallón 19 menos la Compañía 92, capturada en Las Vegas, y en la retaguardia el Batallón 23.

Al final de la mañana, donde el camino de Arroyón a Estrada Palma cruza el arroyo Jobal, fue sorprendida y destrozada la vanguardia enemiga; el resto de la tropa se desplegó y ripostó el ataque a la vez que emplazó la batería de obuses a unos quinientos metros de los rebeldes para iniciar un nutrido fuego directo sobre

las posiciones guerrilleras. En la acción cayó mortalmente herido el destacado combatiente revolucionario comandante René Ramos Latour, *Daniel*.

La aviación apareció después y actuó incesantemente hasta mediada la tarde. Poco después del mediodía, ya restablecido del sorpresivo golpe, el enemigo reinició su avance, luego de ubicar en la vanguardia a la Compañía 93 del Batallón 19 en sustitución de la que había iniciado la marcha y que había sufrido severas bajas. Además de perder 15 armas, esta tropa, principalmente su vanguardia, había sufrido 20 muertos y 21 heridos capturados, los cuales fueron dejados por los rebeldes en un bohío cercano luego de ser curados. A la muerte de Daniel los rebeldes sumaron tres combatientes heridos (esquema 20).

Para ayudar a las fuerzas en retirada desde Arroyón, el mando enemigo había desplazado a su encuentro desde Cerro Pelado, al Batallón 20 al mando del comandante Caridad Fernández, en composición de dos compañías –unos doscientos hombres–, rechazado para la media tarde por los efectivos rebeldes situados al norte de Cuatro Caminos. No obstante, esta maniobra prácticamente imposibilitó a las fuerzas rebeldes allí situadas actuar contra las que huían de Arroyón y les facilitó la retirada hacia Estrada Palma.

Además de los efectivos que el Comandante Fidel Castro había situado al norte de Las Mercedes, ese mismo día 30 las tropas del Che ocuparon posiciones en torno al poblado, al este, en el Alto de la Güira; al sur, en el Alto del Moro; al sudoeste, en las estribaciones de El Gurugú; y al oeste, en Bajo Largo.

El Batallón 17, desde hacía varios días concentrado en Las Mercedes, con el apoyo de un tanque ligero T-17 –unos trescientos cincuenta hombres en total–, realizó varios intentos por salir del poblado en dirección a Estrada Palma, mas fue rechazado el 30 y luego el 31 por las tropas situadas en La Herradura.

Una vez que el enemigo logró abandonar la zona de Arroyón, gran parte de los rebeldes participantes en los combates de El Jobal y Cuatro Caminos, fueron trasladados hacia la zona de Las Mercedes, y se reagruparon las fuerzas. Las del Che al oeste, sudoeste, sur y sudeste, desde Bajo Largo, a través de El Gurugú y el Alto de El Moro hasta el Alto de La Güira. Otro pelotón al este, desde el Alto de La Güira hasta el oeste de

Arroyón. Las de Guillermo a continuación por el nordeste, hasta la loma de La Herradura.

Otra tropa rebelde hacia el norte y noroeste, por la loma de La Herradura hasta cerca del río Jibacoa. El capitán Eloy Popa ocupaba la parte oriental de La Herradura, pero con el frente hacia el noroeste. Más al norte en Sao Grande, las tropas de Suñol, Duque, Cordumí y el Vaquerito. Más cerca de Cerro Pelado, los hombres de Camilo ocupaban ahora las lomas de Estrella Bello y los Popa.

El mando rebelde encabezado por el Comandante en Jefe se ubicó en el aserrío de los González, al este de Arroyón y, lo que pudiéramos denominar el puesto de mando avanzado, se situó en una altura cercana desde donde se dominaba el teatro de operaciones. En el aserrío se instaló un puesto médico de campaña.

Del 31 de julio al 4 de agosto siguió el combate contra el Batallón 17 sitiado en Las Mercedes que baldía e insistentemente pugnaba por romper el cerco. Al propio tiempo los rebeldes aproximaban sus posiciones al enemigo, bajo la acción de la aviación que golpeaba incesantemente.

El 5 de agosto el ejército lanzó en ayuda del Batallón 17 a su más poderosa agrupación creada hasta ese momento. Desde Estrada Palma en dirección a El Caney-Sao Grande-Las Mercedes avanzó un denominado Batallón de Asalto con armas automáticas, que llevaba en la vanguardia tres tanques Sherman medianos, precedidos por la infantería desplegada. Le seguía el Batallón 12 del comandante Pedraja Padrón, con dos tanques ligeros T-17 al frente y en la retaguardia se movía el Batallón 25. En total sumaban 900 hombres.

Detrás y más al este, desde Cerro Pelado en dirección a Cuatro Caminos-Arroyón, avanzó el Batallón 10 del comandante Carrasco Artilles con unos trescientos efectivos. Es decir, el refuerzo contaba con cuatro batallones y cinco tanques y conformaba una agrupación de unos mil doscientos hombres que, sumado al Batallón 17 cercado, elevaba la cifra a cinco batallones con seis tanques. Más de mil quinientos hombres apoyados por la aviación, para enfrentarlos en un terreno donde se combinaban lomas de premontaña, zona llana y de vegetación no boscosa, favorable a la actuación de los tanques, el despliegue de la infantería y una mejor visibilidad por parte de la aviación.

Ahora la lucha sería contra la infantería apoyada por tanques (esquema 21).

Toda la mañana los rebeldes combatieron fuertemente contra el Batallón 17 que intentaba nuevamente salir de Las Mercedes y le destruyeron un T-17. Después de casi cinco horas de combate y ante la envergadura del fuego de la aviación enemiga sobre las posiciones rebeldes, estos se vieron obligados momentáneamente a replegarse, pero volvieron luego a estrechar el cerco.

Al mediodía se entabló combate contra el refuerzo. Las tropas rebeldes en Sao Grande enfrentaron reciamente los tanques y la infantería desplegados. Un cañonazo de un tanque destruyó la trinchera del teniente Cordumí, que hacía fuego con una bazuca al vehículo blindado, lo mató instantáneamente e hirió al capitán Suñol. El personal de ambos oficiales, el del teniente Duque situado al oeste del camino, y el del Vaquerito y Rubén Fonseca al este, cuyas posiciones se hacían insostenibles, se vieron obligados a replegarse hacia la loma de La Herradura.

El enemigo continuó su avance y combatió también contra las fuerzas de Guillermo García, igualmente obligadas a replegarse. Después de casi seis horas de combate, al caer la tarde, una compañía del Batallón de Asalto y los tanques lograron entrar en Las Mercedes; las otras dos compañías y los otros dos batallones ocuparon todo el camino rumbo a Cerro Pelado. En la otra dirección, las fuerzas de Camilo lograron rechazar al Batallón 10 desde las posiciones que ocupaban. El fuego de la aviación contra las posiciones rebeldes se mantuvo constante todo el tiempo, apoyando el avance de los refuerzos.

El 6 de agosto por la mañana las tropas rebeldes que rodeaban Las Mercedes prosiguieron el combate contra el enemigo que allí se encontraba. Al mediodía los dos batallones, con los tres tanques medianos comenzaron a retirarse, apoyados en su superioridad, en el fuego de los otros dos batallones que aseguraban el camino y el de la aviación, a pesar de lo cual fueron perseguidos y hostigados en todo el trayecto de su retirada. Esa misma tarde los rebeldes ocuparon Las Mercedes. En definitiva, la fuerte agrupación enemiga logró abandonar el territorio en dirección hacia Estrada Palma.

En esta acción, conocida como batalla de Las Mercedes, que comprende desde el 31 de julio hasta el 6 de agosto, el

enemigo tuvo un elevado número de bajas entre muertos (24) y heridos, y perdió un tanque ligero T-17. Los rebeldes sufrieron ocho muertos y 17 heridos.

Con esta batalla concluyó la ofensiva de verano del ejército batistiano. Como colofón, su mayor agrupación de tropas sufrió una contundente derrota, a pesar de su enorme superioridad material y a desarrollarse en un terreno que facilitaba el empleo de todas las armas.

Valoración de la tercera etapa

En esta etapa, en general, el enemigo, que anteriormente había perdido su capacidad ofensiva debido a las significativas pérdidas sufridas por las unidades que participaron más activa y directamente en las acciones, luego dirigió sus pasos a tratar de impedir que estas fueran definitivamente aniquiladas, a fin de evitar que la derrota sufrida hasta ese momento se convirtiera en un descalabro de mayores proporciones.

Para ello, las principales unidades que se encontraban en pleno campo de batalla pasaron a la defensa de los territorios alcanzados y al restablecimiento de la capacidad ofensiva perdida. Mientras, el mando superior enviaba fuerzas frescas para relevar o reforzar las que hasta ese momento habían sufrido un duro castigo, con la esperanza de, más adelante, proseguir el desarrollo de la ofensiva. Posteriormente, al tampoco alcanzar estos objetivos y agravarse la situación de las unidades, seriamente amenazadas de una completa destrucción ante los cada vez más audaces y potentes golpes del Ejército Rebelde, el alto mando castrense tomó las medidas pertinentes para evacuar a sus tropas del campo de batalla, sin otra alternativa que renunciar definitivamente a continuar su ya fracasada operación ofensiva.

En cierto sentido, el enemigo logró estos últimos propósitos, aunque sin poder evitar la pérdida total del Batallón 18 y de la Compañía 92, en El Jigüe y Las Vegas, respectivamente. No obstante, parte del resto de las unidades amenazadas también con ser puestas fuera de combate, pudo ser evacuada, como el Batallón 11 en Santo Domingo, el 17 en Las Mercedes y otras unidades.

En cuanto a la forma de actuar en los niveles tácticos inferiores, con contadas excepciones, la mayor parte de sus acciones fueron fundamentalmente defensivas, tanto en los lugares donde habían sido definitivamente detenidas sus unidades, como al moverse estas para retirarse de la zona de operaciones.

Concretamente, las unidades del ejército de la tiranía trataron de mantener con tenacidad las áreas que ocupaban en espera de la llegada de fuerzas frescas con las cuales conservar más tarde los lugares que habían alcanzado y reponer allí sus fuerzas para más tarde retirarse lo más ordenadamente posible.

Tales pretensiones solo fueron logradas a medias pues por la dirección sur, El Jigüe, la derrota fue aplastante y por el nordeste, Santo Domingo, poco faltó para repetir el fatal desenlace del Batallón 18. Por el noroeste, en Las Vegas de Jibacoa y Las Mercedes, el enemigo también sufrió un grave quebranto, al perder las tropas de Las Vegas y casi perder el Batallón 17 en Las Mercedes. Parecía como si el alto mando de la tiranía hubiera presentido que un nuevo descalabro como el de El Jigüe, esta vez del Batallón 17, podía significar la irremediable caída del régimen.

Un aspecto importante a destacar fue el progresivo deterioro físico y moral de las fuerzas enemigas a causa de las bajas que continuamente se producían en sus filas, como consecuencia del constante hostigamiento rebelde, los repetidos golpes y emboscadas y el agotamiento de sus reservas materiales, en primer lugar de los cercados.

Un elemento de influencia en el deterioro moral señalado y que llegó a propiciar la rendición de los soldados en muchos de los combates realizados en esta etapa, fue la entrega a la Cruz Roja Cubana de prisioneros hechos por el Ejército Rebelde. Las fuerzas de la dictadura, acantonadas en los lugares escogidos para las entregas, se daban cuenta de las falacias que el gobierno propalaba relativas a la falta de principios humanos de los rebeldes, al ver a sus compañeros prisioneros y conocer por ellos el buen trato recibido de los supuestos bandidos rebeldes. Comprobaban además que solamente una fuerza combativa y fuerte era capaz de hacer tal cantidad de prisioneros.

Ello echaba por tierra la propaganda del mando castrense que se esforzaba por presentar inexistentes victorias sobre los

rebeldes. Los soldados sí sabían de muertos y heridos de sus fuerzas y ahora veían una cantidad numerosa de prisioneros en sus filas. Sin embargo, nunca pudieron constatar tal cuadro con combatientes rebeldes que de una u otra forma resultaran bajas y mucho menos prisioneros. La verdad se abría paso y minaba irreversiblemente su moral combativa.

Otra cosa bien diferente ocurrió en las filas del Ejército Rebelde. La etapa representó un nuevo escalón en su fortalecimiento; y su capacidad combativa aumentó a partir del cuantioso armamento capturado al enemigo, sobre todo en Pueblo Nuevo, El Jigüe y Las Vegas, pues ello permitió armar e incorporar a filas a una importante cantidad de nuevos combatientes y también debido a la experiencia combativa que se ganaba. Y es así como, si al comienzo de la ofensiva las fuerzas rebeldes apenas rebasaban los 200 hombres, para mediados de julio sumaban ya unos trescientos ochenta y al culminar la batalla de Las Mercedes, eran cerca de ochocientos hombres bien armados.

Un elemento significativo fue que, pasados los primeros momentos de su detención, cerco o semicerco, las unidades enemigas trataron de mantener un determinado grado de actividad ofensiva que les garantizara la necesaria libertad de movimiento; pero se vieron obligadas a renunciar a tal intento, pues cada vez que se aventuraban a salir de los enclaves donde se encontraban, solo lograban crecientes bajas.

Por otra parte, las unidades enviadas como refuerzo, para intentar apoyar a las desgastadas y cercadas tropas y facilitar así su retirada, llevaban a cabo ataques contra las fuerzas rebeldes que se les enfrentaban, siendo consideradas como acciones ofensivas aisladas.

También fue notable el amplio empleo de la aviación y la artillería por parte del enemigo. Como se ha reseñado, tanto en las acciones de apoyo al Batallón de Los Livianos en El Jigüe, como en el combate de Providencia, durante la batalla de Las Mercedes, las acciones de la región de Arroyón y en El Jobal, la aviación castrense realizó innumerables ataques para apoyar a sus tropas, con la particularidad de que sus efectos prácticos fueron realmente pobres.

Por su parte, la artillería fue empleada mayoritariamente en el apoyo a las unidades que intentaron infructuosamente sacar

del cerco a la Compañía 92 en Las Vegas de Jibacoa y en la retirada de las mismas al no lograr sus propósitos iniciales. No obstante, también sus efectos fueron poco destacables por cuanto, al no existir comunicación con las tropas cercadas ni establecerse observadores –exploración artillera–, se desconocía dónde caían los proyectiles y por tanto no se corregía el tiro.

Al analizar las acciones rebeldes en esta etapa, se destaca cómo, al acercarse el enemigo al territorio considerado como básico para la existencia del Ejército Rebelde, las acciones cambiaban su contenido. De los iniciales hostigamientos y pequeños combates sorpresivos de corta duración y con objetivos limitados, la defensa tenaz de objetivos de gran importancia y las acciones ofensivas, llevadas a cabo con las características propias de la guerra irregular, ganaron en número y frecuencia, entre ellas las emboscadas de aniquilamiento combinadas con el avance sobre las fuerzas enemigas y las acciones de cerco, todo lo cual tipificó la contraofensiva rebelde que logró derrotar la mayor parte de las principales unidades enemigas y finalmente expulsarlas del territorio invadido.

En esta etapa se realizaron las acciones de más envergadura y participó la mayor cantidad de tropas por ambas partes. Se destacan la batalla de El Jigüe, la segunda batalla de Santo Domingo, y los combates de Las Vegas, El Jobal y Las Mercedes.

En cuanto al terreno, a medida que el enemigo se acercaba al bastión rebelde, la topografía se hacía más accidentada, lo que dificultaba el avance. Para la guerrilla este elemento adquiría cada vez mayor importancia por cuanto favorecía la organización de la defensa por puntos de resistencia en posiciones de difícil acceso y permitía el establecimiento de cercos efectivos. Asimismo, el uso de las minas constituyó un factor primordial en las emboscadas que se organizaban.

Durante la persecución del enemigo, las fuerzas rebeldes se vieron precisadas a abandonar las montañas para atacar a las fuerzas batistianas que huían en un terreno relativamente llano si se comparaba con los elevados picos donde, hasta hacía poco, se había combatido. Las acciones en El Jobal, Cuatro Caminos, Las Mercedes, Estrella Bello y otros lugares de la región, prácticamente no ofrecían obstáculos naturales

en que los rebeldes pudieran apoyarse dada su permanente inferioridad en número y armamento, pero permitía, que por el contrario, las acciones enemigas eran con gran empleo de los tanques, la artillería y la aviación. Esto influyó apreciablemente en que, a pesar del ímpetu combativo de las fuerzas rebeldes y de la desmoralización de las tropas de la tiranía, estas logran retirarse del territorio e impedir que se les causara un daño aún mayor.

De todas formas, las nuevas experiencias combativas, extraídas de la lucha en el llano, fueron puestas en práctica más tarde, cuando la ofensiva final rebelde desbordó las montañas y se extendió a otros territorios.

Como conclusión, en esta etapa se destaca:

Por parte del enemigo:

- El fin de la fase ofensiva, el paso a la defensa, y luego de las graves pérdidas sufridas, la ulterior retirada para evitar el total aniquilamiento de las unidades cercadas o en vías de serlo.

Por parte del Ejército Rebelde:

- La culminación de la fase defensiva y el comienzo de la contraofensiva que finalmente logró asestar la derrota completa al enemigo.

En definitiva, en esta etapa se produjo la culminación de la derrota de la poderosa agrupación batistiana, que con tanto celo había preparado la tiranía y que comenzó desde el instante mismo en que sus tropas iniciaron sus movimientos para acercarse al bastión rebelde.

Capítulo 5

Consideraciones finales. Análisis y definiciones. Conclusiones y experiencias

Consideraciones finales

El estudio de la ofensiva de verano del ejército de Batista en 1958 y de las acciones desarrolladas por el Ejército Rebelde, defensivas primero y ofensivas después, constituye una valiosa fuente que nos brinda ricas experiencias para el perfeccionamiento del arte militar cubano en las condiciones de hoy.

Estas consideraciones finales pretenden presentar de forma sintetizada los elementos principales que caracterizaron el actuar de ambos contendientes y los resultados prácticos obtenidos en cada caso, así como la correspondiente valoración que permita identificar los errores y aciertos de cada parte. Solo así es posible poner al desnudo las causas de cada victoria o derrota y obtener las enseñanzas que, aplicadas dialécticamente a las condiciones de hoy, contribuyan a fortalecer nuestra teoría defensiva.

Como es de suponer, para ello ha sido necesario abordar multifacéticamente los hechos ocurridos, desde diferentes ángulos, según sean los fines que se pretendan alcanzar. La intención sigue siendo la misma: *dar justo y adecuado empleo a parte de nuestra rica historia combativa en función del perfeccionamiento de nuestro sistema defensivo.*

I. Diferentes etapas en la actuación de ambos bandos contendientes. Esta característica se observa claramente al detallar la evolución de los hechos.

El ejército regular comenzó la operación con el avance hacia la Sierra Maestra y un determinado grado de ímpetu ofensivo. Más tarde, como consecuencia de las acciones rebeldes, su capacidad ofensiva se fue debilitando hasta perder toda posibilidad ulterior y verse obligado a pasar a la defensa para, finalmente, llevar a efecto una apresurada retirada de todas sus tropas luego de sufrir cuantiosas bajas, haber perdido parte, o completamente, algunas de sus unidades en cercos o en mortíferas emboscadas y proyectarse sobre ellos la posibilidad de sufrir una derrota aún mayor.

Del lado del Ejército Rebelde también pueden apreciarse momentos diferentes que marcaron su proceder. Al principio, la mayor parte de las acciones realizadas tenían como fin hostigar constantemente a las columnas enemigas en movimiento. Después, a medida que las fuerzas del ejército se aproximaban a los accesos de los territorios bajo el control de la guerrilla, las acciones rebeldes se hacían más pertinaces en cuanto a la resistencia a oponer al avance enemigo y, por último, correspondientemente con la disminución de la capacidad de ataque del adversario y su debilitamiento general, aumentaron las acciones ofensivas, incluida la persecución, cuando se iniciaba la retirada del contrario.

Visto esto así, es posible considerar que, para enfrentar la operación ofensiva llevada a cabo por el ejército de la tiranía, el Ejército Rebelde realizó una *operación estratégica defensiva* que culminó en una *contraofensiva*. Tal clasificación puede argumentarse por:

- *La importancia del territorio que defendía el Ejército Rebelde.*
- *En las acciones, por parte del Ejército Rebelde participó una agrupación estratégica.*
- *Las acciones que se avecinaban tendrían un enorme alcance para los fines del movimiento insurreccional.*
- *El triunfo de las armas rebeldes tuvo una decisiva significación a los efectos de la guerra.*

- En el contenido de este importante período de la guerra se *destacan varias batallas y numerosos combates*, como es característico en las operaciones de nivel estratégico.
- Las acciones desarrolladas por el Ejército Rebelde en la última etapa de estos enfrentamientos se tipifican claramente como una *contraofensiva*, partiendo de la definición aceptada como categoría de la guerra y así recogida en la mayor parte de los tratados militares existentes, considerada como el paso al ataque por toda la agrupación que hasta un momento dado se defendía, contra un enemigo que inicialmente atacaba y que debilitado ya a un grado tal, que pierde sus posibilidades de ofensiva, es obligado a defenderse con el empleo del propio orden combativo que anteriormente tenía. Es decir, el que se defendía, ahora ataca y viceversa.

No obstante, es necesario aclarar que la *contraofensiva* rebelde tuvo sus características peculiares, por cuanto su desarrollo no correspondió a las peculiaridades que este fenómeno presenta en la guerra regular. *Esta fue una contraofensiva fuertemente impregnada por métodos irregulares de combatir que, estratégicamente hablando, fue el procedimiento principal desarrollado por el Ejército Rebelde a través de toda la guerra de liberación.*

II. Apreciación estatégica. Al apreciar la capacidad propia para la dirección de la guerra, la cúpula dirigente de la tiranía cometió un doble error. Si por un lado, estimó exageradamente sus propias posibilidades y le atribuyó una importancia sobredimensionada a su armamento, a la preparación de sus oficiales y de sus tropas en general, por otro lado subestimó las posibilidades del mando y en definitiva del Ejército Rebelde en su conjunto.

En consecuencia, aunque las decisiones del más alto nivel se preparaban y tomaban por la máxima jerarquía castrense, estrechamente asesorada por experimentados oficiales norteamericanos, los resultados obtenidos les fueron adversos.

Con ello se corresponde la falsa apreciación hecha por el alto mando político militar de la tiranía, al evaluar que, debido a la fallida

huelga de abril, el Ejército Rebelde había sido sensiblemente afectado de igual forma que el movimiento revolucionario urbano. Tal razonamiento los llevó a concluir que ese era el momento preciso para iniciar una ofensiva a fondo, capaz de derrotarlo y quizás haya sido el motivo de acelerar la puesta en práctica del Plan F-F que ya se preparaba.

Sin embargo, el mando rebelde sí evaluó justamente la ofensiva en ciernes y sobre todo, lo que podría significar para cada adversario en dependencia de los resultados finales.

Así se apreció acertadamente que este sería el postrer esfuerzo de la tiranía contra el Ejército Rebelde, y por tanto era de esperar el empleo de la mayor parte de las fuerzas de que disponían para intentar aniquilar al movimiento guerrillero. También se evaluó con certeza que, para el Ejército Rebelde, sería decisiva la batalla, por cuanto si resultaba derrotado, aunque no significaría su aniquilamiento, “[...] la lucha se habría prolongado bastante[...]”.²⁷ Mientras que de lograrse la victoria, el triunfo final del movimiento revolucionario se pondría, prácticamente al alcance de las manos.

Esta apreciación conformó la decisión tomada por el alto mando revolucionario de concentrar la mayor cantidad de fuerzas posibles para ser empleadas en la defensa del territorio considerado clave, y estructurar por un sistema defensivo capaz de enfrentar con posibilidades reales de victoria a un enemigo varias veces superior.

En cuanto a los fines de la operación concebida por cada bando contendiente se destacó, de una parte, la subjetividad del ejército de la tiranía, mientras que en el campo rebelde se manifestó una correcta determinación de los objetivos que era necesario alcanzar en cada momento, según las condiciones imperantes.

También se inscribe en este punto de la apreciación estratégica, la *certera determinación* por parte del alto mando rebelde, del momento en que *comenzó a flaquear la ofensiva enemiga*. Ello posibilitó elaborar las contramedidas precisas

²⁷ Fidel Castro Ruz: Discurso pronunciado en el acto central por el XV aniversario de la Ley de Reforma Agraria, ob. cit., p. 20, subrayado del autor.

que permitieron el paso a la contraofensiva rebelde. Al respecto, el Comandante en Jefe decía al Che: “[...] el ejército está obligado a un gran esfuerzo en un momento en que luce estarse agotando [...]”.²⁸ Este mensaje enviado el día que se señala como comienzo de la batalla de El Jigüe –11 de julio de 1958–, corrobora como correcta la apreciación de que el combate de Pueblo Nuevo había representado el inicio del *viraje* en el curso de la ofensiva y que la decisiva batalla que estaba por comenzar en El Jigüe podía significar, como en efecto lo fue, “[...] un viraje total en la ofensiva”.²⁹

III. Planificación de las acciones. El mecanismo burocrático empleado por el ejército regular para planificar y preparar las operaciones se convirtió en una traba en buena medida causante de sus pocos éxitos. Un ejemplo de ello son los planes R (R1, R2, R3 y R4), sucesivamente caducos y necesariamente sustituidos, prácticamente al comienzo mismo de su puesta en ejecución, sin haber logrado ningún objetivo.

Lo anterior está dado, porque al recibirse información en el puesto de mando de la zona de operaciones de la posible ubicación de determinadas agrupaciones guerrilleras, comenzaba un proceso de elaboración de proposiciones para llevar a cabo acciones contra ellas para después enviarlas al alto mando. Se iniciaba así un tránsito engorroso de datos y planes que debían llegar hasta La Habana para, una vez hechas las modificaciones pertinentes, ser aprobadas y retornar en forma de órdenes a los ejecutores, a través de los diferentes escalones de mando hasta los batallones. Este mecanismo demoraba días e incluso semanas, tiempo suficiente para que la agrupación guerrillera detectada inicialmente, se moviera a otra región, distante quizás decenas de kilómetros.

Otra era la situación del Ejército Rebelde. Por necesidades objetivas ya explicadas, el mando supremo político y militar del movimiento revolucionario se había fusionado, recayendo la

²⁸ Fidel Castro Ruz: Mensaje al Che, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t. 13, p. 61, subrayado del autor.

²⁹ Fidel Castro Ruz: Entrevista concedida a Gaetano Pagano, de la televisión sueca, revista *Casa de las Américas*, No. 109, La Habana, 1978, pp. 29-30, subrayado del autor.

jefatura en la persona de Fidel Castro. De tal suerte, la máxima instancia para las decisiones en el campo militar correspondía al Comandante en Jefe quien, además, llevaba el peso principal en la propia planificación y organización de las acciones.

Como se comprenderá, la participación personal y directa del máximo jefe rebelde en la planificación de las acciones así como la consulta e intercambio de opiniones con los principales jefes de columnas y otras unidades menores, tuvo como resultado una significativa agilidad y fluidez en el proceso de toma de decisiones y planteamientos de misiones.

IV. Dominio y aplicación de los conceptos tácticos. Métodos empleados en las acciones combativas. La generalidad de los jefes superiores del ejército concebía las acciones combativas según los métodos aprendidos en academias e instituciones militares y muchos de los mandos directos de la tropa actuaban, en la práctica, de forma esquemática. Por ejemplo, señalaron una línea de *partida* y un *avance hacia el oeste* en forma de peine para *empujar a la guerrilla* sin apreciar que la topografía de la Sierra Maestra no permitía tales procedimientos. A ello se agrega, que desconocieron que el guerrillero, como regla, no se aferra a un lugar determinado a no ser obligado por condiciones muy especiales, y emplea la movilidad como una de sus armas principales, para esquivar al enemigo si no le conviene presentar combate o atacarlo cuando lo estime más conveniente.

Tampoco valoraron debidamente que para acercarse y alcanzar determinadas áreas del terreno, favorables para iniciar el asalto a lo que consideraban el bastión rebelde, deberían moverse por un territorio, que si bien no era dominado por la guerrilla, sí era transitado frecuentemente por los destacamentos rebeldes y cuya topografía, que se complicaba en la misma medida en que se acercaba al eje de la Sierra Maestra, permitiría a estos, cada vez con mayor frecuencia, llevar a cabo acciones sorpresivas y de mayor envergadura que contribuirían a desgastar a las tropas del ejército regular. Al parecer, imaginaron el desplazamiento hacia las posiciones de partida asignadas como algo parecido a una marcha administrativa para cumplir sin grandes dificultades la etapa inicial de su ofensiva.

Más tarde, y es justo señalarlo, tales ideas fueron en alguna medida sustituidas por otras, más en correspondencia con la realidad. También algunos jefes de tropas, entre ellos Sánchez Mosquera y Quevedo, sobresalieron por actuar en mayor medida que otros, según los principios del arte militar y las situaciones particulares de cada momento.

Por su parte, el Ejército Rebelde se trazó, como línea general de acción, *hostigar incesantemente y causar bajas al enemigo en los accesos lejanos a las posiciones consideradas básicas, de las que dependía la estabilidad de la defensa, y defender estas últimas con la mayor tenacidad posible cuando el enemigo se acercara a ellas.*

Los objetivos en cada momento fueron:

Primeramente, desgastar y debilitar al contrario, de forma que cuando se acercara al área básica de la guerrilla, no contara con las fuerzas suficientes para asaltarlo, o no se lo permitiera su potencial ofensivo, ahora afectado considerablemente por el constante acoso a que había sido sometido. Más tarde, si a pesar de lo anterior se produjera el ataque, la defensa se llevaría a cabo para impedir que lograra la ocupación de los territorios señalados como básicos para la guerrilla.

El mando rebelde tuvo en cuenta que, al contarse con una inferior correlación, dadas las características del terreno, que aunque accidentado no facilitaba realizar acciones de gran envergadura y prolongadas, y la inexistencia de objetivos que, por su influencia en la estrategia de defensa rebelde, debían mantenerse a toda costa, era conveniente emplear, en primer término, la amplia gama de acciones de hostigamiento, tales como emboscadas cortas y rápidas, tiroteos a todas horas y voladuras de alcantarillas o puentes, la colocación de minas aisladas, la realización de pequeños golpes principalmente nocturnos, el acecho a enemigos aislados que por diversos motivos y ocasionalmente se separaran de la tropa, y los sabotajes de todo tipo en las áreas de vivaques y en las rutas de abastecimiento. La estrategia era no enfrentar directamente al enemigo, sino desarrollar acciones sorpresivas y de alcance limitado.

Más tarde, en la medida en que las fuerzas atacantes se acercaran a la región básica principal, la defensa debía incrementarse, apoyada en el terreno adecuadamente fortificado y

acondicionado con el debido escalonamiento en profundidad para rechazarlo y mantener firmemente las posiciones ocupadas.

El 11 de junio, el Comandante en Jefe envió un mensaje al capitán Lara: “Hay que seguir la táctica de mantener dos líneas, una de vanguardia y otra inmediatamente detrás”.³⁰

La tropa rebelde defendería con toda tenacidad cada pulgada de su territorio, empleando tanto la defensa firme de las posiciones, como las acciones irregulares conocidas, dentro de las que debían adquirir una importancia sobresaliente, las emboscadas de contención y las de aniquilamiento, así como los golpes ofensivos cada vez más frecuentes y potentes. Además, si las condiciones lo permitían, podría intentarse el cerco de algunas de las unidades atacantes.

Un ejemplo claro de esta forma de combatir, empleada con éxito, lo constituyen las acciones desarrolladas en la dirección nordeste, desde que la tropa de Sánchez Mosquera comenzó su movimiento en Buey Arriba hasta los victoriosos combates llevados a cabo en Pueblo Nuevo, Casa de Piedra, El Sobicú y en el propio Santo Domingo.

En correspondencia con estas concepciones, en la primera etapa se emplearon, para el desgaste, las menores cantidades de fuerzas, muy móviles, dotadas preferiblemente con armamento ligero y minas, y se destinaron las más numerosas y pertrechadas con el armamento de mayores posibilidades a la profundidad de la defensa, allí donde se planificaba librar las acciones decisivas.

El alto mando del ejército de Batista tampoco valoró con toda claridad la verdadera significación de la aviación, a la que le atribuyó una exagerada importancia. Los hechos demostraron que en el terreno montañoso las acciones de la aviación pierden efectividad, y mucho más, si como en este caso, no tuvieron en cuenta que parte de aquella aviación, concretamente los bombarderos medianos B-26 y los T-33 reactivos, por sus posibilidades táctico técnicas, no respondían al terreno y a la táctica guerrillera. En conclusiones, la efectividad de esta arma fue más psicológica que de

³⁰ Fidel Castro Ruz: Mensaje al capitán Lara, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t. 12, p. 70, subrayado del autor.

otro tipo, así fue trasmitido por Radio Rebelde luego de concluida la batalla de El Jigüe. “La absoluta ineffectividad de la aviación fue otra de sus amargas experiencias”.³¹

La artillería empleada, ya fuera la de campaña o la de los buques de la Marina de Guerra, tampoco desempeñaron un papel destacado, no solo debido a las señaladas características topográficas del terreno y a la forma de actuar de la guerrilla, sino principalmente a que se hizo un uso limitado de esta arma, y cuando se empleó, fue muy deficiente la dirección del fuego, pues no se tomaron las medidas de aseguramiento correspondientes. En este caso, ya nos hemos referido a la ausencia de los necesarios exploradores –observadores– que cumplieran la imprescindible tarea de corregir el fuego.

Además, desempeñaron un destacado papel, no solo los refugios preparados por los rebeldes, sino también la táctica de aproximarse lo más posible al enemigo, pues limitaba a las fuerzas castrenses en la realización del fuego con tales medios, ante la posibilidad real de que sus propias fuerzas resultaran golpeadas. En El Jigüe este procedimiento fue puesto en práctica con todo éxito, cuando las fuerzas rebeldes recibieron la orden de *pegarse* a las tropas cercadas.

Resta señalar un aspecto de capital importancia. En el dominio de los principios del arte militar, los “estrategas” castrenses demostraron insuficiencias manifiestas, sobre todo en cuanto a cómo dichos principios se materializan en la práctica combativa, concretamente, la *cooperación entre las unidades*.

El estudio de la abundante documentación existente sobre la planificación de la ofensiva batistiana no arroja ningún elemento que se refiera a este importante y decisivo principio del arte militar. Ello fue corroborado por el testimonio de algunos de los jefes de las unidades combativas del ejército, quienes, al señalar la omisión de indicaciones al respecto, la ausencia de comunicación entre dichas unidades y la falta de información a

³¹ Parte trasmitido por Radio Rebelde, después de concluida la batalla de El Jigüe, Sierra Maestra, 24 de julio de 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

tiempo y constante, obligan a pensar que, al planificarse las acciones, no se previeron las formas y los métodos de llevar a cabo la cooperación entre sus unidades.

El resultado fue que ni la estrategia ni la táctica empleada por la tiranía correspondían con las características de su adversario, ni con la topografía del terreno, ni con el resto de las condiciones de la situación. Se planificaba la lucha contra agrupaciones guerrilleras como si se tratara de las unidades regulares que ellos estaban acostumbrados a enfrentar en sus juegos de guerra.

Por su parte, el Ejército Rebelde, fundamentalmente sus principales jefes con el Comandante Fidel Castro a la cabeza, lograron dominar el arte militar en las condiciones de la lucha irregular. Su estrategia y su táctica se correspondieron con las condiciones concretas de la situación. Sus métodos de acción fueron los adecuados en cada momento y los fines a lograr con cada acción no sobrepasaban las posibilidades objetivas. Los jefes de la guerrilla aprendieron pronto a combatir en las difíciles condiciones de la Sierra Maestra, y sobre todo asimilaron con rapidez las experiencias que la vida práctica les brindaba.

Con razón el Comandante en Jefe señaló: “Cada día se evidencia más la superioridad táctica y estratégica de los rebeldes sobre las decadentes y desmoralizadas fuerzas de la tiranía [...]”.³²

V. Elección del lugar apropiado para asestar la derrota al enemigo. Es uno de los elementos principales a tener en cuenta en el proceso de toma de las decisiones.

En la dirección nordeste, el mando rebelde decidió emplear el método de hostigar a la tropa de Sánchez Mosquera en su trayecto desde las Minas de Bueycito hasta Santo Domingo y determinó que el cañón del río Yara, flanqueado por alturas y con numerosos recodos, ofrecía las mejores posibilidades para un contundente golpe. Así fue escogida inicialmente, la zona de Pueblo Nuevo para preparar la demoledora emboscada

³² Fidel Castro Ruz: Parte militar sobre la batalla del Cerro, transmitido por Radio Rebelde, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, subrayado del autor.

llevada a cabo, y más tarde las realizadas en Casa de Piedra y en El Salto.

También en la dirección sur se apreció que la confluencia de los ríos La Plata y Jigüe ofrecía excelentes ventajas para librar el combate contra fuerzas superiores del enemigo, con grandes posibilidades de éxito.

El saber escoger los lugares que ofrecían las mayores posibilidades y lograr atraer hacia ellos con astucia al enemigo para asestarle la derrota, fueron elementos claves que determinaron la victoria en la mayor parte de los principales combates librados.

VI. Eficiencia en el empleo de las fuerzas y los medios.

Este aspecto reviste enorme importancia durante las acciones combativas, sobre todo cuando se debe enfrentar a fuerzas que nos superen numéricamente y por la calidad de su técnica de combate.

Cuando se dispone de tropas, más o menos equivalentes a las del enemigo, será suficiente para crear condiciones favorables a fin de alcanzar la victoria, que se le aprecie correctamente y consecuentemente con ello estructuraremos un dispositivo con los efectivos requeridos.

Es decir que, cuando se cuenta con todo lo necesario, es dable oponer a la *masa* del enemigo, la *masa* de nuestras fuerzas en las cantidades apropiadas, desde luego, observando los principios del arte militar y cumpliendo con las exigencias que demanda el combate para lograr la victoria.

Pero cuando ocurre todo lo contrario y el enemigo nos aventaja significativamente por la cuantía de sus tropas y medios, como ocurrió durante la ofensiva de Batista en el verano de 1958, adquiere un valor decisivo este *principio de la eficiencia*. En este caso se trata de *no enfrentar masa contra masa, sino enfrentar esta con la eficiencia*. Durante las acciones objeto de este estudio, el Ejército Rebelde cumplió oportunamente con ello.

El empleo de este principio está estrechamente ligado a la topografía del terreno y se revela con toda intensidad en las condiciones de la lucha guerrillera porque, como regla, la lucha irregular, por razones obvias, busca como su escenario natural las condiciones complejas de la topografía: montañas, bosques, pantanos, y otros, pues este teatro permite emplear con mayor

eficiencia las generalmente escasas fuerzas. En estas condiciones, un cañón convenientemente situado puede ser suficiente para detener una columna de varios tanques, de la misma forma que dos o tres hombres pueden impedir avanzar a cien.

En uno de sus escritos teóricos sobre la guerra irregular, al referirse a la defensa de determinada posición, el Che dijo: “[...] No se cuenta cuántos soldados atacan, sino cuántos pueden defenderla [...]”.³³

De los tantos ejemplos repetidos durante la lucha contra la ofensiva batistiana, los tres siguientes bastan para corroborar lo anterior:

- El capitán Paz, con escasas fuerzas, convenientemente ubicadas en posiciones ventajosas, rechazó convincentemente en el Alto de la Caridad al Batallón 18 que avanzaba desde la costa.
- En El Jigüe, una reducida fuerza de veinte a treinta combatientes, apoyados en las condiciones favorables del terreno, fue capaz de mantener sólidamente el cerco en torno al Batallón 18, hasta lograr su rendición.
- El comandante Camilo Cienfuegos, con una fuerza relativamente pequeña, adecuadamente ubicada en la loma de El Desayuno en coordinación con las fuerzas del Che, derrotó contundentemente a la Compañía 92 del Batallón 19, que intentaba escapar desde Las Vegas de Jibacoa, a la que se le causó 13 bajas y 98 prisioneros.

Es decir, al ubicar cada arma y cada hombre en el lugar del terreno más conveniente, es posible multiplicar varias veces su potencialidad y enfrentar con éxito a fuerzas superiores.

VII. La maniobra. Muy acertada fue la apreciación del alto mando rebelde para determinar en cada momento cuál era la dirección más importante a la que se debía prestar la atención principal.

Ello permitió maniobrar con las exiguas fuerzas disponibles y mover pequeñas unidades que reforzaran la dirección amenazada

³³ Ernesto Che Guevara: *Escritos y discursos*, “La Guerra de Guerrillas”, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1985, t. 1, p. 47.

o incrementaran en ella la presión sobre el enemigo. Es decir, los esfuerzos se trasladaban precisa y oportunamente de una dirección a otra en dependencia del curso de las acciones y de la correcta apreciación realizada.

De esa forma, la maniobra con las tropas llevadas a cabo por el Ejército Rebelde, fue un brillante ejemplo de cómo emplear las fuerzas y los medios con el máximo de eficiencia posible, sobre todo, teniendo en cuenta la superioridad del enemigo que avanzaba por varias direcciones a la vez, y los reducidos efectivos para enfrentarlo.

En dos palabras: *la maniobra, inteligentemente empleada, suplió la falta de efectivos que de forma permanente acusaban las fuerzas rebeldes.*

Como ejemplo baste mencionar que el 10 de junio el capitán Cuevas combatía entre Las Mercedes y Las Vegas de Jibacoa; el 12 estaba en la desembocadura del río Palma Mocha; el 19 ocupó posiciones en las alturas más al norte; en la noche del 28 reforzó la emboscada en Pueblo Nuevo; el 8 de julio llegó a las posiciones en la emboscada del Roble, al sudeste de Meriño; y el 11 de julio también ocupa posiciones, esta vez al sur de Purialón, donde intervino destacadamente en las exitosas acciones libradas contra los refuerzos enviados desde la playa en auxilio del Batallón 18 cercado en El Jigüe.

En resumen, esta tropa, en cuestión de unos cuarenta días, participó en acciones combativas, todas importantes, en seis escenarios de lucha diferentes y alejados entre sí a distancias considerables, pues solo entre Las Vegas y Palma Mocha hay aproximadamente de treinta a cuarenta kilómetros de difícil ruta.

Esta capacidad de movimiento fue posible por el amplio dominio del terreno, el que permitía utilizar las vías más cortas y rápidas, por la elevada resistencia física de los combatientes, adquirida durante los meses de vida rústica en campaña y por la alta moral combativa que impulsaba a los hombres a sobreponerse a las duras condiciones de esta lucha.

En el campo del ejército regular, en realidad no puede hablarse de una maniobra destacada. Como regla, los movimientos siempre fueron ejecutados por caminos muy conocidos y trillados por todos. Solo en casos excepcionales se seleccionaban rutas nuevas para alcanzar los fines propuestos y no logrados en

el primer intento. En este último caso puede señalarse la actuación del Batallón 18 en la dirección sur, cuando en diversas ocasiones maniobró hábilmente en el terreno para eludir emboscadas tendidas por los rebeldes, así como la salida por varias rutas del Batallón 11 en Santo Domingo, en su apresurada retirada hacia Estrada Palma, vía Providencia.

En resumidas cuentas, también la débil e insuficiente maniobra fue una de las causas de la derrota del ejército regular.

VIII. La sorpresa. Hay que decir que, en el nivel estratégico, la ofensiva de verano batistiana no sorprendió al alto mando rebelde. A fines de abril, el Comandante en Jefe escribió a Faustino Pérez, a la sazón en la ciudad de La Habana, donde cumplía misiones planteadas por la Dirección Nacional del M-26-7: *“Aquí nos preparamos para afrontar en próximas semanas la ofensiva de la dictadura [...]”*.³⁴ Este temprano esclarecimiento de las intenciones del enemigo permitió que fueran tomadas a tiempo las medidas para contrarrestarlo.

Sin embargo, al alto mando batistiano sí le resultó totalmente inesperada la reagrupación estratégica llevada a cabo por el Ejército Rebelde con el fin de concentrar fuerzas en el territorio del Primer Frente, y también una completa sorpresa fue el método que empleó la guerrilla para realizar las acciones combativas. Sobre esto último, el jefe del Estado Mayor General de la Marina de Guerra de Batista, almirante José E. Rodríguez Calderón, en el Plan N, elaborado apresuradamente al final de la ofensiva y firmado el 30 de julio, refirió:

Aprovechando el terreno, el enemigo ha pasado de la guerra de guerrillas a la guerra de posiciones, atrincherándose con un sistema de trincheras escalonadas para varios hombres, sobre todo en los estribos o subidas posibles al FIRME DE LA MAESTRA, minando los caminos habituales, construyendo numerosos refugios antiaéreos.³⁵

³⁴ Fidel Castro Ruz: Carta a Faustino Pérez, Sierra Maestra, 1958, Archivo CEHM, Fondo Fidel Castro Ruz, subrayado del autor.

³⁵ Véase *Che*, p. 106.

En el nivel táctico, solamente en contadas ocasiones el enemigo pudo sorprender a las fuerzas rebeldes. Una de ellas fue cuando, durante las acciones realizadas por el Batallón 18 en la dirección sur, esta unidad tenía por plan desembarcar por Palma Mocha, y debido al mal tiempo se vio obligada a hacerlo en Las Cuevas, con lo que sin proponérselo sorprendió a las fuerzas rebeldes, apostadas en Ocujal y en Palma Mocha donde eran esperados.

Más tarde, el jefe de esa unidad logró eludir la emboscada de Palma Mocha, al actuar de forma imprevista. Sobre esto, el Comandante en Jefe señaló: “[...] Y Quevedo llegó por su camino, llegó al río, hizo lo que no hacía ninguna otra tropa: en vez de seguir el camino de la orilla [...] siguió y pasó entre las dos fuerzas [...] ya en esa ocasión se escapó de una emboscada mortífera”.³⁶

Otro ejemplo de sorpresa táctica lograda por el enemigo fue la intempestiva salida del Batallón 11 cercado en Santo Domingo, en dirección oeste, que cogió desprevenido al mando rebelde. Retiradas las fuerzas de Guillermo y de Sardiñas a unos dos kilómetros al norte de Santo Domingo, quedó una pequeña fuerza en las faldas de El Brazón y aunque se batió heroicamente contra la abrumadora superioridad enemiga, no pudo impedir su avance y perdió la vida un oficial rebelde.

Asimismo, la ocupación sorpresiva de las alturas al oeste de Providencia por fuerzas del Batallón 22 llegadas al lugar para facilitar la retirada del 11, maniobra que no fue detectada por los rebeldes, provocó la muerte del capitán Paz.

Por el contrario, la sorpresa táctica fue ampliamente lograda por las fuerzas rebeldes, fundamentalmente a cuenta de emboscadas, que convenientemente organizadas y casi siempre inesperadas para el ejército de la tiranía, le causaron la mayor parte de las bajas.

Así sucedió con las emboscadas a Sánchez Mosquera durante su traslado de Buey Arriba hasta Santo Domingo; los combates de Pueblo Nuevo, Casa de Piedra y El Salto; las sorpresivas acciones

³⁶ Fidel Castro Ruz: Intervención en el encuentro con jefes y oficiales vanguardias FAR del año 1973, La Habana, 1974, revista *Verde Olivo*, No. 53, 1978, pp.10-11, subrayado del autor.

libradas contra el Batallón 18 en toda la región desde La Plata hasta El Jigüe; la emboscada de Meriño; la de la loma de El Desayuno; el combate de El Jobal y tantas otras acciones, cuyo éxito se debió en gran medida al logro de la sorpresa.

IX. La exploración. Constituyó un elemento de gran importancia. El ejército de la dictadura la empleó con relativa frecuencia mediante la utilización de diversos métodos y medios. Para la exploración aérea empleaba la aviación, principalmente las avionetas, con la dificultad de que ante el fuego antiaéreo de los fusiles rebeldes, estas debían elevarse a alturas que dificultaban la observación y por tanto no permitían determinar con exactitud los objetivos a explorar. También se enviaban de forma repetida exploradores vestidos de civil, con el fin de pasar inadvertidos como pobladores de la región, y aunque en ocasiones lograron algún éxito, la mayor parte de las veces eran descubiertos.

La exploración, durante los movimientos de las columnas, se realizaba con el empleo principalmente de la exploración por el fuego, con el inconveniente de que anunciaba abiertamente la presencia de una unidad del ejército en movimiento por esa ruta, e impedía con ello el enmascaramiento del desplazamiento y por tanto su sorpresa.

Cuando las unidades del ejército se movían a pie, sus efectivos, generalmente, intentaban eludir las misiones de exploración y cuando no les quedaba otra alternativa, los designados como exploradores o puntas de vanguardia trataban de no separarse demasiado del grueso de la tropa y ello conspiraba contra la ejecución de una oportuna y eficaz exploración. Ello se debía a la práctica habitual de la guerrilla, desde el principio de la guerra, de actuar, en primer lugar, contra las vanguardias y sus exploradores, al constituir blancos relativamente fáciles de batir por moverse habitualmente separados del grueso de las fuerzas, con el consecuente efecto psicológico que ocasionaba en toda la tropa la cantidad de bajas entre el personal que cumplía estas misiones.

En el Ejército Rebelde, la exploración también se realizaba con regularidad. Para ello se enviaban exploradores o se situaban observadores en los lugares más convenientes. Además, se

empleó con mucha frecuencia a la población civil, convertida así en un eficiente aliado para el cumplimiento de estas misiones, aunque la información transmitida, como regla, exageraba la cantidad de enemigos y su armamento.

Por un motivo u otro la exploración táctica en el Ejército Rebelde, salvo excepciones, no siempre fue exacta. Por supuesto, no se podía aspirar a más en aquellas condiciones, y por añadidura, muchos de los errores que se cometieron tuvieron resultados fatales. Así sucedió en Providencia. La fuerza rebelde que se movió hacia las alturas al norte de ese punto, no realizó una correcta exploración de las posiciones que debían ser ocupadas, lo que trajo por consecuencia que el capitán Paz y otro combatiente fueran abatidos prácticamente a mansalva, desde la retaguardia cuando llegaban al lugar. Algo parecido le sucedió al capitán Ángel Verdecia cuando, la subida a Minas del Frío, al costo también de su vida.

X. Preparación ingeniera del terreno. Durante el rechazo de la ofensiva de verano una de las cuestiones especialmente analizadas por el Ejército Rebelde fue la construcción de trincheras y refugios. En la mayor parte de los combates librados puede observarse que las posiciones rebeldes, en lo fundamental, contaban con trincheras. En casi todos los itinerarios por donde se movieron las tropas del ejército regular, los lugares escogidos por los rebeldes para presentarles combate se encontraban sembrados de trincheras. Tal fue la situación en la ruta hacia Las Mercedes, donde Verdecia enfrentara desde los primeros momentos el avance de las tropas enemigas.

Días más tarde, cuando los batallones 17 y 19 se movieron hacia Las Vegas de Jibacoa, las tropas de la tiranía encontraron en el camino gran cantidad de pozos de tendido individuales y trincheras que habían sido utilizadas por las fuerzas de Horacio Rodríguez para el hostigamiento contra los atacantes, los que se vieron precisados, para poder proseguir su avance, a rellenar varias zanjas antitanques construidas por los rebeldes en el camino.

Una muestra de la permanente atención que le dedicaba el Ejército Rebelde a esta cuestión la constituyen los innumerables escritos de la época con órdenes para la construcción de

obras ingenieras, entre ellos los del Comandante en Jefe quien siempre dedicó al tema una prioritaria atención. Recién comenzada la operación enemiga, Fidel escribió el siguiente mensaje al capitán Pedro Miret, quien a la sazón había recibido la orden de ocupar posiciones en la desembocadura del río La Plata: “No descanses en la preparación de la defensa. Cuando los tiros y los aviones comienzan, es cuando se sabe el valor de ese trabajo”.³⁷

XI. Empleo de las minas. Si en toda la guerra de liberación se pudo contar con un armamento que desempeñó un importante papel, este fue el hábil empleo de las minas. En la lucha contra la ofensiva de verano, estas desempeñaron un papel destacado. Baste recordar que en Pueblo Nuevo, la explosión de una mina prácticamente destruyó la Compañía N, vanguardia del Batallón 22, e inició el contundente golpe asestado a dicho batallón.

Más tarde sucedió algo parecido en Casa de Piedra, el 29 de junio, donde se le causó un apreciable estrago a la Compañía 97 del Batallón 11, que intentaba salir hacia Providencia con los heridos del día anterior.

Estos dos ejemplos ponen de manifiesto la importancia de las minas en la lucha irregular. A ello le dedicó una especial atención el Comandante en Jefe: “El efecto psicológico de las minas es terrible y siembran el pánico en el enemigo”.³⁸

Y fue tan importante este armamento que llegó a influir, en alguna medida, en la decisión de defender con la mayor tenacidad la zona de La Plata, donde se ubicaban objetivos de gran importancia, entre ellos, los que tenían que ver con las minas. Al respecto el máximo jefe rebelde señaló: “[...] En esta misma casa se encontraba nuestra fábrica de armas, es decir, nuestra fábrica de minas y de granadas [...] De modo que se nos planteó la necesidad de defender el territorio firmemente”.³⁹

³⁷ Fidel Castro Ruz: Mensaje al capitán Pedro Miret, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t.11, p.147, subrayado del autor.

³⁸ Fidel Castro Ruz: Instrucciones al capitán Orlando Lara, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t.10, pp. 87-88, subrayado del autor.

³⁹ Fidel Castro Ruz: Discurso en el acto central por el XV aniversario de la Ley de Reforma Agraria, ob. cit., p. 20.

Es importante destacar que las minas del Ejército Rebelde eran construidas en talleres organizados al efecto. Para ello se empleaba dinamita que por diversas vías se subía a las montañas, pero el peso mayor en el suministro del explosivo lo fue el aprovechamiento de las bombas enemigas que no estallaban. Los rebeldes aprendieron el difícil y riesgoso procedimiento de desactivar las bombas y extraer el explosivo en ellas contenido. Como cuerpo de las minas se empleaba, en primer lugar, los propios cascos de las bombas, así como secciones de cilindros de oxígeno y acetileno. Hay que decir que las fuerzas rebeldes llegaron a dominar la construcción de este eficaz armamento.

XII. El enmascaramiento. El enemigo prácticamente empleó muy poco este aseguramiento combativo. Las unidades castrenses se movían por vías abiertas y, en todo caso, por senderos harto conocidos, donde no existía posibilidad de enmascarar el avance de la tropa. Esta característica los hacía muy vulnerables ya que posibilitaba conocer en la mayoría de las ocasiones la ruta de movimiento que llevaban y permitía a las fuerzas rebeldes adelantarse a sus planes, para actuar contra ellos en los lugares más ventajosos. Mientras, las acciones rebeldes fundamentales se basaban en la emboscada y otras acciones cuya cualidad principal para lograr el triunfo era el logro de la sorpresa. En ella tenía un peso principal el enmascaramiento efectivo de las posiciones elegidas, de forma tal que no pudieran ser descubiertas por el enemigo hasta iniciado el combate.

Sobre la pericia de los miembros del Ejército Rebelde en la práctica de tan importante cuestión existen opiniones de oficiales de la tiranía, como por ejemplo, la del entonces comandante Quevedo. Según él, no pocas unidades castrenses acusaron un determinado grado de desmoralización en sus filas al combatir contra un adversario que les causaba bajas y, sin embargo, no se veía.

XIII. Aseguramiento logístico. Elementos de gran importancia fueron los abastecimientos y el resto de las medidas de aseguramiento logístico tomadas por cada bando. El ejército de la tiranía, en realidad, no confrontaba dificultades apreciables

en este campo. Las unidades que participaban en las operaciones eran completadas con varias normas, tanto de municiones de todo tipo como de provisiones de boca, mientras que en la atención sanitaria cada batallón contaba con un médico, varios enfermeros y los medios necesarios.

No obstante confrontaron algunas dificultades en ese sentido, debido a que las acciones rebeldes obligaron con frecuencia a que la tropa castrense demorara mucho más de lo calculado por sus jefes en vencer una distancia determinada, o como resultado de que una unidad fuera cercada temporal o indefinidamente, situaciones ambas en que se veían obligadas a consumir sus raciones y a gastar las municiones antes de que pudieran ser nuevamente abastecidas. También cuando algún combate se prolongaba, el gasto incontrolado, principalmente de municiones, ocasionaba problemas de abastecimiento. Fuera de esto, la situación del aseguramiento logístico del ejército regular no presentó graves dificultades.

Sin embargo no fue esta la regularidad en el Ejército Rebelde. Como regla, la guerrilla en su período inicial no contó con aparato logístico alguno; durante la ofensiva ya existían elementos incipientes de él, de tal suerte que en la Comandancia General existía una pequeña fábrica de minas y granadas, se había construido el hospital “Mario Muñoz” y también se contaba con una reducida reserva estratégica de proyectiles.

En el orden práctico el abastecimiento de víveres, en lo fundamental, seguía siendo responsabilidad de cada pequeña unidad. Para ello establecía en el área donde hacía su vida de campaña, determinadas relaciones con la población campesina de la cual recibía la ayuda necesaria, principalmente en viandas. Como regla, el Ejército Rebelde siempre pagó cuanto recibió de los campesinos. De forma centralizada y con muy poca frecuencia, el mando superior enviaba algunos abastecimientos, casi siempre consistentes en productos enlatados y, a veces, carne fresca, cuando esporádicamente se sacrificaba alguna res o cuando accidentalmente esta moría.

Tampoco se puede desconocer que antes de la ofensiva se previó salar carne de res. Referido a ello, el Comandante en Jefe envió un mensaje a Celia, donde expresaba: “[...] Gello tiene que ponerse a trabajar inmediatamente. Ante la inminencia de la

ofensiva podríamos instalar la tasajera grande en la planta, cerca de la tienda de Pepe”.⁴⁰ También se trató de crear algunas reservas de azúcar y de sal, estas últimas de producción rústica, que se hacían llegar cargadas en mulos, a veces desde largas distancias. En definitiva, en el momento de la ofensiva, el soldado rebelde aún disponía diariamente de una magra ración.

En cuanto al armamento y las municiones la escasez también era grande. El Comandante en Jefe relató posteriormente, que para enfrentar la ofensiva, contaban con 5 000 proyectiles de todos los calibres para las armas de infantería como toda reserva estratégica. De aquí se desprende la gran importancia que en aquellas condiciones se concedió al enemigo como fuente principal de abastecimiento.

Baste recordar que el jefe rebelde, al referirse al tema después del triunfo de la Revolución señaló que gracias al armamento y al “parque” capturado en Pueblo Nuevo pudo elevarse el potencial de la tropa rebelde; más tarde, con el ocupado en El Jigüe se armaron nuevos combatientes para desarrollar la contraofensiva. Ello permitió realizar nuevas acciones y la continua ocupación de armamento, como en Las Vegas de Jibacoa.

El Comandante en Jefe señaló que al finalizar la ofensiva “[...] le habíamos ocupado 150 000 balas. Y con 800 hombres les invadimos, organizamos las columnas de Camilo y el Che [...]”.⁴¹ Esta aseveración demuestra la gran importancia que en este tipo de lucha reviste considerar al enemigo como una de las principales fuentes de abastecimiento con armas y municiones.

El aseguramiento médico fue otro elemento al cual se le dedicaron importantes esfuerzos. Lo frecuente en la guerrilla era que los combatientes heridos recibieran la primera cura directamente en el lugar por sus compañeros en dependencia de la presencia o no de algún personal con un mínimo de conocimientos necesarios. Posteriormente recibían la atención de algún personal médico o paramédico cercano o eran transportados por sus compañeros hasta el hospital “Mario Muñoz”, donde eran objeto

⁴⁰ Fidel Castro Ruz: Carta a Celia, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t. 11, p. 46.

⁴¹ Fidel Castro Ruz: Intervención en el encuentro con jefes y oficiales vanguardias FAR del año 1973, ob. cit., p. 7, subrayado del autor.

de una atención especializada cualitativamente superior que, en ocasiones, incluía operaciones quirúrgicas de determinado grado de complejidad.

Las reservas de medicamentos de todo tipo eran también muy escasas y la fuente principal de abastecimiento eran los envíos clandestinos desde el *llano*, casi siempre desde las ciudades.

En resumen, los abastecimientos en aquellas condiciones se basaban en: la alimentación, básicamente con los medios producidos por los propios destacamentos rebeldes, así como por la valiosa y decisiva cooperación que brindaba la población civil de la zona; el armamento y las municiones, principalmente con lo que se le arrebató al enemigo, sin desdeñar las pequeñas partidas que el movimiento revolucionario del llano pudiera enviar; los medios de vestuario, generalmente se recibían en cantidades mínimas también de *afuera*, a la vez que las reparaciones se hacían artesanalmente por el propio personal combatiente, del seno del cual surgieron quienes, por conocer los oficios de zapateros, sastres y costureras, en una etapa de desarrollo superior del Ejército Rebelde formaron los primeros talleres especializados. Finalmente los productos médicos de todo tipo, en su casi totalidad debían recibirse por completo de *afuera*, a la vez que se hacía un amplio uso de la medicina tradicional de la época.

En lo relacionado con el aseguramiento logístico, siempre habrá que resaltar la labor de Celia Sánchez Manduley, quien dedicó una parte considerable de sus esfuerzos para resolver múltiples aspectos de este cardinal problema de la vida de la guerrilla.

XIV. La lucha psicológica. Fue otra cuestión de gran importancia desarrollada por el Ejército Rebelde en estas acciones. Diferentes aristas presentó este fenómeno. Por primera vez fueron empleados altoparlantes en Santo Domingo y en El Jigüe, para influir sobre el enemigo mediante alocuciones que lo incitaban al cese de la lucha y contribuían al desenmascaramiento de las mentiras difundidas por el régimen. Igualmente las declaraciones de soldados prisioneros, cartas de familiares, ocupadas a los que resultaban capturados, canciones y otros tipos de transmisiones posibilitaron actuar sobre la *siquis* de los

efectivos castrenses, principalmente cuando se encontraban en situaciones de cerco o semicerco.

Quizás uno de los ejemplos más evidentes de estas actividades de lucha psicológica, lo fue la batalla de El Jigüe. Allí recibieron numerosos mensajes el jefe del batallón, el médico de la unidad y la tropa en general. Además, el alto mando rebelde ordenó la transmisión de todo tipo de mensajes, música, etcétera, lo cual creó un clima tal que propició el contacto personal y la confraternización entre soldados y rebeldes en algunas de las treguas establecidas durante las conversaciones para que se rindieran. Indudablemente ello contribuyó en gran medida a la rendición de la fuerza cercada.

El trato dado a los soldados heridos y prisioneros que caían en manos del Ejército Rebelde, puestos en libertad después de haber recibido una decorosa y humanitaria atención también desempeñó un importante papel psicológico. Ello contrastó con las mentiras que la mayor parte de los jefes del ejército de la dictadura, a todos los niveles, se encargaba ampliamente de difundir entre los mandos subalternos y la tropa, donde presentaban a los miembros del Ejército Rebelde como asesinos, bandidos, individuos faltos de toda ética y moral; en fin, enemigos de Cuba.

La involuntaria propaganda que los soldados liberados se encargaban de difundir entre sus compañeros, luego de convivir determinado tiempo con los guerrilleros, fue un factor psicológico nada despreciable durante toda la guerra de liberación. Como colofón, las entregas a la Cruz Roja Cubana de prisioneros, hechas por el Ejército Rebelde constituyó un arma psicológica importante, que desempeñó un destacado papel en la victoria final lograda.

XV. El mando. En cuanto a esta principal categoría del arte militar analizaremos sus características fundamentales: *flexibilidad, firmeza, iniciativa, ininterrupción e independencia*, vistas en su interrelación y cómo se manifestaban en ambos mandos contendientes.

Del lado rebelde se aprecia claramente la permanente adecuación de los objetivos iniciales planteados a alcanzar y la puntualización constante de las decisiones tomadas. Cada

cambio en una situación combativa dada era rápida y convenientemente evaluado, con la consecuente aplicación inmediata de las medidas correspondientes. Ejemplo de ello lo constituye la batalla de El Jigüe.

Al comienzo de las acciones contra el Batallón 18 enemigo, recién arribado a la zona de El Jigüe, el Comandante en Jefe delineó la forma de actuar para lograr objetivos muy precisos: aislar y asediar a la tropa, con el propósito principal de obligar al mando a enviar refuerzos en su ayuda y concentrar los esfuerzos contra estos para su aniquilamiento o, al menos, para causarles grandes bajas y apoderarse de armas, municiones y pertrechos. Tal forma de combatir fue una constante en el Ejército Rebelde.

Al respecto, Fidel ha señalado:

Por eso la táctica que nosotros empleamos era la táctica de rodearle las posiciones como una provocación [...] Nosotros siempre partíamos de que era inmensamente difícil tomarles las posiciones por asalto porque no teníamos armas suficientes [...] Ellos en movimiento eran muy débiles.⁴²

Sin embargo, durante el transcurso de las acciones, llegó un momento en que se proyectó como posible, además de los objetivos anteriores, fortalecer el cerco y lograr la rendición de la tropa que inicialmente solo actuaba como cebo. Ahora “[...] eran dos operaciones: una contra el Bon, y una contra los refuerzos”.⁴³

En consecuencia, la puntualización de los objetivos finales determinó que el mando rebelde sumara nuevos efectivos a la relativa pequeña fuerza que tenía inmovilizado al enemigo en El Jigüe.

Esta flexibilidad en el mando no se apreció como una característica de la actuación del ejército regular. Los movimientos y acciones las realizaban invariablemente según lo previamente planificado. Como regla, no llevaban a cabo maniobras audaces

⁴² *Ibíd.*, pp.10-11.

⁴³ *Ibíd.*, pp.13-14, subrayado del autor.

y cambios en la dirección de ataque en concordancia con la variación que acusaba la situación durante los combates. Salvo excepciones, el mando resultaba mecánico y falto de iniciativa y decisión.

Ejemplifica lo anterior el avance del Batallón de Los Livianos para tratar de auxiliar al Batallón 18 cercado en El Jigüe, exactamente por el mismo camino donde dos días antes había sido derrotada la Compañía G-4 cuando intentaba cumplir igual misión. En este caso, no fueron capaces de buscar alternativas que les permitieran obviar los obstáculos conocidos de antemano.

Con relación a los refuerzos enviados en ayuda del Batallón 18 y en específico en lo referente a la Compañía G-4, el Comandante en Jefe señaló: “Se esperaba un ataque en regla, y no el envío de una compañía solitaria, que venía como si estuviera desfilando por el Paseo del Prado. Son cosas absurdas de las que hace el enemigo”.⁴⁴

Y también ocurrió que, cuando un jefe de unidad del propio ejército de la tiranía, como el jefe del Batallón 18 ante la imposibilidad de proseguir el avance por la ruta escogida por su mando superior para llegar a la zona de la cárcel rebelde, ubicada en Puerto Malanga, varió por su propia decisión y escogió un nuevo camino ante la resistencia rebelde, se vio sometido a un proceso judicial superior por el supuesto delito de desobediencia; al respecto dicho jefe diría más tarde que le radicaron formalmente una causa criminal por el delito de desobediencia.

En lo concerniente a los niveles superiores del ejército regular, la ejecución del mando, después del proceso de planificación y una vez comenzadas las acciones, consistía en un determinado nivel de apoyo, principalmente con la aviación y la artillería, y en algunos casos, en el envío limitado de refuerzos, que casi siempre cesaba cuando no lograban sus objetivos en los primeros intentos, como sucedió en la dirección de Santo Domingo y en Las Vegas de Jibacoa. Solamente se apreció cierto grado de voluntad por ayudar a las tropas en peligro, en algunos momentos de la batalla de El Jigüe y, posteriormente, en la de Las Mercedes.

⁴⁴Fidel Castro Ruz: Carta a Paz, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t.13, p.131, subrayado del autor.

En este último caso, quizás tuvo un peso determinante el fantasma del descalabro sufrido en El Jigüe.

Para realizar el mando, el lado castrense, en cierta medida, contaba con un soporte técnico material adecuado. No obstante, los datos recopilados demuestran que se produjo con gran frecuencia la interrupción de las comunicaciones a causa de las adversas condiciones climatológicas que influían negativamente en el estado técnico de los equipos que poseían, así como debido a las condiciones del terreno, que determinaba que, en la mayoría de las ocasiones, los distintos corresponsales de una red dada, se encontraran separados por grandes alturas, ocurría consecuentemente con ello también la interrupción del mando.

Esta última situación se presentó con harta frecuencia en el Batallón 18, el cual durante las acciones en El Jigüe no pudo lograr comunicaciones estables con su retaguardia en La Plata y, por ende, con el mando superior; hasta que algo tardíamente, hizo su aparición la aviación, la que permitió restablecer las comunicaciones perdidas.

Y no solo se trata de dificultades para establecer el necesario enlace con el mando superior con el empleo de los medios técnicos disponibles, sino de que también faltó la organización de las comunicaciones entre las diferentes unidades en ofensiva, para garantizar la coordinación de las acciones. Sobre esto ya nos hemos referido anteriormente y abundaremos algo más en el acápite referido al mantenimiento de un adecuado nivel de información.

Por otra parte, el Ejército Rebelde no contaba con equipos de radio para enlazar la jefatura con los jefes de las unidades. En su lugar el Comandante en Jefe había desarrollado un eficiente sistema de mensajeros, nutrido en su mayor parte con combatientes de gran resistencia física, excelentes conocedores del territorio y de probada lealtad revolucionaria, que las más de las veces a pie y en menor medida con el empleo de caballos –mulos–, llevaban mensajes escritos o verbales a los jefes subordinados, desde la Comandancia General.

Este método, el principal empleado en la tropa rebelde, aún cuando presentaba el inconveniente de que demoraba la llegada de las órdenes e indicaciones a los destinatarios, era bastante

seguro y garantizaba un enlace permanente. Como es de suponer este sistema de mensajeros estaba vedado al ejército de la tiranía, por cuanto era casi imposible concebir que los soldados pudieran trasladarse libremente por aquel territorio sin caer en manos de los rebeldes.

También en muchos casos, cuando las acciones en un escenario determinado eran prolongadas y se producían pausas, los jefes de unidad se trasladaban hasta el lugar desde donde el Comandante en Jefe dirigía el combate, o como ocurrió en muchas de las ocasiones, era el propio jefe rebelde el que se movía hacia esos lugares, para mediante el contacto personal impartir las órdenes pertinentes.

Otro aspecto de importancia en el mando es la independencia. En las condiciones de la guerra irregular, ante un enemigo superior, es vital que las pequeñas unidades cuenten con un grado adecuado de independencia que les permita continuar el cumplimiento de sus misiones aún en las condiciones más adversas, ya sea porque se hayan perdido las comunicaciones con el mando superior o cuando el propio mando de la unidad en cuestión resulte vulnerado.

En el Ejército Rebelde este importante principio tuvo una correcta aplicación, lograda a través de un preciso planteamiento inicial de las misiones a los subordinados y una clara comprensión por estos de los objetivos previstos a alcanzar y de su papel en la idea general concebida, influyendo en ello de forma determinante la actuación personal del Comandante en Jefe.

Desde luego, de gran importancia era dominar los fines de la lucha y las formas y métodos de llevarla a cabo y, junto con ello, desplegar una amplia iniciativa por todos los combatientes para cumplir la tarea a toda costa.

En este último aspecto es aleccionador el ejemplo del combate en Purialón contra el Batallón de Los Livianos. Al caer el jefe rebelde, el capitán Cuevas, un combatiente surgido de la tropa arengó a los hombres, momentáneamente sobrecogidos, y se lanzó al combate, y los arrastró tras sí. Con esto logró reactivar la persecución del enemigo, que recibió un severo estrago. Se trataba de Antonio Sánchez, *Pinares*, que se convertiría más tarde en un destacado jefe.

Algo parecido ocurrió cuando el Vaquerito se dio a conocer como un intrépido combatiente, según hemos narrado en otro momento de este trabajo.

Sin embargo, en las filas del ejército de Batista no era esta la regularidad en el accionar de sus jefes y tropa en general. Lo corriente fue que cuando se perdía el mando el resultado inmediato era la desmoralización de la tropa y ocurrieron episodios como el de la Compañía 92 en Las Vegas de Jibacoa, que en un breve y relampagueante combate se rindió a las fuerzas de Camilo y el Che.

No obstante, también en el campo rebelde se producían situaciones opuestas a las últimas reseñadas. En el combate de El Jobal, al caer el comandante Daniel, la tropa rebelde subordinada quedó desconcertada y no supo sobreponerse con prontitud al trágico golpe recibido; ello ocasionó que el enemigo pudiera restablecerse de la sorpresiva emboscada donde había caído y lograra continuar su retirada sin mayores dificultades.

A pesar de esto último, los ejemplos de Pinares y del Vaquerito constituyeron la regla en la actuación de los combatientes rebeldes, fue sin lugar a dudas esta característica uno de los fundamentos sobre los que se cimentó la victoria del Ejército Rebelde.

En este aspecto del mando es imposible dejar de abordar una cuestión de gran importancia. El análisis de toda la información acopiada ha puesto de manifiesto que algunos de los principales jefes rebeldes, entre los que sobresalían con toda nitidez, los comandantes Ernesto Che Guevara, Juan Almeida, Camilo Cienfuegos y Ramiro Valdés, que se nucleaban alrededor del Comandante en Jefe, conformaron una especie de jefatura o grupo dirigente superior.

Ello se deduce de la forma en que el máximo jefe rebelde los mantenía informados permanentemente de todo lo que sucedía en las diferentes zonas donde se combatía, de las órdenes que al respecto se enviaban y de las disposiciones e indicaciones transmitidas por su conducto a otros jefes de menor nivel.

También en cierto grado, el Comandante en Jefe trataba de preservar la integridad física de los componentes de este grupo, quizás, para prever que en caso de que él mismo o alguno de ellos pudiera caer en alguna acción, siempre quedara garantizada, a su máximo nivel, la dirección posterior de la lucha. Y aunque

ello no significaba que se les vedara oficialmente la participación personal en las acciones combativas, sí se percibía tal intención, y hubo momentos, aunque antes de la realización de la ofensiva, en que sí se obró terminantemente en este asunto.

Al respecto recordemos que, en ocasión del segundo combate de Pino del Agua, el 16 de febrero de 1958, el Comandante rebelde envió un mensaje al Che: “Te recomiendo, muy seriamente, que tengas cuidado. Por orden terminante, no asumas posición de combatiente. Encárgate de dirigir bien a la gente que es lo indispensable en este momento”.⁴⁵

Los miembros de este grupo, como regla, se ubicaban en determinadas regiones donde era relativamente fácil su localización. Así, el Che se mantenía en los alrededores de Minas del Frío, Almeida estuvo parte del tiempo situado en zonas cercanas al Alto del Naranjo y se le vio en numerosas ocasiones en compañía del máximo jefe rebelde, Camilo dirigió por varios días el funcionamiento de la propia Comandancia de La Plata y fue relevado en un momento dado por Ramiro Valdés.

Estos cuatro jefes gozaban de cierta independencia, mediante la cual mantenían a sus propias fuerzas subordinadas realizando acciones combativas, aunque bajo una idea y plan únicos. Además, cumplieron diversas misiones, posiblemente en calidad de *representantes del Comandante en Jefe* en una determinada región.

Es decir, esta suerte de comandancia estaba integrada por los jefes antes mencionados, dentro de los cuales resaltan en un primer plano, al Che y Almeida, y sobre todo el comandante Guevara; encabezada por el Comandante Fidel Castro, tenía la peculiaridad de que no se encontraba unificada al estilo de los estados mayores que hoy conocemos. Sus integrantes, posiblemente como parte de la propia táctica de preservación, se encontraban en diferentes lugares; pero contactaban con el jefe máximo periódicamente.

Finalmente, podemos decir, que el mando rebelde *en la Sierra Maestra, en esta época* recaía en este grupo dirigente, cuyo

⁴⁵ Fidel Castro Ruz: Mensaje al Che, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t. 9, p. 86, subrayado del autor.

jefe superior era el Comandante Fidel Castro lo cual garantizaba el mando único. Nos referimos con toda intención a la *Sierra Maestra* y a *esta época*, porque independientemente de no haber recibido de forma explícita, juicio u opinión, de los numerosos compañeros actores de aquella epopeya que fueron entrevistados, en cuanto a quién era el segundo al mando del Ejército Rebelde, hemos apreciado una suerte de consenso sobre el hecho de que tal responsabilidad recaía sobre el comandante Raúl Castro Ruz, quien en aquellos momentos dirigía el rechazo de otra operación ofensiva del enemigo en la llamada Sierra del Cristal.

XVI. Mantenimiento de un nivel de información adecuado.

Este aspecto desempeña un importante papel en las acciones combativas entre los diferentes jefes de las unidades actuantes, sobre la situación existente en todo el territorio donde se combate.

Dicha práctica era un hecho habitual en el Ejército Rebelde. La profusa documentación que hoy se archiva en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, en forma de partes e informes cursados, principalmente entre el Comandante en Jefe y los jefes de columnas y pelotones, y en ocasiones hasta de escuadras, da buena fe de ello. Son innumerables los escritos dirigidos al Che, a Almeida, a Ramiro, a Miret, a Paz, a Daniel, a Cuevas, a Guillermo, y a otros muchos jefes más a quienes el Comandante ponía al corriente de situaciones que en ese momento no tenían relación directa con ellos, pero que sí podían influir en sus acciones futuras.

Esta particularidad del mando rebelde contribuyó decisivamente a lograr en cada uno de ellos una apreciación objetiva y de conjunto de la situación general, y favoreció prepararlos en todos los sentidos para actuar con rapidez, en cualquier circunstancia que se presentara.

Por el contrario, en el ejército de la dictadura esta no era práctica habitual. El alto mando de la zona de operaciones ocultaba con toda intención a los diferentes jefes de batallones los resultados que se obtenían en escenarios ajenos al suyo. Sobre todo era más férrea esta especie de censura para tratar de ocultar los descabros y las bajas que en un momento dado sufrían las unidades. Así ocurrió con el Batallón 18 en El Jigüe, cuyo jefe,

lejos de estar informado de lo que realmente acontecía con la Compañía G-4 y con el Batallón de Los Livianos, en su fracasado intento de llegar hasta ellos, recibía información falsa instándolos a que resistieran, en espera de un refuerzo que supuestamente se acercaba y estaba por llegar a sus posiciones.

Con la tropa era peor, pues se le mantenía en total desconocimiento de lo que sucedía en otros lugares y permanecía sumida en una atmósfera de inexistentes éxitos para evitar que los continuos y reales reveses pudieran provocar la debacle en su ya deteriorada moral combativa.

El propio jefe del Batallón 18, Quevedo, diría después que la verdad era que no tenían información oficial alguna, cosa que no solo les extrañaba, sino que les sorprendía, pues era lógico que se les mantuviera informados de la situación general, aunque a grandes rasgos fuera, porque todo ello debía servir de base a sus planes y decisiones.

Según este jefe, como regla, ninguno de los jefes de las medianas unidades combativas del enemigo, batallones y compañías, conoció los acontecimientos sucedidos en los territorios en que operaban las diferentes unidades del ejército y, solo de forma muy general, antes del inicio de la ofensiva, se les había informado las direcciones por las cuales avanzarían las tropas castrenses, aparte de la misión propia.

Entre otros factores, es posible que este desconocimiento haya influido en la falta de actividad y decisión del Batallón 19 cuando se mantuvo inactivo por cinco días, luego de alcanzar la posición de Meriño, ya que desconocía que a pocos kilómetros hacia el este operaba el Batallón 18. Esta situación se repitió más tarde con esta última unidad, la que también se mantuvo con relativa poca actividad en el propio Jigüe, después de ser rechazada el 5 de julio en El Naranjal, y sin saber que los batallones de Sánchez Mosquera se encontraban a pocos kilómetros por la dirección norte y que el 19 de Suárez Fowler había llegado hasta Meriño por el oeste.

Los jefes de ambos batallones 18 y 19 extremaron las precauciones para evitar mayores bajas a causa de lo inhóspito del territorio por donde se movían y las repetidas emboscadas y hostigamientos constantes por parte de un enemigo escasamente

visible; pero no caben dudas de que la falta de información sobre la situación de sus vecinos aumentó su incertidumbre y los volvió más conservadores. En consecuencia, decidieron no adentrarse por peligrosos territorios, casi siempre desconocidos para ellos y dominados por los rebeldes y prefirieron mantenerse en los lugares alcanzados para, o retirarse rápidamente como hiciera el Batallón 19, o esperar infructuosamente la llegada de nuevos refuerzos, como ocurrió con el Batallón 18.

De cualquier manera, el desconocimiento de la situación en el resto de los frentes no permitió a los jefes de las unidades enemigas, si es que en algún momento durante la planificación de las acciones se organizó la cooperación, establecer una acción coordinada en el campo de batalla, principio esencial que al no ponerse de manifiesto, contribuyó en buena medida a la derrota del ejército de la tiranía.

Como si fuera poco, a esta desinformación se sumó el empleo del engaño, la falta de ética y el individualismo. Por ejemplo, todo indica que Sánchez Mosquera no alertó debidamente al recién llegado Batallón 22, de la presencia de fuerzas rebeldes en los alrededores de Pueblo Nuevo, hacia donde fue enviada la unidad, con los negativos resultados que obtuvo, sobre todo, si el breve encuentro ocurrido en aquel lugar el 24 de junio entre fuerzas del Batallón 11 y un grupo de rebeldes, confirmaba la existencia de actividad guerrillera en la zona.

Para mistificar la realidad de lo que ocurría en la Sierra, también es ampliamente conocido cómo después de cada resultado adverso, con honrosas excepciones, los jefes de las tropas gubernamentales ordenaban la captura y asesinato de indefensos campesinos, a los que presentaban como guerrilleros muertos en combate. Mera repetición esta, de la deleznable práctica iniciada en el Moncada, cuando el tirano ordenara presentar 10 asaltantes muertos, en realidad asesinados después de ser hechos prisioneros, por cada soldado caído en combate.

XVII. El factor político moral. La parte castrense sustentaba el factor político moral en concepciones burguesas divorciadas totalmente de los intereses de las masas trabajadoras del país. Defendían un régimen de explotación que garantizaba el dominio del capital extranjero y de la burguesía nacional. Ello acarrió

un cada vez mayor aislamiento del pueblo del que no podían recibir apoyo alguno. Por el contrario, el Ejército Rebelde encarnaba las más nobles aspiraciones de las masas populares. Convertido en su brazo armado, existía por el pueblo y para el pueblo y, por supuesto, cada vez más era apoyado por él.

La tropa del ejército regular al no poseer elevadas y dignas motivaciones, su pobre moral de lucha no le permitía combatir con total valentía y decisión. Solo lo hacía con un determinado grado de firmeza mientras los obstáculos no resultaran excepcionalmente amenazadores, situación ante la cual hacían su aparición la indecisión, la inseguridad y la pasividad. En tales condiciones proliferaban con rapidez la desorganización y el pánico hasta la derrota de la tropa.

Lo contrario sucedía con el Ejército Rebelde cuyos miembros enfrentaban con toda firmeza los rigores que la misma guerra imponía y se lanzaban al combate con el heroísmo de los que se saben defensores de una causa justa.

Desde el más sencillo combatiente hasta los más altos jefes estaban animados de una elevadísima voluntad y decisión de lucha que los impulsaba a cumplir a toda costa cualquier misión, en la seguridad de que el resultado de la acción emprendida influiría positiva y directamente, de una forma u otra, en la lucha contra la tiranía. Ello estimulaba la búsqueda constante de nuevas formas y vías para dar cabal cumplimiento a la tarea asignada, por encima de las dificultades que se presentaran y por considerables que pudieran ser.

Además, si en el ejército regular los jefes integraban un estamento superior bien diferenciado con relación a las clases y soldados, en primer lugar por los intereses que movía a cada cual para participar en la contienda, en el Ejército Rebelde otra era la situación. Todos sus miembros se habían incorporado a la lucha por un objetivo común: combatir al régimen que oprimía al país. Todos defendían la misma causa, la del pueblo explotado. Además, profesaban los mismos ideales: los revolucionarios. Esto permitía que las órdenes impartidas por los jefes se cumplieran con plena comprensión de los fines perseguidos, y que todos hicieran el máximo por alcanzar la victoria sin escatimar sacrificios.

La única diferencia que había entre los jefes y subordinados rebeldes estaba dictada por los méritos adquiridos en el fragor

de la lucha. No existían escalafones predeterminados. Los más abnegados y que más se destacaran en el dominio del combate ocupaban los cargos de jefes a los diferentes niveles. Existía una sólida camaradería y hermandad entre los jefes y la tropa, basadas en los principios revolucionarios.

Partiendo de lo anterior se comprende la importancia de quebrar la, ya de por sí débil, moral combativa de las unidades del ejército, a la vez que desgastarlas física y materialmente.

En El Jigüe, el Comandante en Jefe apreció el valor de esta combinación de factores. Así lo señaló, en mensaje enviado al Che, durante la propia batalla: “Yo estoy calculando que esta tropa hará algunos intentos por escapar. Cuando sea rechazada por dos o tres partes quedará destruida moralmente y fácil de aniquilar [...]”.⁴⁶

Después del triunfo de la Revolución, en la entrevista a Gaetano Pagano, recalca la importancia de lograr primero un desgaste general del enemigo, cuando recordaba como el Batallón 18 había sufrido un fuerte quebrantamiento físico en los últimos días del cerco, en que “[...] estaban ya sin agua, sin comida y tenían muchas bajas [...]”.⁴⁷

La importancia del factor político moral se puso de manifiesto prácticamente en todas las acciones libradas. Pocos ejemplos tan aleccionadores como el encuentro del 29 de julio en la loma conocida como de El Desayuno, a la salida de Las Vegas de Jibacoa. Allí la tropa de Camilo Cienfuegos derrotó en una escasa hora de combate a la Compañía 92 del Batallón 19 cercada en el pueblo, la cual intentó escapar, y sufrió 13 bajas entre muertos y heridos, además de 98 efectivos prisioneros. En síntesis, una unidad con más de cien hombres bien armados y pertrechados, así como apoyados por blindados y la aviación, quedó liquidada completamente sin apenas oponer resistencia, en un breve espacio de tiempo, por un contrario numéricamente inferior.

Tal éxito fue resultado no solo de la maestría combativa desplegada por la fuerza rebelde, sino también por el *intenso desgaste físico y moral* al cual fue sometido previamente, al igual que

⁴⁶ Fidel Castro Ruz: Mensaje enviado al Che, Sierra Maestra, 1958, Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t.13, p. 62, subrayado del autor.

⁴⁷ Fidel Castro Ruz: Entrevista a Gaetano Pagano, ob. cit., pp. 29-30.

ocurrió en El Jigüe con el Batallón 18, *lo que resquebrajó sensiblemente su capacidad combativa*, y creó las condiciones para su posterior derrota total, en el lugar idóneo, en el momento oportuno y con el empleo de los procedimientos adecuados de lucha.

XVIII. Presencia de los jefes en las regiones de las acciones combativas. Este factor constituyó un elemento de gran peso en las victorias obtenidas por el Ejército Rebelde.

En la casi totalidad de los principales combates, el Comandante en Jefe dirigió personalmente las acciones en el propio campo de batalla. Durante la primera batalla de Santo Domingo se ubicó en un punto cercano a la loma de El Sobicú. En El Jigüe se encontraba inicialmente en el Alto de Caguara y más tarde su presencia sorpresiva y temeraria dentro del campamento enemigo cercado, en la noche del 20 de julio, precipitó la rendición de la fuerza enemiga en las primeras horas de la madrugada siguiente. Asimismo, el máximo jefe rebelde estuvo presente en la segunda batalla de Santo Domingo en un punto cercano a Casa de Piedra desde donde impartió instrucciones. Más tarde, se desplazó, al frente de un poderoso contingente de tropas, hacia la región de Arroyón, y desde allí dirigió las últimas acciones libradas en esta etapa de la guerra, incluyendo la batalla de Las Mercedes.

Tal cualidad del alto mando rebelde también se hizo extensiva a los niveles inferiores. Así, los jefes de columnas, pelotones, escuadras o, simplemente, de grupos de guerrilleros, dirigían las acciones pero también participaban directamente en ellas como un combatiente más.

El ejército de Batista no podía exhibir nada parecido. No era posible que sus jefes, generales sin batallas, con grados adquiridos en su mayor parte en pago a su lealtad hacia el régimen, pudieran elaborar y controlar de forma efectiva los planes de las acciones desde oficinas distantes a cientos de kilómetros del campo de batalla.

Desde luego, ninguno de los principales jefes de los mandos superiores de las tropas castrenses hacía acto de presencia en la región de las acciones. Cuando más, alguno de menor nivel y excepcionalmente, realizó rápidas visitas a alguna unidad con más cariz propagandístico que profesional, siempre a prudencial

distancia del territorio de los combates. La presencia de jefes de los mandos intermedios –del puesto de mando en Bayamo– en el frente también fue limitada, aunque no tanto como los casos anteriores.

Por ejemplo, los días 2 y 3 de julio, el mayor general Cantillo Porras visitó a la tropa en la desembocadura del río La Plata, donde pasó un día bañándose en el río, al igual que el brigadier Iglesias. Desde luego que en esos momentos todavía el Batallón 18 no había sufrido el daño que después recibió al incrementarse las acciones rebeldes; contaba aún con aceptable capacidad y disposición combativa, y todavía se mantenía abierto el camino entre su dispositivo en El Jigüe y la retaguardia de la costa.

Por su parte el coronel Ugalde Carrillo sobrevoló en varias ocasiones la zona de acciones combativas en El Jigüe con el empleo como medio, la avioneta No. 16, la que desde luego, se desplazaba a suficiente altura para evitar posibles dificultades.

Fuera de esos casos, no hemos encontrado evidencia documental que demuestre la presencia regular de jefes superiores del ejército castrense en las regiones donde se combatía.

XIX. Superioridad de los jefes del Ejército Rebelde sobre la oficialidad del ejército regular. Por lo general, la mayoría de los oficiales de línea de la tiranía, tenientes, capitanes y comandantes, con muy contadas excepciones, procedía de escuelas militares del país o del extranjero, donde habían recibido su formación profesional y se exigía un nivel determinado de preparación cultural general para el ingreso.

Por otro lado, aunque una importante vía de la que se nutría el Ejército Rebelde era el estudiantado del país, la mayor parte de los jefes de las unidades guerrilleras eran hombres humildes, obreros y campesinos, que se habían visto obligados a dejar sus estudios en determinados momentos de su vida, casi siempre en niveles bajos de instrucción y cuando más, intermedios, para ingresar en el torrente de jóvenes que cada día se lanzaban a la calle en busca de trabajo para sobrevivir en una sociedad donde, como regla, solo los privilegiados podían acceder a los estudios superiores. Además de ello, con escasísimas excepciones, la casi totalidad de los jefes rebeldes no poseían instrucción militar al ingresar en el Ejército Rebelde.

Es decir, entre los jefes de la guerrilla y los de las unidades del ejército batistiano existía una apreciable diferencia en cuanto al nivel intelectual y el conocimiento teórico militar.

A pesar de tan marcada diferencia, como norma, los éxitos correspondieron a los jefes rebeldes, y las causas objetivas podemos encontrarlas en diversos campos. En primer lugar resalta la enorme importancia que en la lucha armada, sobre todo en la irregular, tiene el conocimiento y dominio del terreno.

Una considerable parte de los jefes de las unidades guerrilleras era de procedencia campesina o, al menos vivía en poblaciones enclavadas en áreas rurales. El resto, que pudiéramos llamar “ciudadinos”, al alzarse pasaban por un período de adaptación a la vida campesina y llegaban a dominar el “saber rural” en la mayor parte de sus manifestaciones. Por tal razón, el oficial rebelde, se desenvolvía en un medio que no le era ajeno.

Conocía cada camino, cada trillo o sendero por donde moverse con mayor rapidez, en un terreno extraordinariamente accidentado, en el cual cada desnivel era su aliado y cada obstáculo, una fortaleza. Dominaba los secretos de la flora, de la cual se servía para enmascararse con efectividad; era capaz de moverse sin dejar huellas y a la vez, de detectar en el terreno el paso de los hombres por indicios imperceptibles para el observador común. Había adquirido una gran resistencia física que le permitía, en un tiempo relativamente corto, salvar considerables distancias; a la vez, su inteligencia, su viveza y sus sentidos se habían aguzado, de acuerdo con el entorno en que vivía, y ello le permitía desenvolverse con relativa facilidad en un medio inhóspito.

Por el contrario, los oficiales de carrera, acostumbrados a la vida de la ciudad, eran prácticamente extraños en la campiña cubana y más aún en la abrupta Sierra. Allí todo les era hostil y solo unos pocos, los más hábiles, comprendían la importancia de adaptarse a las adversas condiciones del lugar y aprovechar las características del terreno, empeño solo logrado a medias y en contadas ocasiones.

Es cierto que los oficiales del ejército regular conocían, en sentido general, los principios del arte militar, aprendidos en las aulas. Esta aparente ventaja sobre el guerrillero no alcanzaba a materializarse en el combate, pues a la preparación militar empírica

alcanzada en la excelente forja de la vida práctica, los jefes guerrilleros unían las capacidades físicas y mentales desarrolladas en el monte, así como las enseñanzas teóricas de algunos de los jefes principales que contaban con un desarrollo cultural general y político superior, y habían accedido, de una u otra forma, a un determinado nivel de conocimientos en el campo del arte militar aunque fuera sin la profundidad y rigor de una escuela profesional militar, entre ellos se encontraban como máximos exponentes el Comandante en Jefe y el comandante Ernesto Che Guevara.

Y finalmente, determinante fue la superior moral combativa del Ejército Rebelde dada por la elevada calidad de los jefes revolucionarios.

No es, por tanto, errado decir, que el ejército de la dictadura de Batista era superior al Ejército Rebelde en la preparación teórico militar general. Lo que no tuvieron en cuenta los militares de academia fue que una cosa es la enseñanza recibida en las aulas y otra los conocimientos que la vida práctica brinda. Y, sobre todo, que la desmoralización de su ejército sería convenientemente aprovechada por los revolucionarios y convertida en principal factor de su triunfo.

En resumen: *A la eficiencia combativa de los jefes castrenses, basada principalmente en el superior desarrollo intelectual y teórico militar, alcanzado en centros de estudios especializados, se enfrentaba con todo éxito, la lograda por los jefes guerrilleros, gracias a la conjugación de importantes factores como:*

- *El dominio del terreno y la adaptación a los hábitos de vida en campaña.*
- *La creación de hábitos y habilidades combativas, extraídas de la vida práctica diaria.*
- *La asimilación de enseñanzas teórico militares impartidas por los jefes más preparados y capaces.*
- *La superior moral de lucha.*

El mayor general Máximo Gómez, en muchos de sus escritos, se refirió a la importancia de los factores anteriormente mencionados en la guerra irregular, pero nada más elocuente, magistral y de gran belleza literaria, que lo expuesto en su trabajo “El viejo Eduá”:

Del acosamiento y la persecución sin descanso, de la matanza sin piedad, de las terribles y constantes privaciones, de todo eso, grande y feroz, resultó otra cosa más poderosa e incontrolable y sublime: la necesidad. Esa es una madre severa, pero buena. España no supo lo que hizo. Nos enseñó a pelear de firme [...] El combatiente amó la montaña, el matorral, la sabana, amó las palmas, el arroyo, la vereda tortuosa para la emboscada; amó la noche oscura, lóbrega para el descanso suyo y para el asalto al descuidado o vigilado fuerte enemigo.

Amó más aún la lluvia que obstruía el paso al enemigo y denunciaba su huella; amó el tronco en que hacía fuego a cubierto, y certero; amó el rifle, idolatró al caballo y al machete. Y cuando tal amor fue comprendido y supo acomodarlo a sus miras y propósitos, entonces el combatiente se sintió gigante y se rió de España. España estaba perdida.⁴⁸

El Ejército Rebelde fue un digno discípulo del invicto General en Jefe del Ejército Mambí, y cuando atesoró y puso en práctica sus enseñanzas, también *el combatiente rebelde se sintió gigante y se rió de Batista. ¡Batista estaba perdido!*

XX. Resultados finales de la ofensiva. Estos demuestran fehacientemente el alcance del descalabro sufrido por el ejército de Batista. El examen de ellos señala que:

- El ejército regular no logró en lo absoluto alcanzar ninguno de los objetivos que se habían propuesto y que como se recordará consistían en: apresar o dar muerte a Fidel Castro, empujar a la guerrilla hacia una región cercana a Cabo Cruz, y una vez logrado ello, aniquilar sus efectivos.
- En su lugar sufrieron cuantiosas bajas y varias de sus principales unidades perdieron su capacidad combativa. En materia de cifras, se le ocasionaron más de mil bajas, contando entre

⁴⁸ Máximo Gómez: *Selección de textos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p.137.

ellas, poco más de ciento cincuenta muertos y más de cuatrocientos prisioneros.

- Además, se vieron obligados a retirarse de un amplio territorio que anteriormente ocupaban.

Pero lo más importante fue la significación que esta derrota tuvo para el ejército en particular y para el régimen en general:

- A partir de la terminación de estos hechos, el ejército, al menos en la antigua provincia oriental, perdió su ímpetu ofensivo y pasó a la defensa.
- La desmoralización de las tropas se extendió a la mayor parte de sus efectivos y la precaria moral combativa que en un momento dado pudieron tener, cayó en vertiginoso descenso.
- Perdieron la iniciativa estratégica, la que no lograron recuperar, y se vieron obligados a enfrentar la extensión de la guerra por todo el país.
- Se aceleró el derrumbe de la tiranía que, apenas cinco meses después, caería bajo los potentes golpes del victorioso Ejército Rebelde.

Al contrario de lo ocurrido con el ejército de la tiranía, el Ejército Rebelde alcanzó con creces las metas trazadas:

- No solo logró mantener en sus manos los territorios que ocupaba y por ende las instalaciones fundamentales en ellos dislocadas, sino que se apoderó de un vasto territorio que hasta entonces era patrimonio exclusivo de las fuerzas del régimen, que se convirtió en territorio libre de Cuba.
- Fueron rechazados los ataques enemigos por las tres direcciones en que se produjeron, al que se le infligió sensibles bajas. Además de las cifras ya expuestas causadas al enemigo, en las filas rebeldes hubo que lamentar la caída en combate de 27 valiosos compañeros y 50 más resultaron heridos. Dentro de los primeros se cuentan, como ya es conocido, al comandante René Ramos Latour, *Daniel*; al capitán Ramón Paz Borroto; al capitán, ascendido póstumamente

a comandante, Andrés Cuevas; al capitán Geonel Rodríguez; al capitán Ángel Verdecia, y a otros muchos combatientes que murieron en lucha frontal contra el enemigo.

- El 18 de agosto de 1958, el Comandante en Jefe informaba detalladamente al pueblo de Cuba por Radio Rebelde,⁴⁸ los resultados finales de aquella magnífica operación, señalaba, entre otros datos, las bajas sufridas por ambos bandos, destacando los nombres de los cinco jefes rebeldes caídos más arriba mencionados. Además, se decía en el propio informe que se habían capturado un total de 507 armas, entre ellas:

- 2 tanquetas T-17
- 2 morteros 81
- 8 morteros 60
- 2 bazucas
- 12 ametralladoras calibre 30
- 21 fusiles ametralladoras Browning
- 142 fusiles Garands
- cerca de doscientas carabinas San Cristóbal
- el resto, de carabinas M1, fusiles Springfield y de otros tipos
- más de cien mil proyectiles de armas de infantería
- cientos de proyectiles de bazuca y morteros
- 20 equipos de radio.

- Con el abundante material de guerra ocupado, se fortalecieron las unidades guerrilleras y se armaron numerosos combatientes escogidos para integrar las nuevas columnas formadas, entre ellas las de Camilo y el Che, que extenderían la guerra a nuevas regiones del país.
- La moral combativa del Ejército Rebelde se elevó significativamente, ganando a la vez prestigio ante el pueblo, con lo que se amplió considerablemente su base de apoyo material y sociopolítica.

⁴⁸ Véase Fidel Castro Ruz: Discurso pronunciado por Radio Rebelde, Sierra Maestra, 1958; *Cubano Libre*, año 1, No. 6, septiembre, documento existente en la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, t. 14, p. 114.

- La vanguardia armada del movimiento revolucionario se apoderó de la iniciativa estratégica, la que ya no perdió más, e impuso, desde ese momento, su voluntad al enemigo que se vio precisado a concentrarse en los cuarteles y pasar a una defensa pasiva.

Las acciones desarrolladas por el Ejército Rebelde durante el rechazo de la ofensiva de verano, representaron una *formidable escuela*, en la cual se perfeccionó la habilidad de la tropa para el combate, sobre todo de los numerosos combatientes que, procedentes de la escuela de Minas del Frío, recibieron su bautismo de fuego por aquellos días.

De igual forma surgieron y se destacaron nuevos jefes que pusieron de manifiesto excelentes cualidades de mando, a la par que otros, los veteranos, continuaban elevando su maestría en el dominio del arte militar y en particular de los procedimientos tácticos, lo que los preparaba para las complejas misiones que en el futuro cumplirían.

Es interesante que, al comparar las bajas totales de ambos contendientes, en hombres, se obtiene una correlación de mil enemigos por 77 del Ejército Rebelde, lo que arroja que por cada baja rebelde, el ejército de la dictadura sufre 13, lo que pone de manifiesto, si empleáramos términos económicos, lo que pudiéramos llamar una *elevada productividad combativa rebelde*.

En sentido general, fue un sobresaliente triunfo de las armas revolucionarias, que asestaron un contundente golpe al enemigo e hicieron tambalear a todo el régimen, que a partir de entonces tendría sus días contados.

XXI. Significación de la participación personal del Comandante en Jefe en los hechos abordados. En todos los episodios ocurridos durante la ofensiva enemiga del verano de 1958, influyó un elemento muy particular puesto de manifiesto en el campo rebelde y no en el ejército regular. Se trata de la presencia de un jefe con características políticas y militares excepcionales como lo ha sido el Comandante en Jefe.

Es cierto que, como él mismo ha relatado en etapas posteriores del proceso revolucionario, nunca había pasado escuelas o

academias militares de ningún tipo, pero sus cualidades propias, no presentes ni por asomo en ninguno de los más altos representantes de la tiranía, le permitieron asimilar autodidácticamente, valiosas enseñanzas, provenientes de la lectura de innumerables obras escritas sobre los principales hechos militares de todos los tiempos en la historia de la humanidad. Todo ello, conjugado con los atributos personales que posee, su brillante inteligencia; destacada memoria; gran capacidad para apreciar simultáneamente un grupo de fenómenos aparentemente no ligados entre sí y extraer lo común que los enlaza; una amplia y profunda visión que le permite, no solo apreciar la mecánica de realización de los hechos inmediatos, sino determinar el curso posible que seguirán; la cualidad de no dejar nada al azar y prever hasta los más mínimos detalles; la posibilidad de captar con rapidez lo esencial de los fenómenos; unidos a la fe y confianza absoluta en el pueblo en general y en los hombres en particular, conjuntamente con otras características físicas y volitivas poco comunes habitualmente, hicieron que el Comandante en Jefe, en el campo de la guerra, se destacara como un brillante estratega militar a la vez que alcanzaba una elevada maestría como táctico.

Es decir que, en los hechos aquí estudiados, al igual que en toda la guerra y más aún, en todo el desarrollo posterior de la etapa revolucionaria contemporánea, ha sido muy alta la significación, referida a la persona de Fidel Castro, de la concepción marxista que reconoce la importancia del papel de la personalidad en la historia.

Todo ello brindaba una enorme ventaja al Ejército Rebelde, que disponía así de un mando excepcionalmente firme, seguro y confiable, en el cual los errores de dirección, al más alto nivel, eran relegados a su más mínima expresión.

Finalmente, consideramos necesario señalar, que al resaltar las elevadas cualidades del Comandante en Jefe analizadas en esta etapa de la lucha, no pretendemos convertir el estudio en una innecesaria loa a su actuación. Se trata de que realmente, en un elevadísimo porcentaje, la responsabilidad por la brillante victoria conquistada por las armas rebeldes se debe, en primer lugar, a la participación personal del invicto comandante rebelde, en aquellos hechos. Y si pretendemos que de los análisis

llevados a cabo podamos, de forma objetiva y veraz, extraer enseñanzas que enriquezcan nuestro arte militar, y que así este trabajo cumpla con los objetivos finales que nos trazaron nuestros jefes, sería un imperdonable error que, por evitar falsamente que se tilde la investigación de apología a la figura del Comandante en Jefe, obviáramos destacar sus innegables méritos en los éxitos alcanzados. Si queremos ser justos y objetivos, hay que recalcar que las mayores enseñanzas las hemos extraído del estudio de los métodos de análisis empleados por él y de las concepciones que forjó en el curso de los acontecimientos abordados, las que fueron puestas en práctica bajo su dirección personal y avaladas por los exitosos resultados que el rigor de la vida se encargó de demostrar.

Esta magnífica victoria fue, ante todo, fruto del pensamiento y la acción del Comandante en Jefe.

Síntesis biográficas

MANUEL UGALDE CARRILLO. Coronel del ejército de la dictadura. En 1952 era oficial subalterno y se plegó al golpe militar de Batista. Ascendió rápidamente por sus depredaciones y abierto apoyo al régimen dictatorial. Fue jefe del presidio de Isla de Pinos (actual Isla de la Juventud), jefe de la Zona de Operaciones de la Sierra Maestra (Bayamo) desde septiembre de 1957 hasta abril de 1958, y luego oficial ejecutivo de dicha zona hasta septiembre de ese año, en que pasó a ser jefe del Distrito Militar No. 7, con sede en Holguín.

EULOGIO CANTILLO PORRAS. Mayor general del ejército de la dictadura. En 1952 era jefe del cuerpo de aviación del ejército y se plegó al golpe militar de Batista. Ascendió hasta mayor general. Fue jefe de la División de Infantería; jefe de la Zona de Operaciones de Bayamo, cargo en el que fue nombrado en abril de 1958 para dirigir el Plan F-F. En septiembre de ese año pasó a ser jefe del Distrito Militar No. 1 con sede en Santiago de Cuba. En diciembre de 1958 propuso al Comandante en Jefe la sublevación y apoyo a la Revolución de la guarnición de Santiago de Cuba y luego traicionó. Permitted la huida de Batista, asumió como jefe del ejército y entregó el gobierno a un personaje ajeno a la Revolución.

ÁNGEL SÁNCHEZ MOSQUERA. Sobresalió entre los oficiales del ejército de la dictadura tanto por su habilidad y combatividad, como por ser uno de los más sanguinarios en la Zona de Operaciones de la Sierra Maestra, donde ascendió de segundo teniente hasta coronel. Fue herido de gravedad en la segunda batalla de Santo Domingo. El primero de enero de 1959 huyó al extranjero.

JOSÉ QUEVEDO PÉREZ. Oficial de academia del ejército de la tiranía. Alcanzó el grado de comandante. Fue jefe del Batallón 18 que resultó cercado y hecho prisionero en El Jigüe. Posteriormente se unió al Ejército Rebelde.

RAMÓN PAZ BORROTO. (1924-1958). Nació en Morón, Camagüey (en la actualidad provincia de Ciego de Ávila), el 31 de agosto.

Obrero de filiación comunista, fue militante del Movimiento 26 de Julio. En agosto de 1957 se incorporó a la Columna No. 1 del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. Participó en numerosos combates y alcanzó el grado de capitán. El 28 de julio de 1958 cayó en combate en Providencia, durante la segunda batalla de Santo Domingo.

RENÉ RAMOS LATOUR, *DANIEL*, (1932-1958). Nació en Antilla, Oriente (en la actualidad provincia de Holguín), el 12 de mayo. Fue jefe nacional de acción y sabotaje del Movimiento 26 de Julio en sustitución de Frank País, a la muerte de este en julio de 1957, y comandante de las Milicias del propio Movimiento en el llano. En junio de 1958 se reincorporó a la Columna No. 1 del Primer Frente del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra con el grado de comandante. Participó activamente en el rechazo de la ofensiva de la tiranía y murió en el combate de El Jobal, el 30 de julio de 1958.

ÁNGEL VERDECIA MORENO (1933-1958). Nació en Cerro Pelado, Oriente (en la actual provincia de Granma), el 21 de marzo. De origen campesino, se incorporó a principios de 1957 a la Columna No. 1 del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. Participó en numerosos combates y alcanzó el grado de capitán. El 13 de julio de 1958 cayó en combate contra la tropa enemiga que avanzaba hacia Minas del Frío.

ANDRÉS CUEVAS HEREDIA (1917-1958). Nació en Camajuaní, Las Villas (en la actualidad provincia de Villa Clara). De origen campesino, trabajó dos años como obrero en la Base Naval de Guantánamo. A mediados de 1957 se incorporó a la Columna No.1 del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. Participó en numerosos combates y alcanzó el grado de capitán. El 19 de julio de 1958, en la batalla de El Jigüe, cayó heroicamente al avanzar sobre el enemigo. Fue ascendido póstumamente a comandante.

GEONEL RODRÍGUEZ CORDOVÍ (1934-1958). Nació en el central Manatí, Oriente (en la actualidad provincia de Las Tunas). Estudiante de ingeniería en la Universidad de la Habana, donde se incorporó al Movimiento 26 de Julio. A fines de octubre de 1957 se incorporó, en la Sierra Maestra, a la Columna No. 4 del Ejército Rebelde al mando del comandante Ernesto Che

Guevara, con el que luego pasó a la Columna No. 8. Participó en numerosos combates y alcanzó los grados de capitán. El 11 de julio de 1958, en la loma de El Sábicú, fue herido por una granada de mortero enemiga, y el día 12 murió.

Relación de entrevistas y documentos

- Conferencia sobre planes futuros en las Zonas de Operaciones (plan F-F), realizada en el Estado Mayor del ejército el 21 de marzo de 1958, dos páginas. En archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Conversatorio con Abigail Estrada, Juan Olivera, Silvio García, Roger García y Gonzalo Camejo, del 27 de febrero de 1978. File 942 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Conversación con Elidio Calzada. En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Conversatorio de Fidel Castro, Raúl Castro, Armando Hart y Juan Almeida, del 25 de julio de 1973. File 193 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Conversatorio con Joaquín Bullaín, del 16 de diciembre de 1976. En archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Conversatorio con Mario Oliva. File 873 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado. Conversatorio con Roger García, del 17 de enero de 1978. File 940 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Conversatorio con René de los Santos, Rigoberto García, Fernando Vecino, Miguel Mariano, Dariel Alarcón, Gonzalo Camejo, Reynaldo Irsula, Orlando Avilés y Arturo Aguilera, del 2 y 3 de marzo de 1978. File 935 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Conversación con 11 de los comandantes y capitanes serranos: Guillermo García, Vilo Acuña, Alfonso Zayas, Roberto Viera, Mario Oliva, Rogelio Acevedo, Harold Ferrer, Orlando Rodríguez Puertas, René de los Santos, Leopoldo Cintra y Raúl Menéndez Tomassevich. File 898 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Cuestionario evacuado por el Estado Mayor del ejército a solicitud de Batista, del 23 de junio de 1958, 35 páginas. En archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

- Diario de campaña de Ubineo León Sánchez, ex segundo teniente del ejército de la tiranía y ex jefe del primer pelotón de la Compañía 93 del Batallón 19. En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Entrevista a Eduardo Sardiñas, del 14 de enero de 1972. File 938 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Entrevista a Gonzalo Camejo y Ciro del Río. File 110 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Entrevista a Guillermo García, del 6 de enero de 1972. File 381 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Entrevista a Santos Pérez, del 30 de mayo de 1979. File 936 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Entrevista a Sorribes (y Cándido), del 15 de mayo de 1978. File 936 en archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Listado con el *Orden de Batalla o Despliegue Operacional* de las tropas de la dictadura, del Puesto de Mando de la Zona de Operaciones, del 15 de mayo de 1958. En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Listado con la organización de los batallones de infantería en la Zona de Operaciones, del Puesto de Mando de la Zona de Operaciones, del 17 de mayo de 1958. En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Listados (dos) de militares heridos de la dictadura batistiana de julio a agosto de 1958. En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Listados (tres) de militares de la dictadura batistiana prisioneros del Ejército Rebelde en el Primer Frente, de julio a agosto de 1958. En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Mensajes y comunicaciones (117) del Comandante en Jefe, principalmente a los jefes de las tropas, del 6 de mayo al 6 de agosto de 1958. En el archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Mensajes, partes y comunicaciones (53) de los jefes de las tropas, principalmente al Comandante en Jefe, del 29 de junio al 29

- de julio de 1958. En archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Plan F-F, del Estado Mayor del Ejército, del 27 de febrero de 1958, 31 páginas. En archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Plan R-3, del Estado Mayor del Ejército (de la dictadura de Batista), del 12 de diciembre de 1957, siete páginas. En archivo de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Reportes (41) de los pilotos de la tiranía sobre las misiones de combate cumplidas, de julio de 1958. En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.
- Testimonio de Hugo del Río. En la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.